

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Desde hace tiempo...

*Página 42 de 64*

### Desde hace tiempo...

Desde hace tiempo vengo con la intención de recoger algunos episodios de la vida de Abdul Bashur, amigo y cómplice del Gaviro a lo largo de buena parte de su vida, y protagonista, en modo alguno secundario, de no pocas de las empresas en las que Maqroll solía comprometerse con sospechosa facilidad. En muchas de ellas Bashur desempeñó el papel de salvador, rescatando a Maqroll en los momentos críticos, gracias a esa astuta paciencia que constituye uno de los rasgos predominantes del carácter levantino. Ahora he resuelto emprender esa tarea de cronista, que iba aplazando indefinidamente. La razón para hacerlo surgió de un hecho característico de los altibajos y sorpresas que poblaron la existencia del Gaviro.

En un cambio de trenes en la estación de Rennes, cuando iba camino a Saint-Malo para asistir a una reunión de amigos dedicados a preservar la tradición de los libros de aventuras y de viajes, perdí la conexión y tuve que esperar el paso del próximo tren con destino al ilustre puerto bretón. Caía una lluvia insistente y helada y resolví quedarme tranquilo en la sala de espera, leyendo un libro de Michel Le Bris sobre la Occitania medieval. Estas salas son semejantes en el mundo entero. Un ambiente de tierra de nadie, el gastado mostrador donde nos ofrecen el consabido café chirle con su indefinible gusto a desamparo y los hostingantes licores de la región, de color y sabor hartamente improbables; su puesto de periódicos y revistas, viejos de varias semanas, que no atraen ya la atención de nadie por lo atrasado de sus noticias y las imágenes locales insulsas y desteñidas. Los afiches de turismo pegados en las paredes sugieren siempre estaciones balnearias con un relente de enfermedad y decadencia o muestran picos nevados cuyo nombre nada nos dice y para nada invitan a la necia proeza de escalarlos. Las bancas, siempre duras y tambaleantes, acogen a los anónimos pasajeros que esperan su tren con esa resignación fatal del que ha perdido ya la esperanza de dormir esa noche en su hogar. Todo el mundo se encuentra allí resignado a lo que suceda, sin importar lo que sea.

Alguien pronunció mi nombre de repente, allá desde una esquina de la sala, en donde una estufa de gas intentaba en vano luchar contra el frío y la humedad ambientales. No vi quién me llamaba y me acerqué, entre curioso y molesto, intrigado de que alguien, en la estación de Rennes, donde jamás había estado antes, supiera de mí. Junto a la estufa, sentada y con un niño de aproximadamente diez años en brazos, una mujer que conservaba la belleza de las mujeres del Oriente Medio me sonreía con curiosidad y cierto temor. Sus facciones, su acento libanés, algo en sus gestos despertaron en el

fondo de mi memoria una ola de recuerdos imprecisos.

—Soy Fátima. Fátima Bashur. ¿No se acuerda? Nos vimos en Barcelona, cuando llevé el dinero para sacar a Maqroll de la cárcel —me dijo, entre sonriente y contrita. Me incliné para besarla en las mejillas y me senté a su lado, musitando no recuerdo qué atropellada excusa por mi vacilación en reconocerla.

Fátima Bashur. ¿Por qué, a menudo, el azar se empeña en adquirir el acento de una sobrecogedora llamada de los dioses? Todo el episodio de nuestro encuentro me vino a la mente, con la desordenada precipitación de lo que teníamos relegado al olvido para resguardar el precario equilibrio de nuestros días. En efecto, Fátima, la hermana que antecedió en edad a Abdul, apareció en Barcelona con la suma que enviaba su hermano para enfrentar los gastos de un proceso que estuvo a punto de llevar a la cárcel por largos años a Maqroll el Gaviero. Cuando descargaba, en el pequeño puerto de la Escala, un lote de armas y explosivos ocultos en cajas de repuestos para una planta de refrigeración de pescado, llegó la policía portuaria, informada, sin duda, por algún anticipado soplón. Abdul y Maqroll habían convenido el transporte del cargamento con una pareja que simulaba estar pasando la luna de miel en Túnez. En realidad, se trataba de una banda de anarquistas que hizo de Barcelona, por aquella época, su centro de operaciones. Habían venido siguiendo los viajes del carguero chipriota que operaban los dos amigos en el Mediterráneo y coligieron que eran los tipos ideales para llevar el cargamento a la Costa Brava. Bashur se había quedado como rehén en Bizerta. Cuando se supo la captura del barco con Maqroll y el armamento, la pareja se esfumó como por arte de magia. Bashur partió para Beirut y allí logró reunir el poco dinero que pudo para tratar de salvar a su socio, que insistía ante la policía española en ser víctima de un engaño e ignorar lo que, en verdad, contenían las cajas que llevó a la Escala. Abdul pensó, con razón, que era más prudente mandar a una de sus hermanas en lugar de ir en persona y encargó de la misión a Fátima, cuya seriedad y ponderación se ajustaban perfectamente a ese cometido. Eran tres las hermanas de Abdul; Yamina, ya casada, con un hijo que sufría una extraña enfermedad que los médicos insistían en diagnosticar como leucemia; Fátima, soltera entonces, cuya belleza serena y un tanto hierática solía pasar de momento desapercibida, para tornarse, luego, como fue mi caso, en una imagen obsesiva y enigmática y Warda, de una hermosura fresca y deslumbrante, cuya historia ya tuve ocasión de narrar en parte.

La prisión de Maqroll me la comunicó Bashur a París, en donde estaba de paso, de regreso de Hamburgo y camino a casa. Cambié mis planes de inmediato y partí para la ciudad condal, para ver qué se podía hacer por nuestro amigo. Cuando lo visité en la cárcel, se hallaba sumido en una extraña apatía, cosa que solía sucederle de ordinario en circunstancias semejantes. Le expliqué los planes de Bashur y el próximo arribo de Fátima con el dinero necesario para pagar un abogado que llevase el caso. Se alzó de hombros sonriendo vagamente.

—No creo —comentó— que valga la pena gastar esa suma que buena falta les hace. O la policía resuelve creer en mi historia, que hay que reconocer como dura de tragar, o aquí me sepultan por quién sabe cuántos años. Ya estoy harto de ir dando tumbos de uno a otro lado y de meterme en líos que, en el fondo, poco me atraen. En estos días he estado pensando en que tal vez ya sea tiempo de parar la ruleta y de no provocar más a la suerte. En fin, no sé. Ya veremos —no quise recordarle que, en ocasiones anteriores,

le había escuchado las mismas o parecidas palabras.

Sin embargo, siempre regresaba a sus andanzas. No estaba él de humor para tales reflexiones. Me limité a informarle que yo permanecía en Barcelona hasta la llegada de Fátima y enterarme de cómo se encaminaban las gestiones para conseguir su libertad. Hizo un gesto de resignado asentimiento, se puso de pie y, despidiéndose con un movimiento de la mano, se llevó la cazadora al hombro y se perdió por la puerta de la sala de visitas de la Cárcel Modelo.

Dos días después, Fátima me llamaba desde el aeropuerto. Había adelantado su viaje y se olvidaron de hacérmelo saber. Le indiqué la dirección de mi hotel y llamé a la recepción para cambiar la fecha de su reserva. Más tarde, unos tímidos golpes en la puerta me sacaron de la siesta en la que estaba entrando sin darme cuenta. Fui a abrir y me encontré con una mujer alta, de miembros firmes y esbeltos, hombros rectos que le daban un ligero aire marcial, sobre los cuales descansaba una cabeza cuya proporción y facciones me recordaron las esculturas indohelénicas. La hice pasar y tomó asiento con sencilla familiaridad que me pareció, no sé por qué, conmovedora. Hablaba un francés correcto, como ya casi ningún francés suele hablarlo y sí, en cambio, algunos libaneses y sirios de la alta burguesía comerciante. Le conté mi diálogo con Maqroll y ella comentó simplemente:

—Es natural que se sienta así. Siempre le sucede lo mismo. Vamos a sacarlo como sea —había tal firmeza en sus palabras que mi opinión sobre la suerte del Gaviero se tiñó de un optimismo no por gratuito menos consistente.

Al día siguiente comenzamos las diligencias. Esa misma tarde visitamos a un abogado cuyo prestigio descansaba en el éxito de sus gestiones en favor de extranjeros con problemas judiciales en España. Durante varias semanas, Fátima y yo nos movimos de una oficina a otra, llevando memoriales y entrevistando funcionarios de la más diversa índole, acompañados del diligente jurista. Era un desfile de rostros circunspectos, herméticos y distantes, que no autorizaban la menor esperanza. Entretanto, comencé a darme cuenta de que la compañía de Fátima Bashur daba a todas estas gestiones un encanto muy peculiar. Debo advertir de mi repugnancia a todo contacto con el mundo burocrático vinculado con la justicia. En somero examen de conciencia, después de la cena con Fátima en La Puñalada, durante la cual abordamos temas un tanto más personales, al margen del caso de nuestro amigo, llegué a la conclusión de que comenzaba quizás a enamorarme de la hermana de Abdul. El asunto tenía sus bemoles. Conocía ya a Fátima lo suficiente como para saber que ni era mujer para *flirts* superficiales ni yo le interesaba más allá de una normal simpatía, siempre en relación con las responsabilidades que le había transmitido su hermano. Por fortuna me daba cuenta de la situación y decidí ni siquiera insinuar a Fátima lo que comenzaba a sentir por ella.

Los problemas de Maqroll hallaron solución por la vía más inesperada e imprevisible. Una noche, en el bar de Boadas, adonde mi amigo Luis Palomares me había introducido con recomendación de que me atendieran muy especialmente, estaba ensayando, por enésima vez, la fórmula ideal del *dry martini*, cuando se me acercó un inglés, a todas luces funcionario del consulado de Su Majestad en Barcelona, para proponerme un par de variaciones que podrían llevarnos al paradigma de ese coctel inalcanzable. Los

resultados fueron positivos pero no convincentes; en cambio, la experiencia nos llevó a entablar una relación todo lo cordial que permiten los isleños de John Bull. No sé cómo se me ocurrió comentarle la razón de mi estadía en Barcelona, sin entrar, desde luego, en mayores detalles. Se interesó de inmediato en el tema y, al final, se limitó a decirme, con la flema ya consabida:

—Vaya a verme mañana al consulado. Se me ocurre que tal vez algo se pueda combinar en favor de su amigo. ¿Me dijo usted que viaja con pasaporte expedido en Chipre, verdad?

Le confirmé ese detalle y nos despedimos con la promesa de intentar en otra ocasión la fórmula ideal para el *dry martini*.

Al día siguiente me presenté en el consulado británico. Mi compañero del Boadas, sin perder su cordialidad anterior, había adquirido un acento más oficial y algo distante. Me llevó a su despacho y, cerrando la puerta, entró de lleno en el asunto. Maqroll tenía un pasaporte expedido en Chipre durante el dominio inglés. Por una cadena de circunstancias, que no entró a pormenorizar, Inglaterra tenía particular interés en que España concediera la libertad a ese súbdito inglés para así poder dejar libre en Gibraltar a un ciudadano español, detenido allí por habersele sorprendido en sospechosas conexiones y que el gobierno de Madrid reclamaba con insistencia. Se trataba de recibir algo a cambio para no establecer un precedente inaceptable. Yo creí estar en medio de una intriga digna de las novelas de Eric Ambler, pero el resultado final no pudo ser más halagüeño. Maqroll salió libre, después de haber permanecido en la Cárcel Modelo por casi tres meses. Debía regresar a Chipre y ponerse a disposición de las autoridades. El barco sería incautado y los funcionarios de la aduana decidirían qué hacer con él.

Fátima había gastado apenas una modesta parte del dinero que trajo y esto tranquilizó bastante al Gaviero, que conocía la situación un tanto estrecha por la que pasaban la familia y el mismo Abdul. Maqroll partió para Chipre en un barco griego, llevando consigo ese pasaporte que lo había salvado y sobre cuya autenticidad había razones para abrigar las mayores dudas. En el muelle, el Gaviero, al despedirse, me comentó mientras sonreía con malicia:

—Muchas gracias por todo. Me alegro de que esto no haya sido más fastidioso para ustedes. Mire lo que son las cosas de la vida; yo salgo libre y usted ha estado a punto de caer en una prisión, encantadora, es cierto, pero llena de consecuencias incalculables. Recuerde siempre que Allah cuida a sus mujeres, amigo. Es importante tenerlo en cuenta cuando se anda por tierras del Islam.

El mismo día, en la tarde, Fátima tomaba el avión de regreso a Beirut. La acompañé en todos los trámites y, cuando se dispuso a pasar por la policía de emigración, me entregó un sobre con una fotografía. Mostraba a un niño de siete u ocho años, observando con asombrado interés un montón de hierros retorcidos y calcinados, aún humeantes. Algunas partes no destruidas por el fuego indicaban que se trataba de un avión que había caído a tierra momentos antes. El niño miraba la escena con sus grandes ojos oscuros, uno de los cuales bizqueaba ligeramente. La cabellera encrespada y también oscura completaba su evidente aspecto levantino. Al fondo se alcanzaban a ver los nevados montes del Líbano. Al reverso de la foto estaba escrito en esmerada caligrafía árabe: Abdul a los ocho años de edad.

Me miró un instante fijamente y, después de acercarme las mejillas para recibir mi beso de despedida, me dijo con voz un tanto opaca a causa de su natural timidez:

—Fue un gran placer conocerlo y le agradezco su prudente caballerosidad, no muy común, por cierto, entre los hombres occidentales. Lo felicito y le quedará reconocida para siempre. Adiós.

Era un adiós tan definitivo que me quedó grabado durante largo tiempo. Muchas veces hube de preguntarme luego qué hubiera sucedido de adoptar con Fátima las tácticas del Caballero de Seingalt. Siempre nos queda esa duda en tales ocasiones. Que las mujeres son insondables es un lugar común ya inmenable, pero menos divulgado, como es obvio, es que los hombres somos una especie inconsecuente y fantasiosa y es allí donde perdemos siempre la partida.

De aquel encuentro con la hermana de Abdul en Barcelona perduran un rostro cuya armonía pertenece al tiempo en que la Hélade penetró en el Oriente, una voz aterciopelada y cálida y una serenidad de movimientos y reacciones que tenía mucho de bizantino. Todo esto percibido como algo que no me era dado y cuyo disfrute se antojaba inconcebible. Ahora, muchos años después, en una helada estación de tren, en plena Bretaña azotada por la lluvia, me encontraba con Fátima, sujeta ya a esa inclinación a la corpulencia, característica de las mujeres mediterráneas que se acercan a la cincuentena, el rostro aún hermoso, pero maculado por ciertos signos de cansancio y cuya serena sonrisa se mantenía con una ligera inflexión en la comisura de los labios, signo de años de lentas decepciones y mezquinas angustias cotidianas. Volvía a mirarme con una mezcla de asombro y simpatía y yo trataba de hilvanar triviales preguntas, tales como: ¿qué había sido de ella en todos esos años? ¿Quién era el niño que llevaba en brazos? ¿Qué era de sus hermanas? Tantas cosas habían pasado desde el lejano episodio de Barcelona que cada respuesta hubiera requerido largas horas. Es verdad que teníamos varias por delante, pero ella se limitó a responderlas en forma sucinta pero amable. Poco después de su visita a Barcelona, se casó con un primo lejano, que le habían asignado desde pequeña. Era un comerciante en telas, acomodado y metódico, que siempre la trató como a una niña. Tuvo con él tres hijos. El niño que traía en brazos era un nieto que llevaba a París para someterlo a un tratamiento en la columna. Sus padres vivían en Brest, donde el hijo de Fátima seguía un curso de comunicaciones navales. Era segundo oficial de la flota mercante libanesa. El muchacho se había caído mientras jugaba en las esolleras y sufría dolores en la espina dorsal. Fátima quedó viuda hacía ya más de diez años y estaba dedicada por entero a sus nietos. Los otros dos hijos, también varones, ya estaban graduados, uno era abogado y el otro oculista, casados ambos. Su hermana mayor, Yamina, había fallecido poco después de Abdul. Warda continuaba su vida retirada y silenciosa, entregada a trabajar para la Cruz Roja libanesa en auxilio de los refugiados palestinos. Pasamos a otros temas y personas con las que nos unían vínculos comunes. De Maqroll hacía mucho que ninguno de los dos sabía nada. Mis últimas noticias eran de Pollensa, en donde cuidaba unos astilleros abandonados. Pude notar que, cuando mencioné al Gaviero, sus facciones se coloreaban levemente y su voz adquirió una intensidad diferente. Pensé si no habría estado alguna vez enamorada de él. Fatalmente acabamos hablando de Abdul. Había sido su hermano consentido y más próximo. Le seguía en edad y habían crecido juntos.

—La bondad de Abdul —comentó— tenía una condición muy especial. No era evidente,

no se manifestaba en actos notorios. La llevaba muy adentro, escondida, pero siempre dispuesta a ejercitarse. Nos quería a todos, incluyendo a sus amigos, con una atención permanente, vigilante pero discreta, que lo hacía indispensable, nunca se lograba saber muy bien para qué. Era como un ángel protector cuya ausencia dolía. En su trajinada vida supo de las situaciones más contradictorias, sin parar jamás mientes en si estaba fuera o dentro de la ley. No tuvo más ley que la que dictaban sus sentimientos. Bueno, usted lo conoció bastante. No sé por qué le digo todo esto.

Le respondí que, en verdad, no lo había tratado tan de cerca y buena parte de lo que sabía de él venía del Gaviero, éste sí su inseparable camarada y cómplice de andanzas de todo orden. Nos habíamos visto dos o tres veces en la vida. Había, sí, comprobado que la dedicación por la gente de sus afectos era una constante de su carácter. Maqroll solía hablarme de él con ese acento mitad afectuoso y mitad festivo con el que nos referimos a un hermano menor. Yo guardaba muchas cartas y relatos en los que el Gaviero hacía mención de Abdul y que me había confiado cuando comencé a relatar sus andanzas.

—Pues yo le puedo completar esa información —repuso Fátima conmovida—. Guardo muchas cartas de mi hermano y documentos relacionados con sus viajes y empresas. Si le interesaran, con mucho gusto se los enviaré. Estoy segura de que sabrá hacer mejor uso de ellos que nosotros. Los conservamos guardados en un baúl, por cariño a su memoria.

Acepté su ofrecimiento y le escribí en una tarjeta mi dirección para que me hiciera llegar esos papeles. Con ello iba a completar, sin duda, los datos que necesitaba para relatar a cabalidad algunos incidentes de esa vida que por tanto tiempo transcurrió paralela a la de mi amigo Maqroll el Gaviero.

Nuestra charla continuó, volviendo sobre los mismos asuntos. Fátima conservaba su encanto, difícil de precisar, hecho de conformidad hacia la vida y sus sorpresas y de un arraigado sentido de la realidad que dejaba a un lado toda exageración y toda fantasía que acababa desvirtuando la escueta verdad de cada día. Fátima admiraba mucho a su hermano Abdul, su preferido, que vivió una existencia tan agitada como irregular. Algo de esto le comenté y ella me dijo, en tono de quien busca definir algo que, hasta entonces, no se había planteado:

—Ya sabemos que Abdul siempre fue muy inquieto. Nunca se conformó con aceptar las cosas como la vida se las iba ofreciendo. Jamás, sin embargo, lo movió una auténtica ansia de aventura, ni el deseo de vivir experiencias fuera de lo común. Era práctico y metódico en su insaciable deseo de modificar el curso de las cosas y corregir lo que, para él, fue siempre capricho inaceptable de unos pocos, precisamente aquellos para quienes están hechas las leyes y códigos que encarrilan la conducta de las personas. Su frase favorita fue siempre: «Y por qué no más bien intentamos esto o lo otro», y proponía luego la transgresión radical de lo que se le planteaba como regla inamovible. Pero siempre lo hacía apegado a un juicio sobre la gente que nada tenía de indulgente. Sobre nadie se hizo jamás ilusión ninguna, pero creía con incommovible certeza en los lazos de afecto que lo unían a parientes y amigos. Una cosa no anulaba la otra. Es difícil de explicar y, más aún, de entender, pero así era.

Me sorprendió la inteligente apreciación de Fátima de los matices y aparentes

contradicciones del carácter de su hermano, que yo había advertido ya pero nunca logré precisar. Volvimos al Gaviero y le pregunté si, entre los suyos, no se pensaba que Maqroll hubiera podido ser un factor de descarrío para su hermano, sobre todo durante el último período de la vida de Abdul, en el que éste recorrió los más sombríos senderos de los bajos fondos del Oriente Medio. Fátima me miró con extrañeza y se apresuró a responder:

—Nunca pensamos tal cosa. Abdul no era hombre para dejarse desencaminar por nadie. Desde un principio entendimos que, sencillamente, había topado con alguien que compartía muchas de sus maneras de ver la vida. Por eso anduvieron juntos tanto tiempo. Ellos, en cierta forma, se complementaban. Maqroll fue un buen amigo nuestro y su recuerdo está tan presente como el de Abdul —yo había hecho la pregunta con intención de auscultar un poco más en los sentimientos de Fátima con respecto al Gaviero, pero había apuntado con evidente torpeza.

Cuando llegó el momento de tomar el tren para SaintMalo, me puse en pie y ella también lo hizo, a pesar de llevar en brazos a su nieto. Nos despedimos con pocas palabras. Nos dábamos cuenta, en ese instante, de que habíamos levantado una nube de recuerdos tan delicados como difíciles de manejar en esas circunstancias y pasado tanto tiempo. La besé en ambas mejillas y ella lo hizo también con efusión espontánea y no disimulada. Subí al tren y, desde mi ventanilla, vi que seguía despidiéndose tras de los vidrios, opacos de hollín y de humedad. Pasaron varias horas antes de que pudiese ordenar un poco el remolino de nostalgias y sentimientos encontrados que me había suscitado el encuentro con Fátima.

Apenas había transcurrido un mes, cuando recibí un voluminoso paquete de cartas y algunas fotografías, que enviaba Fátima desde El Cairo. En carta que acompañaba el envío, me explicó que se había establecido en Egipto, porque la situación de su país era en extremo crítica y violenta. Fue así como llegó a mis manos la documentación necesaria para cumplir con mi viejo propósito de recrear, para mis improbables lectores, algunos episodios de la vida impar y accidentada del más fiel y viejo amigo del Gaviero. La memoria tiene para nosotros la piadosa condición de preservar ciertos recuerdos al margen y por encima del desencanto que nos puedan infligir los años con sorpresas como la que tuve en Rennes. Por eso, siempre que pienso ahora en Fátima, me viene a la mente la muchacha con rostro de medalla indohelénica, firmes hombros y miembros elásticos que se me apareció en Barcelona para sacar de apuros a Maqroll el Gaviero y no la mujer madura y robusta, llevando un nieto en brazos, con la que me enfrentó el azar en la lluviosa Bretaña.

De inmediato me dediqué a revisar los papeles enviados por Fátima. Me puse a clasificarlos y a reunir en orden cronológico, hasta donde ello era posible, los que se referían directamente a las andanzas de Bashur por las más diversas y distantes regiones del globo, dejando de lado, desde luego, los que hacían referencia a circunstancias familiares o a los negocios de sus parientes inmediatos. A partir de estos documentos y de mi recuerdo de los varios encuentros que tuve con Abdul, me pareció tener material suficiente para un relato de modesta extensión, que podría merecer el interés de quienes han seguido las peripecias del Gaviero y conocen ya algunos de los episodios de las mismas en donde su amigo y cómplice libanés figura como coprotagonista. Este empeño mío se ha de cumplir, pues, dentro de un marco bien poco

convencional y para nada conforme a como debe contarse una historia. Dar unidad cronológica a mi relato es de todo punto imposible. Las fechas de los papeles en mi poder no son de fiar, cuando aparecen. En la mayoría de los casos, la ausencia de toda indicación impide ubicar la época del relato. Además de los documentos escritos, parciales y no siempre ricos en detalles, he tenido que acudir a los testimonios escritos del mismo Maqroll y al recuerdo de lo que, por voz propia, me narró en múltiples ocasiones. Pero no creo que esta irregularidad cronológica tenga mayor importancia. El rigor que exige la biografía de un personaje de la historia viene a sobrar cuando se trata de «los comunes casos de toda suerte humana». Bien está, sin embargo, comenzar narrando las circunstancias de mi primer encuentro con Abdul Bashur; dejando luego que los hechos se ordenen por sí mismos, que tampoco la vida suele ceñirse siempre al rutinario paso de los días. A menudo opta por someternos a mudanzas y repeticiones que la hacen, por esencia, imprevisible y voltaria.

Veamos pues cómo conocí a Abdul Bashur.

[Ir a la siguiente página](#)



# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo I

*Página 43 de 64*

### Capítulo I

Trabajaba yo entonces como jefe de relaciones públicas de la subsidiaria en mi país de una gran corporación petrolera internacional. Una mañana, que se anunciaba tranquila y sin sobresaltos, en vista de lo cual me disponía a visitar a un librero de viejo que me venía tentando con algunos títulos inencontrables de Ferdinand Bac, el nieto de Jerónimo Bonaparte, me llamó el gerente de la compañía. Su voz en el teléfono traicionaba una inquietud evidente. Adiós, pues, a los jardines de Bac y a sus recuerdos finiseculares. Cuando entré al despacho de mi jefe, éste hablaba por teléfono con el ministro de Obras Públicas, hombre de temperamento tiránico y resoluciones draconianas, que por aquellos días se perfilaba como futuro presidente de la República. Mi gerente contestaba con dos frases, repetidas en forma de letanía. «Sí, señor ministro, así lo haremos», «No veo problema alguno, señor ministro. Quede usted tranquilo. Nos haremos cargo de todo». Mal se anunciaban las cosas para quien debía convertir en realidad las promesas del gerente. Si me quedaba alguna duda sobre la persona en quien iba a recaer la misión de marras, el gerente se encargó de aclarármela tras colgar el teléfono:

—En diez días, escúchalo bien, en diez días, ni uno más, debemos preparar hasta el último detalle de la ceremonia de inauguración del terminal del oleoducto en el puerto de Urandá. Asistirán al acto los ministros de Obras Públicas y de Minas de aquí y de los países limítrofes, además de los gerentes seccionales de nuestra compañía en esos lugares y las autoridades eclesiásticas y civiles de la capital del departamento y de la misma Urandá. La buena noticia es que no se invitará a las esposas. Hay que prever y estar muy al tanto de la situación del aeropuerto en esa ciudad y del posible alojamiento de los invitados, por si el regreso se tiene que cancelar a último momento. Todos vendrán en aviones oficiales o de la empresa. Hay que servir, después de la ceremonia de inauguración del muelle y la bendición del mismo por el obispo, un almuerzo de primera calidad, naturalmente. No se te vaya a olvidar la invitación a las autoridades eclesiásticas. Como estudiaste con los jesuitas, no creo que tengas problemas por ese lado.

Si bien el asunto, a esa altura, ya no me tomaba de sorpresa, debo confesar que las perspectivas que se me presentaban eran bastante sombrías. Una serie de factores adversos se acumulaban para hacer la tarea casi imposible. Urandá es un puerto, la mitad edificado en forma lacustre sobre pantanos que se van a confundir con el mar a través de una red inextricable de manglares; la otra mitad está construida en una colina ocupada casi en su totalidad por la zona roja. La región se precia de tener el mayor índice de precipitación pluvial del planeta y, por tal motivo, el aeropuerto permanece

cerrado buena parte del año. El clima, de un calor agobiante, mantiene allí un ámbito de baño turco que agota toda iniciativa y mina todo entusiasmo. Al caer la tarde, convertidos en auténticos zombis, los visitantes ocasionales buscan desesperadamente un poco de sombra fresca y el vaso de whisky que tal vez los reviva. Ambas cosas pueden obtenerse sin mayores dificultades. De la sombra se encarga la noche que se viene encima de repente, con su cortejo de zancudos y aberrantes insectos que parecen surgidos de una pesadilla de ciencia ficción; grandes mariposas de alas negras, velludas y torpes, que insisten en pegarse a los manteles y a las toallas del baño; escarabajos cornudos, de un verde irisado y fosforescente, que golpean sin cesar contra las paredes hasta caer en el vaso en donde tomamos o en la cabeza donde se debaten enredados en el pelo; rubios escorpiones, casi traslúcidos, expertos en complicados acoplamientos y en danzas rituales de un erotismo delirante. En lo que respecta al vaso de escocés, éste se consigue en el bar del único hotel habitable del puerto, que lleva el original nombre de Hotel Pasajeros. Destartalada construcción de cemento maculado por el moho y el óxido, cuyos tres pisos destilan constantemente, por dentro y por fuera, un maloliente verdín aceitoso. Típico edificio concebido por un ingeniero, con espacios de proporciones ya sea desmesuradas o bien mezquinas y, en ambos casos, gratuitas, según el humor del fantasioso maestro de obras que debió encargarse de la construcción. Un comedor vastísimo, de techos altos y manchados con sospechosos escurrimientos de tuberías mal acopladas; una recepción larga y angosta donde se mantiene una atmósfera asfixiante cargada de olores ligeramente nauseabundos y que invita a la claustrofobia inmediata; las habitaciones, cada una con las proporciones y formas más absurdas. Muchas de ellas, vaya a saberse por qué, terminaban en un ángulo agudo perturbador del sueño del más sereno de los huéspedes. El bar se hallaba dispuesto a lo largo de otro corredor angosto, sin ventanas, que unía la recepción con un patio donde estaba la piscina, turbio estanque de agua verdinosa, visitado por una fauna indefinible de seres mitad pez y mitad saurio enano de ojos saltones. Una fila de mesas adosadas a la pared se enfrentaba allí con una barra hecha de maderas tropicales, con motivos indígenas y africanos labrados en alto relieve, todos tan espurios como horrendos. El alivio que pudiera llegar con el whisky, en el que flotaban trozos de hielo de un inquietante color marrón, se esfumaba de inmediato en el ámbito infecto de ese pasillo de cuartel de policía, al que algún administrador, con macabra humorada, bautizó como Glasgow Bar. El hotel se hallaba rodeado de una vasta zona de chozas lacustres que despedía un fétido aliento de animales en descomposición y de basura que flotaba en las aguas muertas y lodosas.

Urandá contaba, además, con un barrio de edificaciones levantadas en tierra firme, que escalaba una ligera colina por la que pasaba, de vez en cuando, una brisa piadosa y fugaz. Como era de suponer, las *madames*, como allí se les nombra, se apresuraron a ocupar la zona para instalar allí sus burdeles. Era frecuente que los viajeros familiarizados con las características del puerto tomaran allí una habitación con aire acondicionado y algunos servicios de hotel más o menos regulares, huyendo del siniestro Hotel Pasajeros. Las pupilas del lugar no insistían mucho en brindar su compañía. Sus clientes preferidos eran los marineros que llegaban provistos de los apetecidos dólares, marcos o libras, y no los huéspedes surtidos con la devaluada moneda nacional. Por lo demás, el personal de esas casas estaba formado, en su mayoría, por seres desnutridos, anémicos y desdentados, por lo general víctimas de

exóticas enfermedades del trópico, la más extendida de las cuales es el terrible pian, una avitaminosis que corroe las facciones en tal forma que, quienes la sufren, jamás se dejan ver a la luz del día y, de noche, evitan exponerse a la luz eléctrica. Cubierta la cara con improvisados pañuelos y velos caprichosos, las mujeres atienden a sus clientes en la penumbra y saben despacharlos con tanta destreza y rapidez, que éstos no alcanzan a darse cuenta de nada, menos aún después de tomar algunas copas de ron adulterado.

Pensar, entonces, en servir en Urandá un *buffet* de seis platos con tres clases de vinos de gran calidad, como en cualquier hotel de la Riviera, era hazaña que sobrepasaba los límites de lo posible para entrar francamente en los del delirio. A esto había que agregar las condiciones de aterrizaje y despegue del aeropuerto, cuya precaria torre de control solía quedarse sin energía eléctrica a la menor llovizna, en un sitio en donde la lluvia era casi permanente. Las condiciones de visibilidad en la pista eran, por igual motivo, tan escasas como efímeras. En un estado de ánimo fácil de imaginar, partí a la capital de provincia. Me alojé allí en un hotel que conocía muy bien, administrado por una pareja de luxemburgueses que daban al sitio un encanto muy particular y mantenían un servicio impecable. La ciudad era una próspera capital azucarera con un clima parejo y agradable, que supo mantener un cierto ambiente cosmopolita y bullanguero en una vida que transcurría sin altibajos ni sorpresas. Era como una isla en medio de la tormenta de pasión política desenfrenada que devastaba al país y lo mantenía sumido en una atmósfera de sangre y luto. Me gustaba demorarme por largas horas en el bar, instalado en una veranda donde corría un aire fresco, cargado de capitosos aromas vegetales. Allí dejé pasar los días sin encontrar solución a mi problema. Las visitas que hice a los clubes campestres y sociales de la ciudad no dieron como resultado sino las miradas de incredulidad de los encargados del comedor que me escuchaban como si hubiera perdido la razón.

En el bar del hotel servía un barman nuevo, también súbdito de los Grandes Duques, con el cual me fue fácil establecer amistad a fuerza de evocar mis años en Bélgica y mis frecuentes tránsitos de entonces por Luxemburgo. El hombre resultó ser mucho más imaginativo y emprendedor que la mayoría de sus compatriotas. Un día en que me hallaba en vena de confidencias, se me ocurrió contarle el trance en que me encontraba. Después de escucharme con atención partió hacia la barra sin decir palabra. Me trajo un escocés algo más generoso que los habituales y permaneció a mi lado en actitud de meditación. Rompió su silencio para preguntarme:

—¿Tiene alguna limitación de presupuesto para semejante despropósito?

—En absoluto —le respondí intrigado—. Tengo carta blanca.

—Pues entonces, yo me encargo de todo —me respondió León, que era el nombre de mi salvador.

Ante la expresión de incrédulo pasmo que debí poner, pasó a explicarme con la mayor naturalidad.

—Mire, amigo. He trabajado en la costa del África Ecuatorial en lugares que, comparados con Urandá, ésta es un edén. Allí he servido *buffets* que los invitados siguen recordando como algo difícil de superar. El problema es muy sencillo, pero muy

costoso: se reduce a tener transportes adecuados y seguros, mucho hielo y una coordinación que debe ser infalible. Cada minuto cuenta en forma decisiva. La carretera al puerto es infernal. Por ella vine y no es fácil de olvidar. En Urandá hay que mantener tres camiones con motores y llantas en perfecto estado, listos para auxiliar a los tres que partirán de aquí con la comida, los vinos, la vajilla y los cubiertos. Si hay un derrumbe en el camino o se presenta una avería, aquellos camiones deben venir en auxilio, llamados por radio, instalado en las dos flotas. En cuanto al menú, le sugiero seis platos, la mayoría de ellos fríos, para presentar un *buffet* variado y muy selecto. Las salsas y el áspic los preparo allá al llegar. De todo esto tengo larga experiencia, no se preocupe. Respecto al precio, le puedo presentar un presupuesto pormenorizado de los gastos, para que lo muestre a su gerencia, a la que puede avisar desde ahora que todo está solucionado. Confíe en mí, que no lo haré quedar mal, Urandá no ofrece más dificultades y riesgos que Loango o Libreville —confieso que sentí el impulso de estampar un beso en la frente del leal luxemburgués. Me detuve a tiempo y apuré a su salud el vaso que me había servido.

Mi gerencia aprobó el presupuesto sin presentar objeción alguna. Las cosas comenzaron a marchar con la regularidad de un comando. Quedaba el problema del transporte aéreo. Seis aviones debían aterrizar y despegar con la más estricta puntualidad. Partí a Urandá, con cuatro días de anticipación a la fecha de la ceremonia, para coordinar la ingrata tarea de hacer viable el incierto puente aéreo. Tuve, en esa ocasión, que alojarme en el Hotel Pasajeros, ya que era el único con línea de larga distancia y télex. Fui a visitar al personal del aeropuerto. Me reuní con quienes iban a manejar la operación, alrededor de una mesa que conseguí me instalaran en el patio de la supuesta piscina. Discutimos largamente todas las posibilidades de salir con suerte del apuro. Había pedido a mi compañía que me enviaran como refuerzo a tres meteorólogos de la refinería y éstos sirvieron para mantener la moral de los técnicos locales que se veían muy afectos al desaliento.

Una noche, en que me hallaba solo, en esa mesa de operaciones donde se habían barajado todas las posibilidades de un desastre incalculable, apurando un whisky que había logrado salvar del hielo lodoso poniéndole únicamente soda helada, vi que venía hacia mí un personaje con gorra oscura de marino, camisa de mezclilla con los botones de concha y un traje de lino de indudable calidad pero que debió conocer días mejores transitando por los cafés de Alejandría o Tánger, antes de venir a lucir en ese lugarejo del Pacífico. El aspecto del visitante era por entero ajeno al ambiente que lo rodeaba. Sin embargo, se movía con una familiaridad desconcertante. Cuando llegó frente a mí, me saludó llevándose la mano a la visera de la gorra y me dijo en fluido francés, con un muy leve acento árabe:

—Permítame presentarme. Soy Abdul Bashur y tenemos un amigo común muy apreciado por ambos, se trata de Maqroll el Gaviero. Tal vez haya escuchado hablar de mí alguna vez.

Me levanté para saludarlo y le invité a sentarse, cosa que hizo con lentitud ceremonial. Era un hombre alto, de brazos y piernas largos y nervudos que transmitían una impresión de energía gobernada por una mente crítica y ágil. Al andar mostraba una leve vacilación que, en un comienzo, achaqué más a cautela que a timidez. El rostro afilado, de facciones regulares, hubiera podido tener un atractivo oriental un tanto

obvio, a no ser por el ligero estrabismo que daba a su mirada una expresión de sonámbulo recién despertado. Las manos, ahuesadas y firmes, se movían con una elegancia singular, ajena a la menor afectación. Pero esos movimientos nunca correspondían a sus palabras, lo cual creaba un vago desconcierto. Era como si un doble, agazapado allá en su interior, hubiera resuelto expresarse por su cuenta, según un código indescifrable. La presencia de Abdul Bashur despertaba siempre, por ese motivo, una mezcla de inquietud y simpatía. Esta última suscitada por ese cautivo que sólo lograba hacerse presente a través de gestos de una distinción desusada, ajena a la persona real que hablaba con nosotros. Los cabellos rizados y espesos mostraban en las sienes una zona de canas rebeldes de un blanco intenso. Sonreía con espontánea facilidad, mostrando una hilera de dientes levemente manchados por el cigarillo que no lo abandonaba jamás. Abdul, que se expresaba con riqueza y soltura en unos diez idiomas, entre ellos el turco, el persa, el hebreo y, desde luego, el propio, que era el árabe, pasó del francés en el que me saludó a un español que conservaba la pronunciación peninsular. Era evidente que lo había aprendido en Andalucía, lo que más tarde pude confirmar.

Así que éste es el famoso Abdul Bashur, pensé, camarada inseparable de Maqroll el Gaviero en sus más audaces correrías, el hombre con quien compartía el amor de Ilona, historia de la que me enteré una vez en Marsella por boca del mismo Gaviero, que andaba en un improbable negocio de alfombras antiguas. Lo primero que se me ocurrió preguntarle, ya sentado frente a mí en el pringoso patio del Hotel Pasajeros, era qué lo había traído hasta ese infecto hueco del Pacífico, donde creía que nada se le hubiese perdido.

—Vine para conocerlo personalmente y hablarle de un asunto que me interesa mucho  
—me contestó conservando una sonrisa afable como si tratase de aplacar cualquier prevención de mi parte.

Pasó a explicarme, luego, que venía de Nueva Orleans donde lo citó el director de la flota marítima de nuestra compañía. Resultó que ese funcionario estaba invitado a la inauguración del muelle petrolero de Urandá. Comentó a Bashur que me conocía muy bien porque habíamos viajado varias veces juntos por las islas del Caribe. Le instó a venir con él y Abdul tuvo —fueron sus palabras— dos razones para aceptar: conocerme —el Gaviero le contó que yo seguía sus pasos desde hacía mucho tiempo, porque me proponía relatar su agitada existencia— y explorar las posibilidades de que nuestra empresa tomase en arriendo dos buques cisterna de propiedad de su familia que ahora operaban en el área del Caribe. Pensó que yo podía ser la persona para orientarlo en ese sentido y presentarle a mi gerente. De éste dependía la decisión, como se lo confirmó el director de la flota, su amigo. Había llegado con él esa mañana en el buque tanque que iba a descargar el primer combustible en el terminal de oleoducto. Venía a buscarme, para conocerme en persona y conversar un poco conmigo, antes de comenzar a tratar de negocios.

Tenían sus palabras y, sobre todo, su acento, una familiaridad de viejo amigo, entreverada con un inconfundible matiz comercial, muy característico de su gente. Desde luego, le ofrecí que lo pondría en contacto con mi gerente y me adelanté a advertirle que era persona muy celosa de sus atribuciones y responsabilidades, y la injerencia de funcionarios de la empresa en áreas ajenas le causaba siempre cierto

recelo. Le prometí que hablaría con él para preparar el terreno y limar cualquier desconfianza. En cuanto a Alastair Gordon, el director de la flota en las Antillas, éramos viejos amigos y, en efecto, habíamos consumido incontables litros de *scotch* viajando entre Aruba, Curazao y el continente. Era un escocés amable, de carácter a menudo excéntrico y explosivo, pero buen amigo y con sus bordes de sentimental reprimido.

Luego, nos lanzamos, Abdul y yo, a hacer reminiscencia de nuestra amistad con el Gaviero y allí hubiéramos pasado el resto de la noche de no haber aparecido, horas más tarde, el mismo Alastair Gordon en persona, con su eterna pipa de cerezo, su pedregoso acento escocés, donde las erres rodaban como cantos en una pendiente llena de obstáculos y su sed inagotable. Con él convinimos el enfoque que debía darse a la oferta de Bashur, y Gordon estuvo de acuerdo en que se anduviera con suma precaución. Cuando Abdul, cerca ya de la medianoche, propuso que pasáramos al comedor, agotada, entre Gordon y yo, la segunda botella de whisky, tuve que explicarle que era aconsejable evitar esa experiencia, por ahora. Iríamos a la colina, a casa de una *madame*, nacida en Toulon y buena amiga mía. Ella nos prepararía una macedonia de mariscos de su invención, poco ortodoxa, es cierto, pero digna de confianza.

Tendríamos, eso sí, le expliqué, que tener cierta comprensión con el mediocre vino blanco chileno que nos ofrecería, porque era el único potable en Urandá. Estuvieron de acuerdo y partimos hacia la colina en un jeep de la compañía, que debió participar en la invasión de Sicilia por Clark, tan desvencijado estaba. Suzette accedió a prepararnos su plato favorito. Una vez liquidado éste, junto con el vino que toleramos con paciencia, convencí a mis amigos de que nos quedáramos a dormir allí. Ellos no sabían lo que podría esperarnos en el hotel. Las pupilas de la casa circulaban a nuestro alrededor y nos lanzaban miradas invitadoras, despertando en el rostro de Abdul una expresión de pánico conmovedora. Yo ya le había prevenido sobre las sorpresas que podrían reservarle las secuelas del pian. Suzette puso en orden al personal y yo le expliqué a Bashur que no estábamos obligados a irnos a dormir acompañados.

—He frecuentado y vivido —comentó Abdul— en los peores antros de Tánger, Marsella, Trípoli, Alejandría y Estambul. Pero jamás pensé en que algo parecido a esto pudiera existir.

En vista de la reacción de Bashur, Alastair propuso que fuéramos a dormir al barco. Accedí a su invitación. Pagamos largamente a la dueña del establecimiento, dejamos para las muchachas algunos dólares y partimos hacia el muelle. En el rostro de Abdul se reflejó un alivio evidente.

Durante los días que siguieron, mi relación con Abdul se fue haciendo más cercana y las aficiones y experiencias comunes, más evidentes. Él no acababa de creer que la suerte me hubiera deparado en forma tan milagrosa al *maitre* luxemburgués y seguía paso a paso las peripecias de la inverosímil hazaña gastronómica de León. Por ese lado, todo iba cumpliéndose sin tropiezos, tal como lo habíamos planeado. Lo que continuaba ofreciendo obstáculos, al parecer invencibles, era el problema de la *météo*, como lo llamaba Abdul, siempre con un dejo de ansiedad. Los controladores que pedí a la refinería me daban, sin embargo, un cierto margen de confianza en comparación con los de Urandá que vegetaban allí en condiciones infrahumanas. De todos modos, la incógnita planteada por los bruscos cambios del clima en la región seguía allí como una espada de Damocles pendiendo sobre nuestras cabezas. Ordené aplanar la pista y

construir algunos desagües de emergencia, para tratar de mantener la firmeza del piso. La aplanadora se dedicó a rellenar la pista con cascajo y restos de los edificios que se derrumbaban por la acción del clima y las mareas. Pero nada de esto era lo principal. *Cette putain météo*, como la increpaba Abdul, era nuestra auténtica preocupación y a este respecto no había nada que hacer, porque no dependía, como es obvio, de nosotros. La llegada y la partida de los seis DC3 con los invitados debía calcularse dentro de las horas de menor riesgo de mal tiempo. Pero, por otra parte, la comida debía servirse ajustada a ese intervalo.

El día en cuestión llegó sin incidentes. El tiempo era bueno y los aviones fueron llegando con toda regularidad. La bendición del muelle y los discursos del ministro de Obras Públicas y del gerente tomaron el tiempo que habíamos previsto. Cuando se sirvió el *buffet*, ya nos dolía la nuca a Abdul y a mí de tanto levantar la vista al cielo para descubrir el menor cambio en las nubes que corrían apaciblemente por un firmamento de un azul de sospechosa inocencia. Bashur se había solidarizado por entero conmigo y seguía las etapas del evento con tanto interés y ansiedad como yo. Conseguí conversar un instante con mi gerente y éste, ya advertido por mí, lo trató amablemente pero le dijo que prefería hablar con él en la capital del departamento, donde pensaba permanecer un par de días. Ahora tenía que atender a toda esa gente y no tenía cabeza para otra cosa. Bashur lo entendió muy bien y acordamos que viajaría con el personal de la empresa en el avión de la gerencia, que llevaría también a los ministros y a sus ayudantes.

El *buffet* fue un éxito y León fue felicitado por el propio ministro de Obras Públicas, quien daba la casualidad de que también había estudiado en Bruselas y se dirigió al *maitre* en francés para decirle que jamás olvidaría la exquisita calidad de los platos, servidos y degustados en el último lugar de la Tierra imaginable para hacerlo. Ya nos disponíamos a subir a los coches que debían llevarnos al aeropuerto, cuando escuchamos el primer trueno anunciador de la tormenta, que nos sonó con estruendo apocalíptico. Nuestro regocijo se esfumó al instante y con él la prestigiosa hazaña del banquete.

El gerente se me acercó y, en voz baja, me dio instrucciones para llevar de inmediato al aeropuerto a las comitivas extranjeras. El avión de la compañía saldría también al instante con los ministros locales y el obispo. Nosotros viajaríamos en una limusina de las tres que había preparado para esa eventualidad. Partí al campo aéreo con el grupo de extranjeros dejando a Bashur que departía con el gerente y sus colaboradores, entre desconcertado y divertido. El último avión salió con la tormenta ya en la cabecera de la pista. Los pasajeros tenían una expresión de pánico que intentaban dominar con bromas tan sosas como inútiles. El piloto de nuestro avión, un antiguo as del Transport Air Comando, me dijo que estaba seguro de poder salir sin riesgo. Todos estuvieron de acuerdo en partir con él, menos el ministro de Economía y el jefe de la guardia presidencial, quienes decidieron venir con nosotros por carretera. Como es obvio, me abstuve de hacer objeción alguna, pensando, además, que el gerente quisiera aprovechar la ocasión para tratar algunos asuntos con el ministro, durante el interminable trayecto por tierra. El doctor Aníbal Garcés, que así se llamaba el ministro, era uno de esos sujetos de corta estatura, regordetes, sonrosados y de calvicie avanzada, con rojizos bigotes meticulosamente recortados un tanto más arriba del

borde del labio, cuyos ojos en forma de almendra, algo femeninos, acostumbran fijarse con insolente autoridad, como intentando suplir la falta de estatura y la redondez abacial de la silueta. Suelen ser personas que todo lo saben, todo lo explican, todo lo objetan y a todo se anticipan, con prisa cortante que atropella sin admitir réplica. La carrera política de estos personajes siempre culmina en los gabinetes ministeriales. Su presencia en las plazas públicas, indispensable para alcanzar la presidencia, es inimaginable.

Sin esperar a que cayera la noche, partimos en la limusina. Nos acomodamos, el ministro y el gerente en el asiento trasero, Abdul y yo en los banquillos intermedios y el flamante coronel de la guardia presidencial, al lado del chofer. Era de ver a ese representante de las fuerzas armadas cuya presencia, además, nadie acababa de entender con su uniforme de ceremonia de un blanco deslumbrante y el pecho cargado de condecoraciones imposibles de identificar. El gerente insistió a última hora en que Bashur viniera con nosotros. Era evidente que existía ya entre ellos una corriente de simpatía. Luego, durante el trayecto, recordé que mi gerente había sido jefe de operaciones de la empresa en Ras-Tanurah y se ufanaba de haber aprendido el árabe y de hablarlo con relativa propiedad. De allí, quizá, su inclinación por Bashur. Nos despedimos de Alastair, quien se acercó al auto en el último momento para recordar a Abdul que tres días después el barco saldría una vez descargado el combustible en el muelle terminal recién inaugurado. Abdul le aseguró que no faltaría a la cita y dejamos al escocés, que se despedía de nosotros moviendo la cabeza en un gesto de franca desaprobación, que sólo el chofer y yo entendimos cabalmente.

La carretera que une al puerto de Urandá con la capital de la provincia ha sido un venero de historias, la mayoría de ellas macabras y otras de un absurdo delirante, sólo comprensibles cuando se ha hecho ese viaje, no importa en qué época del año. Al salir del puerto, el camino atraviesa primero, durante una veintena de kilómetros, por una monótona planicie sembrada de plátanos y algunos otros árboles frutales de nombres difícilmente pronunciables. Comienza, luego, a subir en un cerrado zig-zag hasta alcanzar los tres mil metros de altura. Allí, arriba, entre una espesa niebla que se viene encima de repente y hace casi imposible avanzar, comienza el lento descenso, bordeando precipicios de una profundidad que la vista no logra calcular a causa de la misma niebla que corre encajonada en el abismo, impelida por un viento que no cesa. Abajo, el río caudaloso que desciende golpeando contra las grandes piedras que siembran el cauce, deja oír el fragor de la corriente en un bramido que llena de espanto. Ha sido imposible, para los ingenieros encargados de mantener transitable esta vía, la única que comunica con el mar a una de las regiones azucareras más ricas del mundo, evitar los perpetuos derrumbes y grandes deslizamientos causados por las lluvias incesantes. En incontables ocasiones, es preciso, para abrir una nueva ruta y mantener el tráfico, pasar los *bulldozers* por encima de caravanas enteras de camiones, sepultados bajo tierra con sus tripulantes. Los vehículos que esperan para continuar su camino corren el peligro de quedar, a su vez, enterrados y por esta razón no hay tiempo para rescatar ni las víctimas ni la carga. Una fila de cruces, colocadas por los deudos en el sitio del desastre, son el único recuerdo que queda de quienes yacen allí. En ocasiones, pasados algunos meses o años, la tierra sigue rodando hacia los precipicios y las aguas del río acaban por arrastrar hasta el valle restos anónimos que se hunden lentamente en el limo de las orillas, formado por arenas movedizas



intransitables.

La limusina avanzaba por entre las tinieblas de una noche que cayó de repente, al comenzar la subida de la cordillera. El ministro y el gerente conversaban en voz baja, mientras Abdul y yo tratábamos de conservar el equilibrio en los precarios banquillos intermedios, guardando un discreto silencio. Adelante, junto al chofer, el coronel roncaba estruendosamente. Lo habíamos visto acosar a los meseros durante el banquete, exigiéndoles que llenaran su copa con vino blanco y, luego, con champaña, con la insistencia de quien desea aprovechar una ocasión que parece no habersele presentado con mucha frecuencia en la vida. Así pasaron las primeras horas del viaje hasta cuando alcanzamos la cima. Nuestros compañeros del asiento trasero habían suspendido su charla y guardaban un silencio cargado de esa densidad característica que emana de quienes se internan en una meditación sobre problemas suscitados durante el diálogo y que no acaban de encontrar solución. Comenzamos a descender, otra vez en un apretado zig-zag que forzaba al conductor a avanzar con una lentitud que se antojaba fantasmal, entre la niebla iluminada por los faros con resplandor lácteo que cegaba la vista. A menudo teníamos que detenernos. De vez en cuando, en una curva tomada con extrema prudencia, las luces mostraban el borde del abismo por el que corría la bruma que se escapaba trepando monte arriba como si quisiera huir de las profundidades en las que había estado presa. Siempre que recorría esa ruta me venían a la memoria los grabados de Doré para la *Divina Comedia*.

De pronto, el ministro rompió el largo silencio en el que se hallaba absorto, para ordenar al chofer que se detuviera porque necesitaba orinar. El chofer obedeció y el ministro abandonó el auto sin decir palabra. El gerente comenzó a conversar con nosotros y se lanzó a nostálgicas remembranzas de su vida y experiencias en el Oriente Medio. Barajaba con Bashur nombres de lugares y personalidades de la política y los negocios y se fue creando entre ellos esa especie de *hortus clausus* en el que se confinan quienes comparten la añoranza de sitios en donde creen haber sido felices. Tuve que interrumpirles, pasado cierto tiempo, para hacerles caer en la cuenta de que el ministro Garcés se estaba tomando un tiempo un tanto exagerado para aliviar su vejiga. Me parecía prudente salir a buscarlo. Al descender del coche nos dimos cuenta de que nos hallábamos a un par de metros escasos del abismo. El gerente se volvió para increpar al chofer, pero yo lo detuve para explicarle que detenerse al pie del talud hubiera sido más peligroso debido a las rocas que solían caer con frecuencia a causa de la lluvia. Nos dedicamos a recorrer la orilla del precipicio, pero el doctor Garcés no daba muestras de vida. El chofer nos ayudó en la pesquisa y, finalmente aventuró una sugerencia: era preciso ir palpando las orillas para ubicar el sitio donde el ministro había orinado. El lugar debía estar aún tibio, pese a la llovizna que continuaba cayendo sin piedad. Nos resignamos a la tarea, pero no obtuvimos ningún resultado. Resolvimos, por fin, llamar al ministro a voces. A nuestros gritos de: «¡Doctor Garcés! ¡Doctor Garcés!» sólo respondía el lejano y sordo estruendo de las aguas en su raudo chocar contra las rocas. De repente, el blanco fantasma del coronel de la guardia presidencial cayó sobre nosotros dando gritos desaforados y blandiendo una pistola 45:

—¡Oigan, carajo! ¡Qué demonios hicieron con el doctor Garcés! ¡Aquí me los voy a quebrar a todos si le pasó algo! —nos increpaba con vozarrón tartajoso de quien despierta de un empacho de vino, champaña y langosta mal digeridos.

Fue entonces cuando se me reveló una faceta del carácter de Bashur. Mientras los demás permanecíamos paralizados ante el energúmeno militar y su pistola que nos apuntaba con mano insegura, Abdul se le fue acercando hasta quedar frente a él y en voz baja pero audible se limitó a decirle en tono de quien habla con un subordinado:

—Oiga, amigo. Guarde esa pistola y no grite más. A lo mejor es contra usted mismo que va a tener que usarla si no aparece su ministro.

El hombre se quedó un instante sin saber qué responder y, luego, guardando su pistola debajo del uniforme, regresó al coche con aire de mastín regañado.

Seguimos llamando al doctor Garcés durante un buen rato hasta cuando, en medio de un silencio creado por un cambio de viento, escuchamos un leve gemido que venía del borde del abismo. El chofer fue de inmediato al automóvil y lo orientó para iluminar las tinieblas de donde llegaba el sordo quejido. Por fin divisamos el cuerpo del doctor Garcés, muellemente acogido por las frondosas ramas de un árbol que había crecido en la pared del barranco, un poco debajo del borde de éste, junto al lugar donde se había detenido la limusina. Con las cadenas que ésta traía para poner en las llantas, en caso de tener que avanzar por el lodo, logramos rescatar el funcionario milagrosamente ileso, fuera de algunos pequeños rasguños en el rostro. Una vez en tierra, se quedó mirándonos con el asombro de quien aún no entiende lo que ha sucedido. Luego, en tono mesurado y oficial, nos dijo:

—Muchas gracias, señores. Regreso en un momento. Con permiso —se dirigió al pie del talud y allí orinó larga y pudorosamente.

Regresamos a la limusina y seguimos el camino sin hacer mayores comentarios al accidente ministerial. El coronel tornó a roncar sin compasión. El ministro aludió brevemente al milagro de la providencia que dispuso que ese árbol creciera justamente en ese sitio improbable. El gerente comentó algo en árabe al oído de Bashur. Se le notaba un tanto excedido ya por el conspicuo representante del gabinete. Si había comentado con Bashur, en un idioma que los demás no comprendíamos, algo a todas luces referido al incidente, era que, o poco esperaba del doctor Garcés, o ya había conseguido de él lo que quería. El viaje continuó sin más contratiempos y seis horas después llegamos a la ciudad en un estado de cansancio y abatimiento que pedía la cama a gritos. El gerente, Abdul y yo nos alojamos en el hotel en cuyo bar atendía León. El ministro y el coronel partieron hacia la capital del país en el avión de la empresa. Las despedidas fueron más bien escuetas y con la dosis apenas suficiente de urbanidad como para mantener en el futuro relaciones que nos eran necesarias. Antes de subir cada uno a su habitación, el gerente dijo a Bashur, poniéndole una mano en el hombro:

—Cuenta con el contrato de sus buques cisterna. Desde la capital enviaré a Gordon un télex en ese sentido. No sé si aquí volvamos a vernos. Me esperan dos días de juntas y deliberaciones con las autoridades departamentales. Si no nos vemos, le deseo mucha suerte. Lamento que haya tenido que padecer este viaje en automóvil, pero me dio la grata oportunidad de conocerlo. Créame que ha sido un placer —volvió a mirarme mientras me guiñaba un ojo. Era la manera de despedirse cuando estaba satisfecho de mi trabajo.

Al día siguiente, después de una noche de sueño reparador, nos encontramos Abdul y yo en la veranda del hotel a eso de las once de la mañana. León nos recibió, fresco y sonriente, con un Tom Collins de su cosecha que hubiera resucitado a un húsar. Había llegado esa madrugada. En el camión que trajo la vajilla y los implementos de cocina, había dormido a pierna suelta. *J'ai trouvé votre ministre type très malin*, me comentó refiriéndose, claro está, al de Obras Públicas que lo había felicitado tan calurosamente. El mismo León nos sirvió luego una comida deliciosa, dentro de los cánones de la cocina belga.

Salimos, luego, a dar una vuelta por la ciudad, justamente famosa por la belleza de sus mujeres. En el puente sobre el río que la cruza, esperamos la entrada del personal de las oficinas y almacenes del centro comercial. Desfilaban las más bellas muchachas, en una suerte de ritual que se repite desde hace años. En verdad, el espectáculo era deslumbrante. La elegancia del andar, la esbelta proporción de esos cuerpos jóvenes y elásticos, los grandes ojos oscuros y la piel mate y tersa que invita al tacto, hacen de las mujeres de esa región una suerte de raza aparte, venida de quién sabe dónde. Como si hubiese adivinado mi pensamiento, Abdul pronunció su juicio:

—Tienen mucho de andaluzas y también de levantinas. Pero, al verlas, uno sabe que la edad no producirá en ellas los estragos que convierten a nuestras mujeres, a los treinta años, en una ruina. Es como si su esqueleto estuviera hecho de una substancia más dúctil y, al mismo tiempo, más duradera. Son mutantes.

Al caer la tarde regresamos al hotel. Abdul contrató un taxi para salir en la madrugada siguiente hacia Urandá. Tomamos algunos aperitivos en el bar de León y éste nos sirvió una cena frugal e impecable. Subimos a nuestras habitaciones y me despedí de Abdul en la puerta de la suya.

—Estoy seguro —le dije— que nos vamos a encontrar de nuevo más de una vez. Cuando vea al Gaviero díglele, por favor, que siempre espero noticias suyas y no deje de contarle la caída del doctor Garcés y su increíble rescate. Yo sé que le va a divertir —me repuso que Maqroll debía estar a esas alturas en un barco danés, viajando de Java a la costa Malabar. Por allá tenía una amiga que fabricaba incienso para ritos funerarios y recalaba en su casa cuando resolvía descansar.

—Ya nos veremos —agregó Bashur—, y antes, seguramente, de lo que usted supone. Mis barcos cisterna van a comenzar su servicio en la compañía dentro de algunas semanas y para esa fecha espero estar en Aruba.

Se despidió con un firme apretón de mano en el que me confirmaba la mutua simpatía que nos iba a unir por mucho tiempo, nacida en ese primer encuentro en Urandá de indeleble memoria. Otros iban a seguir a lo largo de muchos años, pero no el que me pronosticó en Aruba. Los dioses dispusieron otra cosa y, para entonces yo recorría otras tierras y conocía nuevas experiencias, no todas ellas placenteras.

Abdul Bashur entró a formar parte de la restringida legión de amigos cuya vida se ha cumplido bajo el signo del azar y la aventura y al margen de códigos y leyes creados por los hombres con el objeto de justificar, a la manera de Tartufo, la menguada condición de su destino. Durante los días de Urandá y en la ciudad de las mujeres inconcebibles, pude familiarizarme con algunas de sus particularidades de espíritu más

singulares. Poseía un sentido de la amistad en extremo delicado y profundo; sabía sacrificar por el amigo toda consideración hacia su propio bienestar. Su manejo de las secretas leyes del azar alcanzaba a menudo extremos rituales; sólo lo desconocido despertaba su interés —en esto se hermanaba con el Gaviero—. Pero, allá en el fondo, Bashur preservaba un núcleo inexorable, donde iba a estrellarse todo atentado contra su independencia, la inclinación de sus sentimientos o sus muy personales caprichos. Sabía ser, en este caso, de una ferocidad implacable y gélida. Ésta surgía siempre que se trataba de someterlo a la más ligera servidumbre, no aceptada de antemano por él por razones del corazón o puramente pragmáticas. Cuando lo vi someter al frenético coronel de la guardia presidencial, supe hasta dónde iban los límites de su tolerancia. La complicidad con Maqroll, sobre la cual ya tenía de antes más de una noticia, se explicaba fácilmente al conocer a Bashur. Estaba cimentada en un doble juego de rasgos de conducta opuestos y otros complementarios o afines que terminaba creando una armonía inquebrantable. Maqroll partía de la convicción de que todo estaba perdido de antemano y sin remedio. Nacemos ya, decía, con vocación de vencidos. Bashur creía que todo estaba por hacer y que quienes en verdad acababan como perdedores eran los demás, los necios irredentos que minan el mundo con sus argucias de primera mano y sus camufladas debilidades ancestrales. Maqroll esperaba de las mujeres una amistad sin compromiso ni tráfico de culpas y siempre acababa abandonándolas. Bashur se enamoraba con infalible regularidad, como si fuera la primera vez, y aceptaba, sin examen ni juicio, como un don inestimable caído del cielo todo lo que de ellas viniese. Maqroll en raras ocasiones enfrentaba a sus adversarios; prefería que la vida y las vueltas de la fortuna se encargaran de la lección y el castigo correspondientes. Abdul respondía de inmediato y brutalmente, sin calcular riesgos. Maqroll olvidaba las ofensas y, por lo tanto, la venganza. Bashur la cultivaba durante el tiempo que fuese necesario y la cobraba sin piedad, como si la ofensa hubiera ocurrido en ese instante. Maqroll carecía por completo de todo sentido del dinero. Abdul era generoso sin medida, pero en el fondo, mantenía un balance de pérdidas y ganancias. Maqroll no tuvo jamás lugar sobre la Tierra. Abdul, lejano descendiente de beduinos, añoró siempre el aduar que lo acogía con el calor de los suyos. Maqroll fue un lector devorante, sobre todo de páginas de la historia y de memorias ilustres; le gustaba así confirmar su pesimismo sin salida sobre la tan traída y llevada condición humana, de la que tenía un concepto más bien desencantado y triste. Abdul jamás abrió un libro, ni entendió cuál era la utilidad de tal cosa en la vida. No creía en los hombres como especie pero daba siempre a cada uno la oportunidad de probarle que estaba equivocado.

Es así como estos dos compadres lograron andar juntos por el mundo, emprendiendo las más inusitadas tareas y sembrando a su paso un recuerdo familiar y legendario a la vez. Dejar testimonio de esta saga impar es lo que he venido intentando, si no con cabal fortuna, al menos sí con la ilusión de retardar en la parca medida de mis posibilidades su caída en el olvido.

Después de aquel primer encuentro ha corrido mucha agua por los ríos. Abdul ya no está entre nosotros. De Maqroll el Gaviero hace casi dos décadas que no tengo mayor noticia. Después de una larga carta enviada desde Pollensa, en Mallorca, las cosas han cambiado tanto que muchas de las empresas de los dos amigos son hoy inconcebibles. De los *tramp steamers* en los que navegaron y de los que derivó la familia de Bashur su

mediocre fortuna, sólo quedan en el mar dieciséis, convertidos en objetos de museo. Se enseñan en los libros como si se tratase de exóticos supervivientes de un remoto pasado.

Seleccionados los papeles que me envió Fátima y los que he ido guardando de Maqroll, me encamino ahora a la tarea de revivir con su ayuda algunos pasajes de la vida de Abdul Bashur. Confieso mi reparo sobre el interés que pueda tener para mis lectores esta secuencia de andanzas, muchas de ellas anacrónicas en el deslucido presente que nos ha tocado en suerte. Sin embargo, me he propuesto hacerlo, ya lo dije, con la ilusión de que, al rescatar el pasado de mis dos amigos, cumpla, quizá, con un acto de somera justicia hacia ellos, a tiempo que tal vez me ayude a prolongar mis nostalgias que, a esta altura de mis días, representan una porción muy grande de las razones que me asisten para continuar mi camino.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo II

*Página 44 de 64*

### Capítulo II

En otro lugar queda relatada la forma como se conocieron Maqroll y Bashur en Port Said, si bien es verdad que quien cuenta el asunto es el mismo Gaviero en su Diario del Xurandó, cuyas páginas encontré refundidas en un viejo libro sobre el asesinato del Duque de Orléans que me vendió un librero en Barcelona. En el episodio, tal como lo registra Maqroll, hay ciertos puntos nada claros. Siempre he creído que el judío de Tetuán que salió maldiciendo de los dos compadres fue víctima de algo más serio que la compra de unas piedras a un precio que no era el que previamente había calculado. En el pormenor de Maqroll hay puntos que se prestan a serias dudas. El Gaviero, por ejemplo, habla al judío en castellano y a Bashur en flamenco. ¿Cómo sabía que Abdul hablaba ese idioma? El judío acaba maldiciéndolos con tal furia que es lógico pensar en otra clase de trastada sufrida por el pobre hijo de David de manos de la pareja. Cabe preguntarse si ellos no se habían conocido antes y si las piedras en cuestión no tenían un dueño diferente de Bashur. Nunca quise aclararlo con ellos, porque tal clase de imprecisiones y remiendos en sus anécdotas es una constante en las cartas de ambos amigos. Pasemos, pues, por encima de este pretendido primer encuentro y entremos en materia ocupándonos del que parece ser el capítulo más remoto de sus correrías mediterráneas.

Por aquel entonces era Marsella el gran núcleo de distribución de la droga en Europa y Asia Menor y, junto con Shanghai, el mayor foco de delincuencia del mundo. Abdul Bashur se había visto obligado a vender, acosado por sus acreedores, el pequeño carguero con el que operaba entre Marruecos y Túnez y los puertos de España y Francia sobre el Mediterráneo. No quiso, esta vez, recurrir a su familia, que seguramente le hubiese ayudado. Los negocios del grupo tampoco estaban particularmente prósperos. Además, en la última ocasión que acudió a ellos, no habían querido hacer efectivos los documentos que Bashur había firmado. Se encontraba en Marsella, alojado en un cuarto de pensión en la Rue Marzagran, a pocos metros de la Canebiere. La dueña del establecimiento, una francesa nacida en Túnez, con un pasado bastante colorido, fue amante de Bashur cuando éste comenzaba a recorrer los puertos de la región, trabajando para los astilleros que entonces tenía su familia. La mujer se había casado, luego, con un comerciante en vinos que murió pocos años después dejándole una modesta herencia que le sirvió para instalar en Marsella esa pensión, frecuentada, en su mayoría, por viejos amigos de la pareja. El lugar era discreto y Arlette, tal era el nombre de la patrona, sabía mantener buenas relaciones con la policía. Parte de sus huéspedes se dedicaba a tratos no siempre comprendidos en los límites que establece la ley. La mujer sabía muy bien, en cada caso, ya fuera brindar su

protección, o, simplemente, dejar que actuaran las autoridades. En ese balance de lealtades descansaba la prosperidad de su negocio.

Bashur traía, desde días atrás, un proyecto cuyos detalles venía afinando y andaba en busca de un socio para ponerlo en ejecución. El asunto era delicado y no le parecía prudente compartirlo con alguien que no ofreciera una total confianza. Recorriendo los cafés de la Canebiere y calles aledañas, daba vueltas a la idea, instalado en las terrazas, tratando de limitar sus gastos a un mínimo absoluto. Una noche, en que el calor se había hecho insoportable dentro de su habitación, resolvió salir a buscar un poco de brisa y tomar un café granizado que debía durarle hasta el amanecer. Era experto en esa técnica, aprendida en su juventud, y sabía aplicarla con una impavidez que desconcertaba a los meseros. Hacia las tres de la mañana, cuando ya sólo transitaban en el bulevar algunas prostitutas de edad avanzada, vigiladas por chulos que hubieran podido ser sus nietos, vio que alguien le hacía señas mientras descendía de un autobús en marcha. La inconfundible silueta del Gaviero salió de la penumbra y entró a la terraza iluminada, avanzando hacia Abdul con su bolsa de marino al hombro. Se saludaron como si se hubieran visto el día anterior, Maqroll pidió otro granizado de café y un cognac aparte. Bashur tembló por su magro presupuesto. Cada uno contó en breves palabras los recientes sucesos de su vida y la razón por la que se hallaba en Marsella. Maqroll venía de abandonar su cargo de contraamaestre en un pesquero noruego, a raíz de una disputa con el primer oficial, aquejado de una manía persecutoria llevada hasta el delirio. Decretó que Maqroll era un enviado de Belcebú, con la misión de sembrar de nuevo el cólico negro en Europa. Resultaba que el hombre era sobrino del propietario de la flota y no había manera de quitarle de la cabeza esa obsesión, típica de fanático luterano inabordable. Maqroll había llegado esa mañana en tren procedente de Génova y tenía su maleta en la consigna de la Gare du Prado. Bashur lo invitó, sin vacilar, a compartir con él su cuarto en la pensión de Arlette. Pronunció en ese momento una frase sibilina que dejó al Gaviero intrigado:

—No se preocupe por buscar trabajo. Ya tendremos de qué ocuparnos. Dentro de pocas semanas podremos recibir, al fin, todo el dinero que nos debe la vida.

Antes de seguir adelante, me parece útil aclarar algo respecto a la relación de estos amigos: jamás consiguieron tutearse. Alguna vez se lo comenté al Gaviero, quien me dio una respuesta muy suya:

—Cuando nos conocimos, cada uno había vivido ya una porción de experiencias abrumadora. Las que vivimos juntos, luego, han sido de orden tan diverso y fuera de lo común, que tutearse hubiera sido una novedad inusitada, algo como una frivolidad impropia de nuestra edad y condición. Hemos avanzado ya juntos un trecho demasiado denso para cometer una ligereza semejante.

Pero volvamos al diálogo en el Café des Beges, objeto más tarde de tantas y tan animadas remembranzas por parte de sus protagonistas.

La promesa que encerraban las palabras de Bashur despertó en Maqroll una especie de revigorizada disponibilidad sin condiciones, de entusiasmo sin obstáculos, que comunicó de inmediato a su amigo. Con el mentón apoyado en sus manos cruzadas y los codos sobre la mesa, el Gaviero se dispuso a escuchar lo que aquél iba a referirle.

—Hace unas semanas —comenzó Bashur— me llamó Ilona Grabowska desde Ginebra. Sí, está allí tratando de concretar un proyecto que, de realizarse, nos podría dejar a los tres ganancias insospechadas. Gracias a la amistad que tiene con el secretario privado de un emir del Golfo Pérsico, secretario que conoció de niña en Trieste cuando éste era un talentoso abogado en ciernes, Ilona ha recibido el encargo de realizar la decoración del nuevo edificio de la Banque Suisse et du ProcheOrient, en Ginebra. Los directores del banco le han exigido que, tanto en los salones de recepción como en la sala de juntas y en las oficinas de los gerentes y jefes de departamento, se coloquen alfombras persas antiguas, de gran valor. Princess Boukhara, Tabriz y cosas así. A nuestra querida amiga, lo primero que se le ocurrió, ya la conoce, fue llamarme para que, como musulmán y libanés, la asesore en el negocio. Le expliqué cuál era ahora mi situación. Pasó por encima del problema, como si no tuviera la menor importancia. Me pidió que la llame cuando tenga noticias concretas. Me ha vuelto a telefonar dos veces, presionada por los banqueros, que desean tener todo listo para la próxima visita de varios emires que son sus clientes principales. Yo no he sabido qué responderle. Hace dos semanas se me presentó, de repente, la solución ideal. Sólo me faltaba el socio para llevar a buen término el proyecto. Llegó usted y todo se ordena. Eso, en árabe se llama...

—*Baraka* —contestó Maqroll al punto—. Lo que no entiendo es el primer golpe de *baraka*, el que le dio la solución de todo; porque ya estaba por sugerirle que habláramos con Ilona para decirle que busque por otro lado las tales alfombras. Nosotros, tal como andamos ahora, estamos muy lejos de Princess Boukhara, Tabriz y demás tapices de Arum-al-Raschid.

—Los tenemos al alcance de la mano. Haga de cuenta que ya son nuestros. Déjeme explicarle —repuso Abdul. Maqroll hizo un gesto con las manos como intentando detener a alguien, e interrumpió a su amigo, diciéndole:

—Un momento, Abdul, un momento. Se da cuenta de que, en ese caso, no podemos intentar ninguna treta con falsificaciones o copias, por fieles que sean, porque está la triestina de por medio y puede ir a parar a la cárcel, lo que no nos perdonaría jamás.

—Y con razón —afirmó Bashur—. Pero el asunto no va por ahí. Ilona y sus emires tendrán las más auténticas, las más originales y certificadas alfombras persas antiguas que hay en el mundo. Eschúcheme con atención para que vea qué golpe de *baraka* más inverosímil. ¿Recuerda a Tarik Choukari, mi paisano con pasaporte francés, funcionario de la aduana, que nos ayudó aquí con lo de las banderolas de señales?

—¡Por Dios! —exclamó el Gaviero llevándose las manos a la cabeza—. Que si lo recuerdo. Todavía lo sueño. No me diga que en él está la solución.

—Sí, en él. Un tipo así es, precisamente, lo que nos hace falta ahora. Pues bien, el otro día me lo encontré en un antro del Vieux Port donde se puede ver a las mejores bailarinas del vientre de esta parte del Mediterráneo. Ya sabe el poder tranquilizante que sobre mí tiene esa danza erótica y ceremonial, cuando la ejecutan auténticas profesionales de un arte mucho más difícil de lo que suponen los europeos. Allí estuvimos hasta la madrugada tomando un té de yerbabuena infecto. Cuando se cerró el local, fuimos a desayunar pescado frito recién desembarcado. Le comenté a Tarik la pérdida de mi barco en manos de los bancos y, de paso, sin darle importancia y más



bien para subrayar la ironía de la vida, le conté que andaba buscando antiguas alfombras persas de gran clase. Se quedó mirándome con la patente sospecha de que había mencionado esto en forma intencional y como si estuviera en antecedentes de algo. «No sé por qué te extraña tanto —le dije—. Te lo menciono con toda inocencia, créemelo. ¿Qué pasa? No entiendo». Tarik se convenció de mi ignorancia y, mientras regresábamos por la Canebiere hacia la pensión, me puso al corriente de todo. Tarik sigue trabajando en la aduana. Ahora es jefe de los celadores nocturnos en las bodegas de la policía aduanal y mantiene con algunos de sus jefes las mismas conexiones y arreglos que aquella vez de las banderolas nos fueron tan útiles. Pues bien, y aquí viene la parte increíble del asunto: en esas bodegas descansa desde hace varios meses una colección de veinticuatro alfombras, llegadas directamente de Bushehr, en Irán. Es el puerto, ya lo sabe, que comunica con Shiraz.

—Lo conozco —comentó el Gaviero—, un hueco donde uno puede morir de tedio.

—Ese mismo —prosiguió Abdul—. Pues esas alfombras tienen la antigüedad y las características de las que busca Ilona. Descansan allí, no porque hayan intentado pasarlas de contrabando, sino porque su propietario murió inopinadamente en una riña de burdel donde había droga de por medio. El crimen no ha podido aclararse. Hasta hoy, nadie se ha presentado para reclamar las alfombras. Pero allí no termina el cuento. Un revisor de la aduana, amigo de Tarik, con el cual ha realizado algunas operaciones, ya imaginará de qué orden, le informó que el dueño de las alfombras, en su declaración aduanal, clasificó aquéllas como corrientes y de fabricación actual, valuándolas muy bajo para reducir los impuestos de entrada. Por un descuido, raro pero explicable, ningún inspector ha caído en la cuenta del timo. Tal vez porque el misterio que rodea la muerte del propietario ha desviado la atención. Pues bien, las alfombras están allí. Basta cambiarlas por otras que, más o menos, correspondan a la descripción del manifiesto aduanal y ya está. Se trata, pues, de hacer el cambio, sacar las alfombras auténticas en una operación relámpago por si algo se descubre, llevarlas a Rabat y de allí reexpedirlas a Ginebra. Eso es todo. En caso de que algo saliera a la luz, es fácil demostrar que todo sucedió hace mucho tiempo y las sospechas recaerán sobre empleados que hoy están en la cárcel purgando otros delitos. La historia de Tarik me dejó en la situación que podrá imaginar. Me faltaba un socio para poner en marcha los varios movimientos que requiere el asunto. Yo lo hacía en Malasia sumergido en inciensos funerarios y por eso ni pensé en usted. Ahora se me aparece aquí, en Marsella, y ése ha sido el segundo golpe de *baraka* en el que hay que ver la mano del Profeta.

—No exageremos, Abdul, no exageremos. Es mejor dejar al Profeta al margen de estas operaciones —comentó Maqroll sonriendo. Permaneció luego un rato en silencio, concentrado en digerir lo que Bashur acababa de exponerle y, finalmente, dijo—: Bueno. Manos a la obra. Lo primero es comprar las alfombras ordinarias. Eso puede hacerse en Marruecos o en Túnez. Yo me ofrezco a hacerlo. Conozco en ambos países las personas que pueden orientarme fácilmente. Lo segundo es sacar las auténticas de Francia y, pasando por Marruecos, hacerlas llegar a Suiza con todos los papeles en orden. De esto se debe encargar usted. Suena mucho más lógico, por su nacionalidad y los antecedentes comerciales de su familia. No se sonría, Abdul. Hablo en serio. Usted lo sabe. Me parece que sólo falta una cosa: el dinero para los viajes y para comprar las

alfombras corrientes. También vamos a necesitar algo para adelantarle a Tarik y que éste unte la mano de sus colegas, a tiempo de reemplazar la mercancía. Arreglado esto, estaremos listos para actuar. Cuente conmigo.

—Ilona —aclaró Bashur— tiene el dinero suficiente para cubrir los gastos que usted menciona. Los del banco le adelantaron ya una suma importante y ésta es una de las razones de su prisa. Sobre el resto, estoy en pleno acuerdo con usted. Sólo que se le ha escapado un detalle: alguien tiene que ir a Ginebra para explicar a Ilona los pasos de la operación. El teléfono hay que descartarlo, como es obvio. Yo creo que esa misión debe correr por su cuenta.

—Estoy de acuerdo. Mañana hablamos con Ilona para que envíe el dinero necesario para mi viaje a Suiza. Le diremos que todo está arreglado y que voy a explicárselo personalmente.

Eran las siete de la mañana y les quedaban un par de horas para poder dormir con relativa frescura, antes de que tornara el calor. Se dirigieron a la pensión con el ánimo repuesto. A cada uno, allá adentro, le comenzaban a vibrar esas alas que se despiertan ante la emoción de lo desconocido y la cercanía de la aventura y que anuncian algo como una recobrada juventud, un mundo que se antoja recién inaugurado. La dueña aceptó gustosa la llegada de Maqroll, de quien tenía noticias a través de su antiguo amante. Al día siguiente hablaron con Ilona desde la pensión. Arlette autorizó la llamada de larga distancia. Algún rescoldo quedaba de sus pasados amores. Al escuchar la voz del Gaviero, Ilona exclamó, sin poder contenerse:

—¡De dónde sales, vagabundo ingrato! Ya me imagino que algo deben estar tramando juntos. ¡Qué pareja, Dios mío!

Les prometió enviar un giro ese mismo día y quedó devorada por la curiosidad de escuchar a Maqroll en persona explicar la inesperada y, al parecer, milagrosa solución urdida por los dos compadres al problema de las alfombras cargadas de antigüedad y de vaya a saberse qué riesgos.

Esa tarde fueron en busca de Tarik al antro de las *bellydancers*, que era el lugar donde despachaba sus asuntos durante el día. Choukari se quedó mirando al Gaviero.

—Ya nos conocíamos, ¿verdad? Claro, ya lo recuerdo...

—Cuando el negocio de las banderolas de señales. Hace años de eso.

Algo más iba a decir Maqroll, pero en ese momento apareció la primera bailarina haciendo resonar los crótalos y meciendo las caderas con una lentitud soñolienta que iniciaba la danza. Él era, también, un ferviente espectador de ese ritual al que atribuía, además, una virtud propiciatoria de la buena suerte y la salud mental. Abdul se apresuró a informarle:

—Aquí las primeras no son las mejores. No es como en El Cairo. Escuchemos antes a Tarik, que luego vendrán las auténticas traídas de Damasco.

Maqroll sonrió condescendiente y prestó atención a lo que iba a explicar Tarik. Éste fue más bien breve, porque, al poco rato, comenzarían a aparecer los soplones mezclados con la primera clientela de la noche. El sitio no era muy frecuentado por la policía, pero esto no quería decir que lo descuidara del todo. Choukari estaba de acuerdo en que

debía ser Bashur quien viajase con las alfombras auténticas hasta Rabat. Allí debía esperarlo Ilona, quien partiría a Ginebra con la mercancía, ya adquirida legalmente y con su factura en orden. Ésta debería ser preparada e impresa en Marsella con un encabezado que dijera: «Abdul Bashur. Alfombras persas legítimas: Beirut, Rabat, Teherán, Estambul». Las alfombras saldrían de noche del depósito aduanal, después de ser reemplazadas por las que Maqroll debería comprar en Tánger. Bashur viajaría con ellas hasta Media, puerto marroquí donde un amigo de Tarik facilitaría los trámites. Las alfombras regresaban reexpedidas por muerte del propietario. De esos papeles se encargaría Tarik, pagando, desde luego, una propina substancial a un colega suyo.

Choukari despertaba en el Gaviero, más que desconfianza, una especie de inquietud causada por la raquítica figura del personaje, con su rostro desvaído y torturado por tics desconcertantes, su tez palúdica y el febril girar sin pausa de sus ojos que le recordaba a los espías del cine mudo. Pero también se daba cuenta de que todos esos síntomas, puramente exteriores, bien podían esconder, como era frecuente en las gentes de su raza, una energía devorante y un inagotable ingenio para descubrir los caminos que transgreden el código con el mínimo de riesgos. Abdul seguía las explicaciones de Tarik, con ese ojo fijo en un horizonte incierto que indica en los estrámbicos un esfuerzo de atención. Tarik partió de pronto, casi sin despedirse, a tiempo que entraba al lugar un nuevo grupo de espectadores. Abdul y el Gaviero permanecieron hasta la madrugada, disfrutando del espectáculo que crecía en calidad y en tensión dramática, como pocas veces lo habían presenciado. Como siempre, las bailarinas más notables y que se entregaban a éxtasis similares a los que conocen los derviches eran las de más edad, en cuyo cuerpo se advertían, sin remedio, los estragos del tiempo.

Maqroll viajó a Ginebra en tren y cuando Ilona lo recibió en la estación, cada uno se extrañó ante el aspecto del otro. El Gaviero estaba ante una Ilona más esbelta, tostada por el sol y respirando un aire inusitado de bienestar y prosperidad. Maqroll se le antojó a Ilona aún más torturado por la fiebre de su errancia y azotado por las internas borrascas de origen incierto, viejas ya de tantos años sin rumbo ni asidero, pero ahora patentes en su mirada de profeta sin palabras ni mensaje. La triestina pensó que había idealizado un tanto a su compañero de largas noches de alcohol y retozos eróticos en el hotelucho de Ramsay en la isla de Man y de otros lugares aún menos confesables y clandestinos, donde se habían dado cita después de aquel primer encuentro. Ambos confesaron su desconcierto. Ilona explicó que solía tomar el sol desnuda, tendida en una canoa, en mitad del lago, para escándalo o deleite de los pudibundos funcionarios embebidos de calvinismo, que pasaban en el ferry camino a su impoluto hogar o a sus asépticas oficinas. Tenía ahora más dinero y había renovado notablemente su guardarropa. Maqroll convino en que, si bien los demonios que lo acosaban seguían siendo los mismos, las últimas pruebas a que lo habían sometido sobrepasaron los límites de su tolerancia. Pero, en el fondo, no creía haber cambiado mucho.

Ilona ocupaba un pequeño apartamento con servicio de hotel y vista al lago y allí se instaló el Gaviero, después de pedir una cena generosa, antecedida por algunos martinis secos que resultaron tolerables. Hicieron el amor como si en ese momento lo hubiesen inventado. Desnudos en la cama, el Gaviero explicó, luego, cómo iba a desarrollarse el plan para adquirir las alfombras y llevarlas a Ginebra.

Ilona había conocido a Bashur en Chipre, cuando la historia de las banderolas de señales. Allí se hicieron amantes. Los tres vivieron, luego, en común otras experiencias, siempre al límite de las convenciones cuando no violándolas paladinamente. En otro lugar se han relatado algunas de ellas. Ilona tenía para Abdul cuidados de hermana mayor y trataba, inútilmente buena parte de las veces, de protegerlo de los riesgos que, a menudo, enfrentaba movido por un curioso mecanismo que la misma Ilona, al escuchar el plan expuesto por el Gaviero, se encargó de examinar con su elocuente lucidez de siempre:

—Eso es típico de su temperamento. Puedes estar seguro de que hay una manera de adquirir esas alfombras, sin necesidad de violar la ley. Eso a Abdul no le interesa. Sus genes de beduino lo mueven a establecer sus propias leyes y, para lograrlo, lo más fácil es desconocer las que ya están escritas. Recuerda su frase de siempre: «Por qué más bien, en lugar de...» y de inmediato enfila por los caminos más barrocos, sembrados de peligros, hasta salirse con la suya y tener a la policía en los talones. Lo curioso es que, cuando están de por medio los intereses de su familia, jamás intenta nada que no sea de la más estricta normalidad. Bueno, como tú y yo somos para él, a tiempo que amigos entrañables, cómplices necesarios de todas sus fechorías, ya me tendrás en Rabat trayendo las alfombras a Ginebra. ¿Has pensado en lo que pueden valer, los tales tapices? Estoy segura de que no, de que a ninguno de los dos se le ha ocurrido averiguarlo. Una fortuna, Maqroll, una fortuna que no has sospechado siquiera. Lanzados a la «Operación Princess Boukhara» vamos camino de ser millonarios en francos suizos. Todo esto suena a mala novela de suspenso.

Ilona tenía razón en su análisis, pero tampoco dudó un instante en unirse a sus amigos y amantes, con idéntica y febril disponibilidad.

Maqroll regresó a Marsella trayendo el dinero necesario para emprender la tarea. Una semana después, todo estaba listo. Tarik adelantó a su colega en la aduana la mitad de la suma prometida y él recibió la que le correspondía. El Gaviero viajó a Tánger. En opinión de Tarik allí se encontrarían más fácilmente las alfombras de pacotilla destinadas a reemplazar las valiosas. Pocos días más tarde, Maqroll estaba de regreso. Había escogido la mercancía con tanta fortuna que se ajustaba, con pocas diferencias, a la descripción del manifiesto aduanal. Las facturas para entregar en Rabat a Ilona ya estaban impresas y en manos de Bashur. Ahora Tarik tenía la palabra. El cambio debía hacerse el domingo siguiente, día en el que era menor el riesgo. El sábado por la noche, una voz de mujer informó a Bashur que Choukari había caído en manos de la policía. Cuando aquél se lo comunicó a Maqroll, éste, menos expuesto a desmoralizarse con ese tipo de sorpresas, tranquilizó a su amigo:

—Si lo han detenido, es por algo que nada tiene que ver con lo nuestro. Hasta este momento no hemos movido un dedo en Marsella y nadie puede estar enterado de algo que, hasta ahora, no pasa de ser un simple proyecto.

Pero Abdul conocía mejor los complejos laberintos que comunicaban en Marsella a las autoridades de policía con el mundo del hampa. Pensaba en los soplonos del tugurio frecuentado por Tarik y no se hallaba tan seguro de que la prisión de éste nada tuviera que ver con las alfombras persas. En esto estaban, cuando la patrona entró para cambiar la ropa de cama y las toallas del baño. Al verlos con tal aire de preocupación,

les preguntó lo que sucedía y si en algo podía ayudarles. Abdul se incorporó de repente exclamando: «¡Arlette es nuestra salvación!». La dueña se quedó mirándolo estupefacta, mientras Abdul la abrazaba estampándole sonoros besos. La invitó luego a sentarse y le explicó que un amigo había sido detenido por la policía y ellos no podían ir personalmente para enterarse de lo que se trataba, porque ninguno de los dos tenía los papeles en orden. Ella sí podía hacerlo. Arlette se les quedó mirando, con expresión de quien sabe más de lo que se supone, y les dijo:

—Se trata de Choukari, ¿verdad? Ya me lo imaginaba. Traen algo entre manos con él. Lo he visto rondando por estos lados y le conozco mejor que ustedes y desde hace más tiempo. Es de fiar, no se preocupen.

No soltaré prenda. Lo malo es que tiene cola que le pisen y la policía lo trae entre ojos desde hace mucho. Iré a preguntar qué sucede. Diré que vivió aquí durante un tiempo, lo que es cierto, y que le tengo algún afecto, lo que no es verdad. Esperen aquí y no salgan hasta cuando regrese —mientras Arlette hablaba, Maqroll se entretuvo en examinarla, como si fuese la primera vez que la veía. Su cuerpo frondoso y blando despedía una aura de salud y plenitud que iba a concentrarse en el rostro, en donde los ojos de un violeta azulado y cierta regularidad céltica de las facciones, daban aún fe de una belleza que debió ser notable. Toda ella emanaba una picardía coqueta, muy francesa, junto con una autoridad en los gestos y palabras. Esta mezcla ha inspirado varios siglos de literatura amorosa y de pintura galante, sólo conocidas en Francia. El Gaviero se puso en pie y, tomando una mano de la patrona, la besó con galantería mientras le declaraba en un francés copiado de las comedias de Marivaux:

—Señora, permítame expresarle mi más calurosa simpatía y mi gratitud más rendida. Le ruego que, a partir de este momento, me cuente, no sólo entre sus amigos más sinceros, sino también entre sus más obsecuentes admiradores —la patrona se le quedó mirando, entre regocijada e inquisitiva, como pensando: «Y a éste, ¿qué le pasa?». Bashur dejó oír una risa contenida de quien ha entendido todo y volvió a mirar a su antigua amante, en espera de la réplica que daría a Maqroll. La patrona miró, a su vez, fijamente al Gaviero a los ojos y, con una gran sonrisa, le repuso:

—Ya me pareció desde el primer día que lo vi que detrás de esa traza de nigromante en vacaciones se escondía otro elemento de cuidado, digno camarada de este otro libanés lunático.

Mientras esto decía, acariciaba las mejillas de Abdul en un gesto de inimitable gracia y tierna sabiduría de mujer cuyas brasas están aún muy lejos de extinguirse. Arlette salió del cuarto sin decir más y ellos quedaron a la espera del resultado de sus gestiones. Bashur comentó a su amigo, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad:

—Esto era lo que me faltaba por ver. Maqroll haciendo el *chevalier servant* con Arlette. Tampoco usted tiene remedio, mi querido Gaviero.

—Escuche bien lo que le digo, Abdul —repuso Maqroll—. Si alguna vez resuelvo terminar mis correrías y sentar cabeza, me gustaría hacerlo al lado de una mujer como Arlette. Es lo que Apollinaire llamaba *une femme ayant sa raison*. Qué más quiere uno en la vida.

Abdul se alzó de hombros y fue a recostarse en su cama en espera de las noticias que lo

traían aún inquieto, a pesar de las reflexiones del Gaviero.

Cerca de la medianoche apareció la patrona trayendo a Tarik prácticamente a rastras. Lo dejó en medio de la habitación y dijo:

—Ahí lo tienen. La próxima vez que se les ocurra usarlo para algo, díganle que, al menos mientras lo ocupen, se abstenga de golpear a su mujer —ignoraban que tuviera esposa, pero, con la tranquilidad que les produjo su aparición, olvidaron increparlo por la angustia que les había causado. Tarik, mientras trataba de arreglarse las ropas que traía en un desorden que anunciaba su paso por el cuartel de policía, explicó lo sucedido:

—No pude contenerme. La encontré en la cama con Gastón el tranviario, vecino nuestro, ambos desnudos y en pleno regocijo. Él logró escapar a su habitación y ella se me quedó mirando como si fuera un fantasma. Le di una lección y parece que se me fue la mano. Gastón llamó a la policía. Así esperaba salir de mí.

Arlette condujo a Tarik al cuarto del portero, que estaba desocupado hacía muchos meses. Al salir, hizo señas llevándose un dedo a un ojo para indicar que no lo perdieran de vista.

El incidente les reveló las bases un tanto precarias sobre las que descansaban sus planes. Pero ya no había más remedio y era preciso seguir adelante. Tarik, la noche siguiente, tras deshacerse en excusas y promesas de lealtad y discreción, realizó el cambio de las alfombras en las bodegas de la aduana. Las valiosas fueron llevadas a una lancha, junto con el equipaje de Bashur, quien se embarcó hacia el puerto de Media, en Marruecos. Maqroll permaneció en Marsella rondando la plenitud otoñal de Arlette.

En Media esperaba Ilona, quien, al recibir a Abdul, no pudo menos de felicitarlo por la eficiencia con la que, hasta el momento, se cumplía el plan. Bashur le reclamó su poca fe en las habilidades delictivas de sus dos amantes y la respuesta de Ilona fue inmediata:

—Ay, Abdul querido, ustedes dos nunca serán verdaderos profesionales en ese terreno. Tú, porque lo único que te interesa es ir contra los códigos y Maqroll, porque a la mitad del camino puede desentenderse de la tarea y está pensando ya en una nueva intriga al otro lado del mundo. Delinquir es un oficio muy serio, querido. Los aficionados siempre quedaremos, al final, fuera del juego.

Abdul repuso que, en esa ocasión, al menos, todo iba saliendo sin tropiezos. Los papeles preparados por Tarik para entrar las alfombras a Marruecos como mercancía de regreso no reclamada funcionaron perfectamente. El amigo de Choukari en Media facilitó la maniobra y recibió su propina de manos de Abdul. Éste entregó a Ilona las facturas que garantizaban la compra de la mercancía y la convertían en dueña indiscutible de veinticuatro alfombras antiguas de gran clase. Al llegar a Rabat se registraron en hoteles diferentes para no despertar sospechas. Pero Ilona no resistió el subir a Bashur a su cuarto, donde hicieron el amor con la excitación de quienes han coronado una hazaña sembrada de peligros. Se citaron luego para cenar en un pequeño restaurante de comida bereber, donde tocaban música de los tiempos de Al-Andalus. Durante el famoso episodio de las banderolas, lo habían descubierto por casualidad.

Al día siguiente, Bashur pasó por Ilona para acompañarla al aeropuerto. Las alfombras

fueron registradas como carga acompañada que amparaba el pasaje de Ilona en el vuelo directo Rabat-Ginebra de la Royal Air Maroc. A tiempo de despedirse, ella le recordó que los esperaba en Ginebra dentro de dos semanas para repartir la ganancia. Abdul la besó en forma tan convencional y rápida que Ilona le comentó al oído:

—¿Ves? Nunca tendremos la naturalidad de los verdaderos malhechores. Somos *amateurs*, por fortuna, diría yo. Hasta pronto.

El cambio de las alfombras nunca fue descubierto. Tarik siguió paseando su figura de fakir palúdico por las tabernas del Vieux Port y maldiciendo al tranviario que seguía substituyéndolo en el lecho conyugal, cada vez que se presentaba la ocasión. Abdul y Maqroll se despidieron de Arlette y pagaron la cuenta con una puntualidad que despertó en la dueña una sonrisa cómplice. Maqroll, a tiempo de partir, se acercó a ella dejándole una promesa de regreso en un sonoro beso que le estampó en la boca.

En Lausanne los esperaba Ilona, vestida con un traje primaveral a la última moda. Toda ella irradiaba un optimismo provocador y juguetón. En la terraza del Gran Hotel Palace, donde se alojaron, pidieron una botella del delicioso vino de la región, ligeramente gasificado. Cuando Ilona entregó a cada uno el cheque que le correspondía, ambos se quedaron atónitos al ver la cifra de seis ceros que allí estaba escrita, la primera y última, sin duda, que tuvieron en sus manos.

—No pongan esa cara de lelos —se burló Ilona— y más bien díganme qué van a hacer con tanto dinero. Tengo curiosidad por conocer sus planes.

—Yo no hago planes de ninguna especie —repuso Maqroll de inmediato—. En verdad no sé qué hacer con esto.

—Y tú, Abdul de mis pecados, ¿qué piensas hacer? —preguntó Ilona, mientras acariciaba los cabellos de Bashur como si mimara a un gato siamés.

—Yo —contestó éste— voy a Estambul para comprar el barco que he querido tener toda mi vida. Se llama *Nebil*, fue construido en Suecia en 1914, tiene un motor diésel marca Crosley 8/480, inglés; cuatro bodegas para carga con capacidad total de seis toneladas y una tripulación de nueve personas. Sus líneas son de una elegancia impecable. Un experto en el asunto, Michael J. Krieger, lo llamó el Bugatti de los viejos cargueros. Con esto —mostró el cheque con unción— pago las primeras tres cuotas de las seis que debo cubrir para ser el dueño de esa joya.

—Ahí están las otras tres cuotas. Es nada comparado con el placer de convertirme en copropietario del *Nebil*. Lo vi el año pasado en Gálata y me inspiró un respeto casi religioso. Pidamos, para celebrarlo, otra botella de este vino que está portándose muy bien. —Maqroll llamó al mesero para ordenar la nueva botella, mientras Ilona miraba a uno y a otro con expresión de quien ha sido rebasada por los hechos:

—No sé cuál de los dos está más lunático —exclamó al fin—. Se juegan veinte años de cárcel y ahora uno quiere comprar un barco paleolítico y el otro le entrega su dinero para completar el precio, como si el cheque le estorbara en el bolsillo. No tienen remedio, ninguno de los dos. Yo, en cambio, voy a Trieste para comprar un piso en el que pienso vivir durante los veranos. También es un viejo sueño nunca satisfecho.

—Muy sensato, muy sensato —comentó Bashur en medio de una carcajada general, con

la que se canceló el tema.

Aquí me parece indicado traer a cuento una ilusión de Bashur que lo acompañó toda su vida y que jamás pudo ver cumplida. Fue una constante en su destino, obstinada como ninguna otra y, para sus amigos, la más conmovedora. Se trataba de su incesante búsqueda, por todos los puertos de la Tierra, del buque de carga ideal, cuyo diseño, tamaño y motor tenía Abdul presentes a toda hora. En él quería pasar el resto de sus días, navegando por todos los mares del mundo al lado de un capitán que, como Bashur, supiera apreciar la esbeltez de líneas y las óptimas condiciones marineras de la nave. En la pesquisa de tan improbable sueño, pasó nuestro amigo buena parte de su existencia. Tanto Ilona como el Gaviero hacía ya mucho tiempo que habían prescindido de bromas y alusiones sobre esta manía de Abdul. Fueron tantas las veces que lo escucharon describir su encuentro con el buque de sus anhelos, reunir el dinero para adquirirlo, pasando por pruebas tan arriesgadas como insensatas, y, al ir a buscarlo, enterarse que ya lo habían comprado o que yacía en un astillero donde comenzaba a ser desguazado para venderlo como chatarra, que no quedaba ya humor para hablar del asunto. La última circunstancia mencionada era la que más le dolía y la tristeza podía durarle varios meses y hablaba de ello como de la pérdida de un ser querido. Que hubiera alguien que pudiese volver hierro viejo una obra de arte le hacía maldecir del género humano y, en especial, de los armadores, a los que, por cierto, pertenecía su familia. En esta perpetua indagación en búsqueda del carguero perfecto, Bashur perdió todas las oportunidades que su ingenio, al parecer inagotable, y sus reconocidas dotes de simpatía, siempre a flor de piel, le habían brindado para hacer fortuna. Maqroll, comentando un día conmigo este rasgo de Bashur, pronunció estas palabras reveladoras:

—Abdul sabe muy bien que persigue un imposible. Su barco ideal se le escapa siempre de las manos, en el último momento o, cuando ya lo va a tener, descubre que algunas de sus características no se ajustan al soñado modelo y se desentiende del negocio. Esta trampa diabólica pienso que debió inventarla durante su niñez, tratando de corregir y mejorar los modelos impuestos por su padre que, como usted sabe, era un armador muy prestigiado en todo el Oriente Medio. Esta fama paterna intentó superarla creando un prototipo de barco inalcanzable, que convertiría en su morada y del cual derivaría el sustento. Pero toda rebeldía contra la imagen paterna, magnificada y opresora, se paga durante el resto de la vida. La única manera de salir de ese laberinto, por el que todos nos internamos alguna vez, es llegar a la convicción de que al padre, en vez de substituirlo, hay que intentar prolongarlo, en la medida de nuestras propias fuerzas y de nuestros propios demonios. No es fácil, ni suele ser grato, pero no existe otro camino para enfrentar el reto de vivir nuestra propia vida.

Como no recordaba haber escuchado hablar al Gaviero en esos términos, deduje que los lazos que lo unían a Bashur eran más recios y de un orden mucho más complejo que los de una simple camaradería. Volvió a revelármese, entonces, la condición de complementaria que caracterizaba a esa relación, tan evidente para quienes los conocíamos de cerca. Ilona, que con ambos supo mantener una relación amorosa sin sobresalto, comentó alguna vez:

—Son como hermanos, pero cada uno hecho con elementos opuestos. Los griegos algo dijeron sobre esto, pero ya no recuerdo el nombre de la divinidad o de la fábula que



sirve de ejemplo.

Sabido lo anterior, era, por tanto, perfectamente previsible que, al llegar al Bósforo, Abdul Bashur se enterara de que el *Nebil* acababa de ser vendido a un naviero turco que lo guardaba como un tesoro. Maqroll regresó a Marsella, se instaló en la pensión de Arlette y estableció con la patrona una relación de intimidad que dejaba a la mujer en una especie de limbo erótico, poblado de sensaciones que ella tenía por canceladas hacía años.

Abdul llegó varios meses después. Intentó devolver a Maqroll su dinero, pero éste lo convenció de que lo guardara consigo. Bashur terminó, como siempre, adquiriendo un carguero común y corriente que le ofrecieron en Marsella en condiciones particularmente ventajosas. La mitad de las ganancias que rindiera el barco serían para Maqroll. Éste sabía que, buena parte de las mismas, tornarían a Bashur para cubrir el costo de reparaciones y mantenimiento.

—No sé —comentaba Arlette, buena francesa cultora del arte de ahorrar— qué demonios tienen ustedes dos contra el dinero. No lo saben guardar para las épocas difíciles y se les derrama de las manos como si no lo hubiesen ganado duramente.

—Es que las épocas difíciles nosotros ya las vivimos todas, querida —contestaba Maqroll—. Ahora pasamos por lo que nuestro amigo Paul Coulaud llamó alguna vez *la misère dorée*.

—La verdad que no le veo la gracia —concluía Arlette mientras el Gaviero exploraba el opulento escote de flamenca bien alimentada.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo III

Página 45 de 64

### Capítulo III

No me ha sido posible ubicar en el tiempo el encuentro de Abdul Bashur con Jaime Tirado El rompe espejos. Para evocarlo he tenido que recurrir a cartas de Bashur a Fátima, donde se menciona el hecho sin muchos detalles, y a mis apuntes de conversaciones con Maqroll, éstas sí mucho más explícitas y detalladas. Bashur menciona el *tramp steamer* adquirido en Marsella, que bautizó con el nombre de *Princess Boukhara*, dando muestras de un humor más achacable al Gaviero que a él. En ese barco viajó a encontrarse con El rompe espejos. Pero antes de esto, muchas otras andanzas ocurrieron y otras tantas vinieron después, a juzgar por noticias, casi todas sin fecha, procedentes de Maqroll, cuyo fuerte no fue nunca la cronología. No tiene, al fin, mucha importancia esta vaguedad ya que tampoco es mi intención, en este recuento, de todos modos parcial, de la vida de Bashur, ceñirme a ninguna estricta secuencia temporal, como tampoco lo ha sido antes, en mis relatos dedicados al Gaviero. Lo que me ha desconcertado en este particular, para establecer la fecha en que ocurrió, es la aparición de las gemelas Vacaresco, que yo daba por desaparecidas mucho antes de la cita de Bashur con Tirado. El error debió ser mío, de seguro, porque tanto los datos venidos de Bashur como los recogidos a Maqroll, coinciden en mencionar a las famosas hermanitas en el origen del suceso del río Mira y el encuentro con El rompe espejos, en donde Abdul estuvo a punto de dejar la vida.

Maruna y Lena Vacaresco se presentaban en un cabaret de mala muerte de Southampton, con un número de erotismo un tanto primario, pero que adquiría una salacidad extra por tratarse de dos hermanas gemelas que se lanzaban en una serie de acrobacias lesbianas, con toda gama de quejidos y ojos volteados en espasmo, poco creíbles, es cierto, pero suficientes como para mantener el morboso interés del público. Éste lo componían, en su casi totalidad, marineros de las más variadas nacionalidades, nada exigentes en punto a un riguroso realismo en el acto protagonizado por las gemelas.

Una noche en que resolvieron abandonar el *Princess Boukhara*, que descargaba en el puerto inglés lino en rama traído de Egipto, Maqroll y Abdul fueron a dar una vuelta por los bares cercanos a los muelles. La gris monotonía de las calles de Southampton y la imponente masa de sus fábricas e instalaciones portuarias les deprimió el ánimo como ningún otro puerto de la isla.

—Un buen whisky borra las dos terceras partes de tanto cemento sin color, tanto ladrillo, tanto hollín y tanto inglés obtuso y mal comido —comentó el Gaviero tratando de convencer a Bashur de que lo acompañase para huir del estruendo sincopado e

implacable de las grúas.

Fue así como acabaron visitando el Pink-Surprise, como osaba llamarse el tugurio donde actuaban las gemelas Vacaresco. Venían de recorrer una cantidad suficiente de bares como para que el *scotch* hubiera empezado a cumplir la promesa de Maqroll y todo tomara un aspecto más tolerable. El número de las hermanitas estaba animado, vaya a saberse por qué, con música española, lo que causó en Bashur un regocijo que el Gaviero no terminaba de entender. El acto comenzaba con la presentación de las hermanas, una en cada extremo del pequeño escenario, en medio del cual lucía una cama circular adornada con lazos y pompones color rosa, al igual que la sábana que la cubría. A la izquierda estaba Maruna, con una cabellera negra retinta, los ojos con gruesas rayas de kohl y sus rotundas formas cubiertas con un sucinto *baby doll* celeste. A la derecha aparecía Lena, con una abundante cabellera rubia platinada, los ojos circundados de un lila intenso y un atuendo tan escaso como el de su hermana, pero de color rosa. Comenzaba la acción con el pasodoble *El relicario*, al que seguían otras piezas de igual fama, hasta terminar, en el éxtasis de las hermanas, con *España cañí*. La rutina de entrelazamientos, besos, caricias y sonoros lametones, acompañado todo de quejidos y suspiros desaforados, era, ya se dijo, tan poco convincente como monótona. La hilaridad de Abdul lo indujo a invitar a su mesa a las gemelas y ordenar una botella de champaña. El Gaviero lo miraba, intrigado ante tanto entusiasmo que no justificaban ni el lugar ni las hermanas Vacaresco.

—Sólo los ingleses —comentó Abdul para explicar su entusiasmo— son capaces de producir un adefesio semejante, tan absurdo como chabacano. Esto es lo más deliciosamente grotesco que he visto en mucho tiempo. Las gemelitas tienen lo suyo. Poseen eso que usted llama la «calentura danubiana». Ya lo verá.

En efecto, las hermanitas Vacaresco resultaron ser algo bastante alejado de lo que podía pensarse viendo su actuación en el Pink-Surprise. Para comenzar, como era de suponer, su apellido no era ése, ni tampoco sus nombres. Se llamaban Estela y Raquel Nudelstein. Su padre había sido un sastre judío, nacido en Besarabia y su madre, que hacía las veces de agente y guardián a la vez, era de Lwów, hija de un rabino hasídico. En alguna vieja revista francesa, doña Sara, como se llamaba la imponente matrona, había visto en su juventud la fotografía de la poetisa rumana Hélène Vacaresco, que gozó en París de una cierta notoriedad en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial. A la madre le pareció que Vacaresco iba muy bien con la profesión que tenía destinada para las gemelas que Jahvé le había dado como medio infalible de ganarse la vida. El padre murió en uno de los primeros *pogroms* del estalinismo. Todo esto fue relatado por las protagonistas, después de la segunda copa de champaña, con una desenvoltura y una gracia que, tenía razón Bashur, guardaban para la intimidad y jamás lucían en escena. Quitado el maquillaje y las vistosas pelucas, aparecía un rostro interesante y una expresión despierta y maliciosa que cumplían con lo que Abdul había anunciado citando a Maqroll. Por cierto que es ése un rasgo característico de muchos judíos de la *mitteleuropa*, que acaban siendo más vieneses que los vieneses o más *magyars* que los húngaros. Véase si no, el caso de Erich von Stronheim, judío vienés que caracterizó en el cine al típico oficial de la guardia del emperador Franz Joseph o al *junker* prusiano de pura cepa. Lo primero que les preguntó Abdul, cuando las gemelas se sentaron con ellos, fue de dónde había salido la

idea de usar esa música española de tan irresistible cursilería. Maruna, que comenzaba a mostrar una marcada preferencia por el Gaviero, explicó que los dueños del lugar debieron deducir que Vacaresco era un apellido típico andaluz y habían fabricado ese alucinante popurrí de pasodobles para amenizar el acto. Bashur insistió ufano:

—Lo que yo había dicho. Sólo los ingleses pueden lograr semejante maravilla. Son impagables.

Lena, por su parte, había puesto su atención en Bashur y fue ella la que propuso que se pasaran al francés para intercambiar sus opiniones. Ya comenzaban a llover, de las otras mesas, miradas de franca censura. Los cuatro abandonaron el PinkSurprise, después de una segunda aparición de las Vacaresco, en donde la indiferencia y la fatiga resultaban casi insultantes para el público. Después de visitar dos o tres lugares más, fueron a desayunar al puerto ostras y pescado fresco con vino blanco portugués, que vendía un lisboeta en un minúsculo expendio a la salida de un garaje. Subieron luego al barco y cada pareja fue a su camarote en medio de fados espurios ensayados por las mellizas sin saber una palabra de la lengua de Camoes.

Terminado de descargar el lino crudo, el *Princess Boukhara* fue sometido a una limpieza de casco que necesitaba con urgencia. Los cinco días que duró el barco en carena, los pasaron Maqroll y Bashur en el hotel de las gemelas, con anuencia, no muy entusiasta, es cierto, de la madre. Las hermanitas resultaron ser una fuente de diversión al parecer inagotable. Su tendencia natural a un humor cáustico e instantáneo, aplicado a los más nimios incidentes cotidianos, logró convertir el tiempo pasado en Southampton por los dos amigos en una celebración memorable. Las gemelas tenían personalidades por entero contrapuestas. Maruna, la amiga de Maqroll, era de carácter concentrado, con inclinación a la melancolía y al melodrama fugaz. Una cierta tendencia a la frigidez la compensaba en el lecho mimando éxtasis inopinados, mucho más convincentes que los fingidos en escena. Esta imitación, en la intimidad, despertaba en Maqroll una excitación desconocida. Cuando la cosa iba en serio, Maruna caía en trances de madona, igualmente estimulantes para él. Lena, introvertida, superficial y desordenada, tenía esa sensualidad a flor de piel de las mujeres para las que sólo existe el presente, que prefieren los hombres instintivos, negados para «toda complejidad intelectual y toda angustia metafísica», como ella misma los definía. «La única angustia que conozco es la de no gustarle a alguien», solía decir, mientras se sacudía los cabellos en un gesto provocativo que se le había convertido en un tic. Las Vacaresco pasaron a ser, más tarde, para ellos, una suerte de tabulador para medir la condición de un ambiente o de una experiencia. Una noche Vacaresco o una mujer nada Vacaresco daban la medida de lo que habían disfrutado.

Pero el incidente que hizo de esos días una temporada inolvidable, en especial para Bashur, ocurrió la víspera de partir el *Princess Boukhara*. Lena quiso dejarle un recuerdo de ese encuentro. Buscando entre un montón de fotografías que había sacado de una caja de galletas vacía, quería darle una en donde sus atributos estuvieran a la vista, sin caer en lo manido. Bashur vio, de pronto, una en donde ella estaba con un hombre de aspecto próspero, rostro ligeramente inquietante y aire deportivo. Se hallaban recostados en la barandilla de popa de un carguero de notable y airosa silueta. El castillo de popa le recordó el del *Nebil*, pero tenía un diseño más clásico aún. Tomó la foto y se quedó absorto mirándola, tratando de identificar el navío. Lena no

comprendió el interés de Abdul por esa imagen en particular y le preguntó por qué le llamaba la atención. En lugar de contestarle, Abdul le preguntó con notoria ansiedad:

—¿Dónde está ahora ese barco? ¿El dueño es el tipo que aparece en la foto? ¿Quién es?

Lena lo miró, sorprendida por el chaparrón de preguntas, y contestó con la paciencia con la que se habla a alguien a quien se desea hacer volver a sus casillas:

—El barco se llama *Thorn* y ahora se pudre en la desembocadura del río Mira en la frontera norte del Ecuador. El propietario es, en efecto, el hombre que aparece en la foto —aquí dudó un momento antes de proseguir—. No hay mucho que contar sobre él. Yo, al menos, sé bien poco. Tiene mucho dinero, logrado con la venta de no sé qué producto vegetal, cuyos sembrados le pertenecen. Están río arriba a varias horas de navegación.

—¿Cómo se llama el tipo? —la interrumpió Abdul impaciente.

—¿Por qué te pones así? El tipo se llama Jaime Tirado, pero lo conocen como El rompe espejos. No me vengas ahora con que tienes celos. Es algo que nunca hubiera pensado de ti. —Lena no podía explicarse el febril interés de Abdul por tan lejano personaje.

—No, por Dios —aclaró Bashur—. Es el barco lo que me interesa. Es una maravilla de línea. ¿Crees que aún esté allí?

Lena, ya más tranquila, contestó:

—Allí debe estar, creo. Temo que ya no navegue. Me parece recordar que el dueño intentó venderlo alguna vez.

—¿Río Mira, dijiste? —insistió Bashur.

—Sí, río Mira, en el límite con Colombia —repuso Lena—. Pero no me digas que piensas ir hasta allá. Es el fin del mundo. Yo viajé con El rompe espejos desde Panamá hasta ese sitio, en un yate. Hace un calor de todos los demonios, los zancudos te devoran día y noche, en medio de una desolación y una miseria inconcebibles. Él, desde luego, vive como un marqués, pero eso es allá más arriba y no te arriendo la ganancia si intentas acercarte.

—Conozco lugares mucho peores y mil veces más peligrosos. No te preocupes —contestó Abdul, mientras guardaba la fotografía en su billetera.

Lena le dio otra en donde aparecía abriendo su blusa y ofreciendo los pechos al fotógrafo con sonrisa desafiante.

—Llévate ésta también —dijo—, aunque no aparece ningún barco. Guárdala para que recuerdes nuestras noches de Southampton.

Abdul la guardó junto a la anterior y habló de otra cosa. Más tarde pasaron por Maqroll y Maruna y fueron a cenar a un restaurante pakistaní, que les recomendó doña Sara. La señora, de imponentes carnes y astucia inagotable, sabía permanecer en la sombra y dejaba a sus hijas en una libertad al parecer absoluta que, en el fondo, se concretaba al viejo y conocido juego del pescador y la carnada. Ellas no la mencionaban jamás, pero los dos amigos habían ya advertido ciertas señales, imperceptibles para otros, que era

fácil colegir se referían a severas instrucciones de la matrona de Lwów, jamás transgredidas por ellas.

Esa noche la pasaron en blanco, en un acelerado y febril desquite antes de decirse adiós. Recorrieron los pocos bares transitables del puerto y, de regreso al hotel, hicieron el amor con el ímpetu de quienes saben que no se han de volver a encontrar. Partieron hacia el *Princess Boukhara* y, al pie de la escalerilla, antes de despedirse, Maqroll declaró a las gemelas con énfasis no muy común en él:

—El recuerdo de las hermanas Vacaresco nos servirá, en adelante, cuando lleguen los días negros que nunca faltan a la cita, para recordarnos que la alegría no es un invento de los inocentes para engañarse a ellos mismos. Nos consta que existe porque la conocimos con ustedes.

Ellas, en medio de algunas lágrimas que les corrían por las mejillas trasnochadas, trataron de entender lo que el Gaviero decía. Era evidente que se habían quedado en ayunas. Cuando el barco comenzó a ponerse en movimiento, Maruna y Lena aún estaban allí, paradas en el muelle, moviendo los brazos y llorando con un aire desamparado que les produjo al Gaviero y a Bashur un nudo en la garganta.

En alta mar, camino a Dantzig, donde los esperaba una carga de herramientas agrícolas con destino a Djakarta, Abdul mostró a Maqroll la fotografía del *Thorn* y le comentó su interés en averiguar si el barco estaba aún en venta. El Gaviero, acostumbrado ya desde hacía mucho a simpatizar con la manía de su amigo, le propuso que buscaran en alguno de los puertos que iban a tocar una carga para Panamá o para Guayaquil. Así podría echar un vistazo al barco que tanto le inquietaba. Reconoció, de paso, que el diseño de la nave era en verdad de notable elegancia y sencillez. Faltaba ver qué máquina tenía y en qué estado se encontraba. Respecto al dueño, comentó con franqueza:

—En la historia de Lena falta una pieza, pero ella ha sido lo suficientemente lista como para, con lo que nos dijo, esperar que la encontrásemos. De una cosa estoy seguro: el famoso rompe espejos no ha hecho su fortuna exportando banano, que es lo que por allá se cultiva. Ese dinero viene de algo que vale más y es más arriesgado conseguir. Además ese aire que tiene de niño bien algo tarado me parece altamente sospechoso. No hay peor ralea que esos señoritos que se salen de sus cauces y rompen con las reglas y convenciones de su clase. Son de alta peligrosidad porque han dejado atrás los principios con los que nacieron y jamás respetan los establecidos por el hampa. Es por eso que son capaces de todo. No hay límites que los contengan. Vamos a ver qué pasa. Hay que conseguir esa carga para Panamá o para el Ecuador y luego se verá.

Abdul guardó de nuevo su fotografía, satisfecho de comprobar que su camarada y cómplice lo respaldaba, una vez más, en su búsqueda del *tramp steamer* ideal.

En Djakarta, Maqroll resolvió quedarse para viajar un poco por el archipiélago Malayo y reanudar en Kuala Lumpur sus experiencias con la viuda vendedora de inciensos funerarios cuyos encantos seguían teniendo para él un prestigio nada desdeñable. Lo último que aconsejó a Bashur, antes de abandonar el *Princess Boukhara*, fue:

—Abdul, cuídese de El rompe espejos. Recuerde lo que le dije de esos niños bien. No me deje sin noticias. Ya sabe dónde escribirme.

—No se preocupe. Tendré muy en cuenta sus advertencias. Vaya tranquilo —le repuso

Bashur, mientras lo veía descender la escalerilla con su paso cauteloso de felino cansado y perderse, luego, entre la abigarrada multitud del puerto, la cabeza levantada y alerta, como midiendo las acechanzas del mundo. Volvió a sentir, entonces, esa solidaridad afectuosa, esa amistad sin sombras, adusta y cálida a la vez, que le despertaba ese personaje impar, sondeador incansable de los médanos donde el destino y el azar se confunden para atrapar al hombre y aturdirlo con los necios espejismos de la ambición y el deseo. Las reservas que el Gaviero le había expresado en relación con el dueño del *Thorn*, iba a recordarlas en momentos que hubiera querido compartir con su amigo y que tuvo que afrontar solo, en el desamparo inclemente de un trópico atroz.

De Djakarta, Abdul viajó a Trípoli y de allí, con el buque cargado de explosivos, a Limassol, en Chipre, donde entregó la comprometedora mercancía a un hombre de largas barbas rojizas, cuidadosamente peinadas, y cabellos del mismo color que le caían sobre los hombros. Tenía todo el aspecto de un pope y movía sus pequeñas manos de dama perfumada como si repartiera bendiciones. Era a todas luces un pope disfrazado de civil y metido en las intrincadas conjuras de la isla que iban a dar al traste con el dominio británico. De tiempo atrás Bashur había aprendido en ese negocio de hacer rendir a un *tramp steamer*, que no deben hacerse muchas preguntas y que las respuestas deben dosificarse con parsimonia vigilante.

El *Thorn* no se apartaba de sus pensamientos. Cada noche, antes de dormir, examinaba largamente la fotografía del barco. Llegó a calcular, con indiscutible aproximación, sus medidas y su capacidad de carga, partiendo sólo de esa imagen en donde la sonriente pareja añadía un toque de intriga y de nostalgia que lo dejaba varias horas en vela: ¿quién sería ese Jaime Tirado, El rompe espejos, sobre el que Maqroll abrigaba tanta sospecha? La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

De Limassol viajó a La Rochelle. Su agente en ese puerto le había enviado un telegrama pidiéndole que acudiera allí lo más pronto posible. Con un cargamento de mineral de zinc, partió para Francia, con la premonición, casi la certeza, de que algo maduraba con respecto al *Thorn*. Así fue. En el puerto de la antigua Aquitania le esperaba un contrato de carga para Guayaquil, consistente en veinte inmensos cajones con maquinaria textil que coparon la capacidad del *Princess Boukhara*. En La Rochelle adquirió una carta de navegación de la costa ecuatoriana y otra, más detallada, de la desembocadura del Mira. Durante el viaje se dedicó a estudiar esas dos cartas en compañía del capitán, personaje que nos hemos demorado en presentar, con imperdonable descuido, ya que fue por mucho tiempo un auxiliar irremplazable de Abdul, por su lealtad y don de gentes, indispensables para manejar tripulaciones reunidas al azar de los puertos.

Se llamaba Vincas Blekaitis y había nacido en Vilna. Tenía esos ojos de un gris pálido, tan comunes entre los bálticos, y de ellos también heredó la estatura hercúlea y una lentitud de movimientos que escondía milenarias astucias y huracanados cambios de humor. Hacía largos años que trabajaba con Abdul, siempre que éste disponía de barco. Sentía hacia él una fidelidad sin reservas y una admiración un tanto infantil, a pesar de ser mucho mayor que su patrón cuyo nombre jamás logró pronunciar bien. Le decía Jabdul, lo que a menudo causaba la hilaridad del resto de los tripulantes. Maqroll, en ocasiones, cuando quería hacerle a Bashur alguna broma, lo llamaba también Jabdul y éste sonreía complacido.

Atracaron en Guayaquil, después de un viaje salpicado de contratiempos. En el Caribe les sorprendió una tormenta que hacía temblar los costados del *Princess Boukhara* como si fueran de papel. La carga se corrió en las bodegas y hubo que acomodarla de nuevo en Panamá. Allí hubo una demora en Colón para cruzar el Canal, causada por el paso de una flota de la Armada americana que iba a maniobras en el Pacífico. Una lluvia tenaz, tibia y pegajosa, trabajaba los nervios y minaba el ánimo. Vincas decía estar seguro de que le iban a nacer sapos en los oídos. Parece que fue la única nota de humor que se le escuchó en la vida. Para colmo, en Guayaquil les sorprendió una huelga de operadores del puerto. Diez días tuvieron que esperar allí hasta que las grúas volvieron a funcionar. Era la temporada en que el río Guayas se sale de su cauce, ocasionando esa siniestra plaga de gruesos insectos, parecidos a los grillos, pero más rollizos y lentos, que, huyendo de las aguas, invaden la ciudad, entran por la menor rendija a casas y hoteles y llegan a paralizar el tráfico. Los autos patinan en la pasta verdinosa y fétida que se forma al pasar éstos sobre los ejércitos de insectos que ocupan la calle. A cuarenta grados de temperatura, la experiencia consigue tener características dantescas. Las tripulaciones se ven obligadas a permanecer en los barcos y esto aumenta su irritación y su inconformidad.

El *Princess Boukhara* estuvo listo para partir después de tres días de faena para descargarlo. Vincas comentó a Bashur que era aconsejable explicar a la tripulación que se dirigían a la desembocadura del Mira y que allí habrían de permanecer por algunos días. El encierro en Panamá y, luego, en Guayaquil, traía los ánimos bastante soliviantados. Buena parte de los marinos eran bálticos y el trópico les resultaba casi imposible de tolerar. Bashur resolvió ofrecer a la marinería una prima especial de sueldo para compensar en alguna forma el sacrificio de permanecer de nuevo inactivos frente a las costas ecuatorianas. Vincas consiguió calmar los ánimos y el sobresueldo prometido cumplió eficazmente su función.

Cuando llegaron al cabo Manglares en la desembocadura del río Mira, en una mañana de sol que era el primero que venían después de tantas semanas de cielos grises y lluvias constantes, el *Thorn* estaba allí luciendo la esbeltez de sus líneas y el aire de aristocrática dignidad que le daban sus muchos años. El *Princess Boukhara* ancló al lado del airoso carguero que parecía abandonado, aunque la cubierta y el puente de mando acusaban huellas de un cierto mantenimiento. No se veía un alma a bordo. Abdul resolvió acercarse en la lancha, para ver el buque más de cerca. Así lo hizo y cuando estaba a pocos metros del costado del *Thorn*, un negro obeso, a medio despertar, se asomó por la barandilla de cubierta y en tono bastante áspero preguntó qué querían. Bashur le explicó que tenía noticias de que el barco estaba en venta y deseaba ponerse en comunicación con el dueño. El negro no respondió y de inmediato entró a un camarote donde debía estar la radio. Salió poco después y, con el mismo acento desabrido, explicó que el barco no se vendía, que el dueño vivía río arriba y no deseaba hablar con nadie. A Bashur, sin darse por vencido, a pesar de la evidente y agresiva reserva del negro, se le ocurrió preguntar a éste si el dueño seguía siendo el señor Jaime Tirado, conocido como El rompe espejos. El vigilante cambió al instante. Temeroso y suspicaz, preguntó a Bashur si acaso conocía a esa persona. Abdul repuso que tenían algunos amigos comunes y a ellos debía la información sobre el *Thorn*. El hombre tornó a desaparecer y mucho después volvió para informarle que don Jaime



vendría esa tarde para entrevistarse con él. Abdul regresó al *Princess Boukhara* para esperar al amigo de Lena. Vincas, que desde el barco siguió el diálogo con el cuidador del *Thorn*, le comentó:

—Estos negros de la costa del Pacífico son así: huraños y taimados, pero terribles cuando se irritan. Son todo lo opuesto a los del Caribe. —Abdul ya lo sabía y asintió con la cabeza.

La espera se hizo interminable. El sol, sin una nube en el cielo, había creado, a causa de la humedad ambiente, una atmósfera opalina que flotaba sobre las aguas tranquilas. Era un ambiente de leyenda celta pero en plena zona ecuatorial. Reinaba un silencio irreal y oprimiente. Cada ruido en el buque repercutía en el ámbito con una sonoridad que se antojaba irreverente. El *Thorn* parecía suspendido en el aire y su silueta se copiaba en la serenidad del estuario, duplicando la gracia de su diseño, evocador de esos carteles de los años veinte que anunciaban los paquebotes de las grandes líneas de navegación, anclados en exóticos puertos del Asia o de las Antillas. Abdul no se cansaba de admirar el diseño del barco, que le despertaba nostalgias de una época que sólo conocía por referencias de sus mayores. Allí, frente a él, estaba el barco de sus sueños. El *Nebil*, que fue su último capricho, jamás estuvo al alcance de su vista por tanto tiempo ni ofrecido en ese marco de espejismo sereno, intemporal e hipnótico. La luz se fue haciendo menos intensa y todo el lugar tomó una ligera coloración naranja que se mudó pausadamente hasta llegar a un rojo operístico que se desvaneció al impulso de la gran noche de los trópicos, que se instaló de repente.

Con las primeras estrellas, que comenzaron a brillar en un cielo gris morado, se oyó a lo lejos el ronroneo de un motor que se acercaba desde el fondo del delta. Se despertó la brisa que rizó levemente la superficie de las aguas, fragmentando la imagen del *Thorn* en un inquieto rompecabezas. Donde el río se estrechaba, entre manglares y raquíticas palmeras desflecadas, apareció una embarcación que llegaba a gran velocidad. Era una de esas lanchas forradas en finas maderas, con los bronce resplandecientes de impecable diseño, más propia para lucirse en Mónaco o en Porto Ercole que en ese paisaje tropical, desamparado y soñoliento. La embarcación se detuvo al pie de la escalerilla del *Princess Boukhara*. La conducía el amigo de Lena, vestido con una camisa color rosa pálido y botones de concha, pantalones de lino de corte impecable, con las arrugas reglamentarias en cualquier Country Club de Alejandría o de Beirut. En la cabeza lucía un sombrero jipijapa auténtico, de esos que tejen las indias bajo el agua, durante la noche, que valen una fortuna. Un negro hercúleo, vestido de blanco y con los pies descalzos, que venía al lado del conductor, atrapó con una pértiga de fino cerezo, rematada con un gancho niquelado, la sogá que servía de baranda a la escalerilla del buque y ayudó a subir a su patrón, que remontó los escalones con paso gimnástico y apresurado. Abdul lo esperaba arriba, atento a cada gesto del visitante.

Todas las premoniciones y diagnósticos del Gaviero le vinieron a la memoria mientras saludaba al recién llegado. De estatura un poco mayor que la mediana, tenía esa agilidad de movimiento, a veces un tanto brusca, propia de quien ha practicado los deportes durante buena parte de su vida. Pero esta primera impresión de salud se esfumaba al ver el rostro, cuyas facciones denunciaban a leguas eso que suele llamarse un «cabo de raza», o sea, el espécimen en donde termina el entrecruzamiento de muy pocas familias durante más de un siglo. Matrimonios que han tenido por objeto

primordial conservar las vastas posesiones de tierras y el nombre que las distingue, sin mezcla de extraños ni de recién venidos por ricos que sean. La mandíbula un tanto caída, notoriamente prognática y, como consecuencia de ello, la boca de labios carnosos y sensuales, siempre entreabierta. La nariz protuberante pero de un trazo regular y firme, bajo una frente estrecha donde los huesos sobresalientes ocupan el breve espacio entre las cejas pobladas y el pelo ralo y desteñido que apenas cubre una no disimulada calvicie. Esa cara de Habsburgo clorótico cobraba, de pronto, una intensidad felina gracias a los ojos móviles, inquisitivos y siempre dando la impresión de percibir los más escondidos pensamientos del interlocutor. Las grandes manos, de palidez cadavérica, se movían con seguridad dando en todo momento el efecto de una fuerza animal en engañoso descanso.

—Me dicen que usted me buscaba, ¿no es así? Supongo que es Abdul Bashur —dijo mientras extendía la mano alargando el brazo lo más posible como para mantener a distancia a la otra persona.

—Sí, yo soy —repuso Bashur—. Usted es el señor Jaime Tirado, sin duda. Pase, por favor. Vamos a mi cabina. Allí podremos conversar cómodamente. —Abdul guió a Tirado a una pequeña oficina que comunicaba con su camarote. Vincas, de lejos, vigilaba la escena.

A pesar del anuncio del Gaviero, Bashur no pensó nunca encontrarse con un tan acabado ejemplar de lo que suele llamarse por esas tierras un «niño bien», no importa la edad que tenga. Que el tipo era de cuidado, lo denunciaban cada gesto y cada inflexión de sus palabras. Por debajo de sus buenas maneras, de su voz pausada de bajo y de su perpetua sonrisa, se advertía, sin dificultad, un aire de truhanería ganado a todas luces en experiencias posteriores a su educación en costosos colegios suizos y a sus éxitos deportivos en los clubes campestres de varias capitales del continente. Había perdido todo acento que pudiera identificarlo con algún país de Latinoamérica. «Este hombre —pensó Bashur, mientras se sentaban alrededor de una pequeña mesa de pulido caoba— ha matado no una sino varias veces. Es de los que se pasaron para siempre a la otra orilla como dice Maqroll». Todas las milenarias señales de alarma de hijo del desierto despertaron en él al instante y, con ellas, llegó esa ligera ebriedad causada por el peligro, tan parecida al placer erótico, que llevó a sus ancestros a buscar la muerte ante Carlos Martel, en tierras de la Dulce Francia. Una serenidad, también heredada, lo poseyó como invocada en nombre del Profeta. La muerte estaba descartada. Sencillamente no existía. En ese ánimo se dispuso a escuchar al visitante.

—Dígame una cosa, si no es indiscreción: ¿usted le dio ese nombre al barco? —preguntó Tirado a boca de jarro. La pregunta traía escondida una tal dosis de insolencia, de burla, de intento de poner en su sitio al otro, que Abdul se quedó un instante sin responder.

—Sí —repuso finalmente—, lo bautizamos así con mi socio. El nombre nos trajo suerte en un negocio que pienso que a usted le hubiera interesado.

—No me diga —comentó Tirado—, ¿puedo saber de qué se trataba?

—Es una historia un tanto complicada y poco ortodoxa. Prefiero dejarlo con la curiosidad. —Bashur sintió que ya estaba a mano.

—Dijo usted que lo enviaban comunes amigos. ¿Puedo saber quiénes son? —dijo Tirado cambiando de tono.

—Por supuesto. Se trata de las gemelas Vacaresco, que conocí en compañía de mi socio hace poco en Southampton.

—¿Tanto han descendido? —interrumpió Tirado, en otro intento de irritar a Bashur.

—Más precisamente, fue Lena quien me habló de usted y del *Thorn* —prosiguió Bashur sin tomar en cuenta el comentario del otro—, como también del viaje que hicieron juntos desde Panamá hasta aquí. Conservaba una fotografía que vi por casualidad y me llamaron la atención las cualidades del buque. Ella tuvo la amabilidad de obsequiármela. Aprovechando un viaje que he tenido que hacer a Guayaquil se me ocurrió pasar por aquí y conocer tanto al barco como a su dueño.

Bashur había sacado de su cartera la foto del *Thorn* y de la pareja y se la alcanzó a Tirado, quien la tomó en la mano, sin verla, mientras, revelando el otro aspecto de su carácter, concluyó:

—Pues bien, el barco ya lo vio y en cuanto a conocerme a mí creo que ya hizo lo más que se puede en tal sentido. Veo que sabe ya que me llaman El rompe espejos. Curioso apodo, ¿verdad? El que destruye su propia imagen y la de los demás, el que hace pedazos ese otro mundo del que nada sabemos. No me choca. Casi le diría que me he esmerado en cultivarlo y, quizá, también, en merecerlo. Ya le contaré más tarde cómo nació. Es una historia necia, pero, en alguna forma, dieron en el blanco los que así me apodaron. Respecto al *Thorn* quisiera decirle, desde ahora, que no me interesa venderlo. Me interesaría negociarlo. Eso es diferente. Darlo, no a cambio de dinero, sino de otra cosa. No sé si me entiende.

—No, en verdad no le entiendo. Me gustaría que me lo explicara —repuso Abdul, que había entendido perfectamente, mientras extendía la mano para tomar la foto que Tirado no había visto.

—¿Tanto le interesaba el barco? Qué curioso. No me lo puedo imaginar como coleccionista de viejos modelos de *tramp steamers*. Este barco en el que estamos no estaría, por ejemplo, en la colección —repuso El rompe espejos con evidente intención de seguir buscando un lado débil a su interlocutor. Con calma digna de un jeque negociando el paso por sus tierras de un oleoducto de la Aramco, Bashur respondió:

—No. No hago colección de viejos barcos. En mi familia somos armadores y transportadores, en modesta escala, desde luego. El *Princess Boukhara*, a pesar del nombre que tanto le divierte, me sirve perfectamente para lo que necesito. Un barco como el *Thorn* me atrae más bien para mi uso personal y disfrutar acondicionándolo a mi gusto. Ahora bien. Usted habla de negociar. Eso me interesa. Bien sabe que mi gente lleva unos cuatro mil años dedicada a hacerlo con cierto éxito, diría yo. ¿No cree?

—De acuerdo —contestó El rompe espejos, dejando colgar su labio inferior en lo que quiso ser una sonrisa amable—. Pero recuerde que cada negocio que ustedes hacen hoy pone a prueba esos cuatro mil años. Pero, bueno, vamos al grano. Le propongo que venga conmigo. Lo invito a cenar en mi casa. Allí le haré saber las condiciones en las que me puede interesar desprenderme de esa joya. En medio de esta desolación no se

inspira uno. Allá estaremos más cómodos.

Abdul Bashur se sacó de la manga una carta que tenía preparada para jugarla en el momento indicado:

—Le acompañaré con mucho gusto. Si quiere que le confiese la verdad, prefiero mil veces negociar con El rompe espejos que con Jaime Tirado. Es un terreno que me resulta más familiar. Disculpe si no le he ofrecido algo de tomar, pero no traigo alcohol, soy musulmán. Partimos cuando usted lo desee. Estoy listo —se puso de pie y el otro hizo lo mismo, a tiempo que comentaba con una sonrisa, ya no tan natural como la que traía al llegar:

—No puedo creer que les haya aplicado la ley seca a las hermanitas Vacaresco que beben como cosacas. Sobre su preferencia a negociar con El rompe espejos, allá usted, como se sienta más cómodo. Respecto al terreno que compartimos, podría agregar algunas cosas que quizás le hagan cambiar de idea, pero, en fin, pago sin ver, como dicen en el póker.

Abdul no hizo comentario alguno. Invitó a pasar primero a Tirado y lo siguió hasta la escalerilla.

—Permítame un momento, voy a dejar algunas instrucciones. Ya estoy con usted —le dijo y regresó al puente de mando para hablar con Vincas. El rompe espejos descendió hasta su lancha y allí se sentó a esperar en actitud indiferente.

En pocas palabras, Abdul explicó a Vincas lo hablado con El rompe espejos y ordenó estar alerta, armar a algunos de sus hombres de mayor confianza con los tres rifles israelíes y las pistolas Walter 45 que había a bordo, y vigilar sin descanso el *Thorn* y el camino por donde llegó Tirado.

—No creo que ese barco valga la pena de arriesgar en esa forma el pellejo. Ese tipo es de lo peor que me he encontrado en mi vida de marino —comentó Vincas con aire preocupado.

—Ya no es el barco lo que me mueve —repuso Abdul—, es otra cosa. Nunca he tolerado digerir esta clase de desafíos sin responder a ellos. Tampoco el *Thorn* será para mí. Tanto mejor.

Bashur descendió por la escalerilla y vio que Tirado conversaba en voz baja con el negro. Había algo en los gestos de ambos, una encubierta intimidación que nada tenía que ver con Abdul ni con el *Thorn*, sino con la relación de ellos dos. Una curiosa sospecha le vino a la mente. «También eso —pensó—. Definitivamente nuestro hombre es más complicado de lo que mostraba la foto».

La noche se había establecido con sus inmensos cielos ecuatoriales y sus constelaciones que parecen estar al alcance de la mano. La luna llena iluminaba el paisaje con un resplandor lácteo de intensidad inusitada. El viaje en la lancha duró cerca de dos horas. La zona de manglares, al comienzo de la ruta, dejaba en el ánimo una desolación indefinible. El silencio, roto apenas por el chapoteo de las aguas contra los troncos que se hundían en el agua y el zumbido del motor, y la monotonía de esa vegetación enana, de hojas metálicas, daban al ambiente un sabor a muerte y ceniza. Se internaron río arriba y aparecieron los grandes árboles de vistosas flores color naranja fosforescente y

las bandadas de loros que regresaban a sus nidos en medio de una algarabía desbocada a la cual respondían otras aves desde la espesura del bosque. El paisaje cobró una animación festiva que borraba, en parte, el recuerdo de los manglares. La vegetación se iba cerrando hasta llegar a trayectos en los que las ramas de una y otra orilla se entrelazaban ocultando el cielo. Bashur y Tirado intercambiaban apenas cortas frases intrascendentes que se referían al paisaje y al clima. Cada uno se reservaba para lo que pudiera ocurrir más adelante.

De pronto, la lancha viró bruscamente hacia la orilla y entró a un estrecho caño, oculto por tupidos matorrales hasta hacerlo prácticamente invisible para quien pasara por allí sin conocer muy bien la entrada. Media hora después arribaron a un atracadero de concreto, provisto de los elementos más modernos para recibir las embarcaciones. Descendieron de la lancha y recorrieron el muelle protegido por una barandilla niquelada que brillaba a la luz de la luna. Abdul volvió a recordar las grandes villas al borde del agua en Estambul y Alejandría, en Ostia o en Saint-Jean-les-Pins. El rompe espejos iba adelante, señalando el camino que se internaba por entre un lujurioso sembrado de naranjos en flor. Los pasos hacían crujir la grava del piso, con un ruido que producía una impresión de suntuosa prosperidad. Llegaron al fondo de los naranjales. Allí se veía una casa de estilo Bauhaus de un solo piso, cuyas amplias superficies de cristal y aluminio se iluminaron de pronto con reflectores escondidos en el jardín.

Una mujer de acusadas facciones indígenas, casi asiáticas, vino hacia ellos con paso lento de servidor obsecuente. Estaba vestida con prendas masculinas cuidadosamente escogidas: pantalón de mezclilla de corte italiano, camisa blanca con el cuello abotonado y una corbata con diseños polinesios, anudada con rebuscado descuido. Los pies descalzos mostraban las uñas pintadas de color azul pálido. Saludó con respetuosa inclinación de cabeza y esperó las órdenes del dueño. El cuerpo, de formas jóvenes y elásticas, descansaba bajo la luz de los reflectores como un maniquí en la vitrina de un lujoso almacén. Tirado le hizo una seña y ella se dirigió al interior de la casa mientras ellos la seguían en silencio. Entraron a un recibidor en forma de terraza, en cuyo centro se veía un estanque en el que cruzaban en perpetuo movimiento peces de colores fosforescentes, sin duda traídos de la región amazónica. Pasaron, luego, por un corredor en el que colgaban cuadros en el estilo de Rothko y de Pollock. Todo esto no tomaba de sorpresa a Bashur, quien, desde la aparición de la lancha, había presentido que la residencia de Tirado debía ser así. Tampoco le cabía ya duda alguna sobre los orígenes de la fortuna que permitía ese lujo en un lugar tan primitivo.

Se sentaron en confortables sillones de ratán forrados en tela de lino, con tenues manchas de colores pastel. La mujer les preguntó qué deseaban tomar. Abdul pidió un té helado. El dueño sonrió con ironía y pidió un Margarita *frappé*. Abdul dejó pasar sin comentario la sonrisa de Tirado e hizo un elogio del lugar y del buen gusto de la decoración. Anotó, de paso, que el mantenimiento de una residencia así, en un clima semejante, debía ser tarea hartamente difícil.

—Con personal bien entrenado y alguien que lo dirija con mano firme, no hay problema —explicó El rompe espejos—. De eso se encarga un mayordomo que traje de Porto Alegre, cuyos abuelos alemanes le transmitieron la férrea disciplina de su gente. El estilo de la casa lo escogí más por razones de comodidad que por gusto. Imagínese lo

que debe ser vivir en este infierno en una casa estilo Tudor, como la que mis padres habitan en la capital. Bueno, si no tiene objeción podemos hablar un poco de nuestro barco. No creo que haya venido aquí para conversar sobre las ventajas de la arquitectura de Mies van der Rohe —la mujer llegó con las bebidas, las dejó silenciosamente sobre la mesa de centro y partió otra vez sin hacer el menor ruido—. Voy a explicarle, muy sencillamente, cuál es mi idea. Usted ha llegado en forma providencial para mí. Ayer, justamente, me informaron por radio desde Panamá que un barco que venía para recoger un cargamento delicado que debe entregarse en su destino en fecha fija no podía zarpar a causa de una avería que tomará varias semanas en ser reparada. He pensado que usted puede encargarse de ese transporte y su costo lo tomo como un primer pago sobre la compra del *Thorn*, que sólo en tales condiciones me interesaría venderle. Luego terminaría de pagarlo con dos o tres viajes más. Me gustaría conocer sus comentarios al respecto.

Abdul sintió, allá muy adentro, una suerte de alivio. Ésa era, entonces, la trampa que le esperaba. Tampoco esto fue sorpresa para él. Con El rompe espejos era natural prever algo de ese orden. Pero, precisamente, lo que le atraía del asunto era la zona de peligro, ya definida y evidente, que le producía un cosquilleo en la espina dorsal. El *Thorn*, como se lo había explicado a Vincas al partir, ya no jugaba ningún papel en todo esto. Fue así como resolvió seguir el juego de su contrincante hasta ver en qué paraba.

—En primer término —aclaró Bashur—, necesitaría conocer el barco en detalle y saber si aún navega o hay que remolcarlo. En segundo lugar, me gustaría, desde luego, saber qué clase de cargamento delicado es ése y adónde debo llevarlo. Aclarados esos dos puntos, estaré en condiciones de darle una respuesta.

—Sobre el primer punto —repuso Tirado, saboreando el final de su Margarita, con cierta golosa morosidad que se le antojó a Bashur más vulgar que infantil— puedo decirle que el *Thorn* tendría que ser remolcado hasta Panamá. Allí lo pueden acondicionar para que navegue. El motor ha estado detenido hace varios años y me temo que esté inservible. Para convertirlo, como usted desea, en barco para su uso personal, idea que, con perdón suyo, me parece un tanto peregrina, eso podría hacerse ya fuera en Nueva Inglaterra o, también, en Estambul, pero nadie mejor que usted para saberlo. Sobre el segundo punto, quisiera que esperásemos hasta mañana, cuando tenga en mi poder algunos datos indispensables. Por ahora, lo invito a compartir conmigo una cena que nos están preparando y que buena falta nos hace. Su habitación ya está lista. Si quiere tomar un baño para refrescarse un poco, hágalo con toda confianza. Ya ordené que le preparen ropa fresca, por si quiere cambiarse. No se preocupe, es de su talla, no de la mía. Eso faltaba.

El escalofrío que persistía en su espalda le estaba anunciando a Bashur que se hallaba en el ojo de la tormenta. Pidió permiso al dueño y partió a su habitación para tomar un baño. Siguió a la muchacha vestida de hombre, que había surgido como por ensalmo. La habitación contaba con las más impensables comodidades, dignas de un gran hotel de lujo. La ducha, que graduó con agua muy caliente, le trajo una sensación de bienestar que bastante necesitaba. Se rasuró con una máquina eléctrica nueva, que descubrió en el gabinete del baño. Se probó, luego, la ropa que le había traído la mujer con pómulos de anamita. Todo le sentaba a la medida. La camisa de popelina fresca, los

pantalones de lino y la ropa interior de hilo se parecían mucho a las prendas que estaba dejando. Metió los pies dentro de unas suaves sandalias hechas de esparto, y regresó a la terraza. La mesa estaba servida allí mismo. El rompe espejos lo esperaba con un segundo Margarita *frappé* en la mano. Pasaron a la mesa y comenzaron a servir una serie de platos de cocina japonesa, todos dentro del estilo más tradicional e impecable. El *sushi*, en particular, era de una variedad y una frescura inconcebibles en ese sitio. Abdul así se lo comentó al dueño, quien se limitó a sonreír con una complacencia que luego fue derivando en malicia.

—Me gustaría —dijo Bashur para cambiar de tema— conocer ahora el origen de su inquietante apodo. Se lo recuerdo porque antes ya me lo había prometido y siento que sería un complemento perfecto para saborear esta magnífica cocina. No sé si esté en vena para complacerme.

—Recuerde —repuso Tirado sin inmutarse— que le previne sobre el motivo bastante obvio del apodo. De esto hace muchos años. Entrenaba con mi equipo para competir en el Campeonato de Polo de Palm Beach y el juego empezó a ponerse algo violento. De pronto, se me resbaló el mango del mazo y le di a la bola en tal forma que salió disparada contra los ventanales del comedor del Club de Polo y rebotó en un gran espejo veneciano que no recuerdo qué magnate cafetalero había dejado en herencia. El espejo voló hecho añicos. Mi padre lo pagó sin protestar. Pero esto no es todo. Al año siguiente, jugábamos un partido con el equipo visitante, integrado por polistas chilenos realmente notables. Volvió a fallarme, fatalmente, la orientación de un golpe a la meta y la bola fue a pulverizar uno de los espejos laterales del imponente Packard de la Presidencia, famoso en ese entonces en toda la ciudad, donde no se conocía ningún otro coche de ese estilo y tamaño. El propio Presidente, que presenciaba el juego y había sido padrino de matrimonio de mi padre, fue quien me bautizó como El rompe espejos. Antes de entrar en la política, había sido golfista notable y clubman muy dado a figurar en sociedad. De allí en adelante todo el mundo comenzó a llamarme con el apodo presidencial. Nunca me ha molestado, en verdad. Ahora que mi vida ha tomado rumbos tan radicalmente opuestos a los de esos años, ya tan distantes, viene muy a punto con cierta fama que he ganado de lograr mis propósitos por encima, no sólo de leyes y autoridades, sino de intereses y vidas que no sean los míos.

Bien. Ahora que ya he tenido el gusto de satisfacer su curiosidad, le invito a que vayamos a dormir antes de que nos invada la calima. Es una niebla que se levanta en las primeras horas de la madrugada y que hace desvariar a las personas.

El rompe espejos se despidió de Abdul y fue a perderse entre los naranjales, donde aquél pensó que debía estar su habitación, separada de la casa y a salvo de sorpresas. Su deducción se vino abajo porque oyó luego el motor de la lancha que se alejaba río arriba.

Ya en la cama y en vista de que el sueño no llegaba, lo que dada la situación era fácil de entender, Bashur se dedicó a pensar en cómo escapar de la celada que le había tendido el dueño de la casa y que él voluntariamente aceptó, atraído por la incógnita que esconde el mundo del crimen. Muchas horas debieron pasar mientras maduraba su plan para salir con vida. Sobre la personalidad de Tirado no le quedaba ya duda. Al abandonar la clase en la que había nacido, dejó al libre arbitrio el instinto de mórbido

sadismo que sus antepasados supieron mantener a raya, gracias a una valla hecha de buenas maneras y de codicia sabiamente administrada.

[Ir a la siguiente página](#)



# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo III

*Página 46 de 64*

El propósito de El rompe espejos era, sin duda, liquidarlo en caso de que no accediera a su propuesta. Bashur preparó minuciosamente un plan para salir con vida y, examinados, punto por punto, todos sus detalles, entró en el sueño resignado como buen musulmán a lo que dictasen más altos poderes. Antes de dormirse profundamente, volvió a escuchar el motor de la lancha que regresaba. Los pasos de Tirado en la grava del sendero fueron lo último que escuchó.

Alcanzó a darse cuenta de que no iba hacia la casa sino al lugar donde debía estar su habitación.

Lo despertaron unos tímidos golpes en la puerta.

—Pase —dijo con voz opaca de quien no acaba de salir del sueño. Entró la atractiva indígena vestida de hombre. Puso encima de la cómoda la ropa que él se había quitado el día anterior, mientras decía, sin mirar a Bashur:

—El patrón lo espera en la terraza para desayunar. ¿Desea té o café?

Abdul pidió té con tostadas y mermelada. La mujer salió sin hacer ruido. Mientras se jabonaba bajo la ducha y, luego, se rasuraba, cayó en cuenta de que en aquella mujer había un cierto aire andrógino que acababa por desviar el interés que, a primera vista, despertaba su figura. Recordó el íntimo cuchicheo de El rompe espejos con el negro de la lancha y comenzó a atar cabos que confirmaban sus sospechas de que el propietario del *Thorn* debía tener más de una desviación en su conducta sexual. Antes de salir de su cuarto, repasó el plan concebido la noche anterior. Todo estaba en orden y todo, también, en manos de Allah. Cuando llegó a la terraza, El rompe espejos estaba sirviéndose una gran taza de café negro, humeante y perfumado. Tirado le dio los buenos días indicándole cortésmente el asiento que había ocupado la noche anterior.

—¿Durmió bien? —le preguntó mientras saboreaba el café con fruición de adicto.

—Muy bien —contestó Bashur—. ¿Y usted? Tengo la impresión de que no se fue a la cama de inmediato.

—En efecto. Tuve que dedicarme un poco a trabajar para usted —repuso el dueño, mientras una chispa perversa le cruzó por los ojos.

Abdul no respondió a esta observación y comenzó a preparar su té; un auténtico Lapsang Suchong, fuerte y ahumado como a él le gustaba.

—Bueno —comenzó a decir Tirado poniendo sus manos sobre la mesa—, me parece que ha llegado el momento de concretar nuestros negocios y conocer qué opina de mi oferta.

Abdul hizo con las manos el gesto de detener a su interlocutor, quien se quedó mirándolo un tanto desconcertado.

—Antes de que sigamos adelante yo quisiera decirle algo. Anoche pensé largamente el asunto y llegué a una decisión que debo comunicarle. En primer lugar, he perdido todo interés en el *Thorn*. Tal como estamos actualmente, con el *Princess Boukhara*, mi socio y yo ganamos lo suficiente. Nunca he pensado en adquirir un barco como el suyo, sólo para placer y para mi uso personal exclusivamente. De todos modos tendría que hacerlo trabajar para mantener ciertas entradas indispensables. Así las cosas, en verdad, para nada me interesa conocer las condiciones en que me ofrece el *Thorn*. Prefiero quedarme en la ignorancia. A nadie, es obvio, le comentaré nada en este sentido. Prefiero dejar las cosas con usted en este punto. Establecido esto, le propongo que nos separemos como si nada hubiese sucedido, ni nos hubiésemos visto jamás. Es lo mejor para ambos.

El rompe espejos se le quedó mirando por un instante, que le pareció a Abdul un siglo, y luego habló con voz que deseaba ser ecuaníme y no acababa de lograrlo:

—No creo que ésa sea su última palabra. Si lo es, debo confesarle que me equivoqué lamentablemente. Los paisanos suyos que he conocido tenían más agallas para enfrentar el azar. Pero, está bien. Supongamos que ésa es su determinación final. Pero yo quisiera que me respondiese a esta pregunta: ¿ha pensado, así sea por un momento, que yo voy a ser tan ingenuo en creer que usted, que ha transitado todos los mares y conocido, sin duda, las innumerables maneras que existen para burlar la ley, no sabe en qué consisten mis negocios y que, sabiéndolo, va a callarlo para el resto de su vida? Por Dios, amigo Bashur, no estamos, ni usted ni yo, en edad de, como dicen los brasileiros, engullir semejante sapo. ¿Desea más té? —preguntó mientras estiraba el brazo para alcanzar la tetera y servirle. Bashur hizo un gesto afirmativo a tiempo que se daba cuenta de que Tirado alargaba el pie para tocar algo en el suelo. Éste acabó de servir el té y encendió un cigarrillo cuyo humo aspiró profundamente.

Instantes después se escucharon pasos en el sendero que llevaba hasta el muelle. Dos negros atléticos salieron del naranjal y se dirigieron a la terraza. Abdul dedujo que venían del lugar donde el dueño dormía. Pertenecían, como el de la lancha, a esa raza sudanesa que pobló las costas del Pacífico Ecuatorial, y cuya ferocidad era legendaria. Cuando la pareja de sicarios estaba a pocos pasos, se escuchó a lo lejos el golpe característico de una embarcación contra el muelle de cemento. A un gesto de Tirado, los negros dieron media vuelta y corrieron hacia allá. Bashur y Tirado se quedaron un instante en silencio, tratando de entender algunas palabras que se escucharon en dirección del desembarcadero. Tirado se puso de pronto en pie y partió corriendo hacia donde se oyeron las voces. Abdul fue tras él, pensando que se trataba de alguna acechanza que le tenían preparada en el sitio donde estaban desayunando. Llegó al muelle tras El rompe espejos quien, con las manos en alto, al igual que los guardaespaldas, miraba a Vincas y a dos colosos polacos contratados en Gdynia, que apuntaban desde la lancha con sus rifles. Vincas apoyaba su pistola en la cabeza del guardián del *Thorn* que miraba con ojos desorbitados y llorosos a su patrón. El lituano hizo a Bashur señal de que saltara a la lancha. Bashur no obedeció de inmediato. Volviendo hacia Tirado, le dijo en voz baja:

—Ustedes dicen que los caminos de Dios son insondables. Nosotros pensamos que los de Allah lo son más aún. Gracias por su hospitalidad y hasta nunca. Aunque no lo crea, nada quiero saber de sus asuntos que para nada me interesan.

Saltó a la lancha. Ésta dio la vuelta a todo motor y se dirigió caño abajo entre la tupida vegetación de las orillas que, al unirse por encima, apenas dejaba espacio para una embarcación. Los polacos seguían apuntando hacia el muelle, con esa impasibilidad esclava de la que todo puede temerse y casi nada se adivina. Al pasar frente a la lujosa lancha de Tirado le dispararon dos ráfagas en la línea de flotación que la hundieron en pocos segundos. Se escuchó poco después el ruido de un cuerpo al caer al agua. Era el vigilante del *Thorn*. Uno de los marinos, tras de soltarle las manos, lo había arrojado al caño de un puntapié. La lancha, conducida por Vincas, llegó al Mira y, conservando su velocidad, se encaminó hacia la desembocadura en un zig-zag vertiginoso destinado a evitar cualquier disparo que viniera de la orilla. Bashur le preguntó al capitán cómo había logrado llegar en forma tan oportuna. Vincas le repuso que ya se lo explicaría en el barco. Era preciso llegar a la mayor brevedad porque aún podían tener una sorpresa.

Siguieron río abajo, a toda la velocidad que permitía el motor fuera de borda instalado en la barca de remos del *Princess Boukhara*. Salieron al estuario y, al pasar junto al *Thorn*, Abdul se le quedó mirando. «Otro barco que se me va —pensó—. Extraña maldición la que me persigue. También puede ser que el destino insista en evitarme algo fatal que se esconde en estos saurios de otros tiempos». Vincas miraba el viejo barco con los ojos desorbitados de pánico. Abdul no entendió esa expresión que se advertía también en la pareja de polacos que observaban al venerable despojo inmóvil, reflejado en las aguas del estuario. Cuando llegaron al *Princess Boukhara*, que tenía los motores encendidos y estaba listo para partir, izaron de prisa la barca con todo y ocupantes. Cuando ésta se niveló con la cubierta y la gente saltó al piso, el barco había comenzado a desplazarse en dirección al mar. Bashur estaba intrigado por la premura con la que estaban actuando. Vincas lo tomó del brazo y lo llevó rápidamente a proa. Allí permanecieron observando el *Thorn*. Abdul, sin entender lo que sucedía, se quedó absorto mirando uno más de los tantos barcos que habían poblado sus insomnios. De repente una explosión atronadora conmovió la bahía y una llamarada infernal, coronada por un humo negro que subía hacia el cielo, se levantó del *Thorn* que comenzó a inclinarse suavemente a babor. Cuando el casco se volteó del todo, mostró sus lomos invadidos de algas y fucos de mar. Había una impudicia lastimosa en ese vertiginoso agonizar de la augusta pieza de museo. Lo vieron desaparecer en un remolino de aguas sucias de óxido y aceite y algunos trozos de madera carbonizada que giraban tristemente en atropellado vértigo. Fue todo lo que quedó del *Thorn*. La mancha se fue extendiendo como un último signo de infortunio y descomposición.

Vincas se llevó a Bashur hacia el puente de mando. Éste no salía de su pasmo y estaba como atontado. El capitán ordenó al timonel que saliera de la cabina y él tomó los mandos, después de cerrar la puerta con seguro. El relato de Vincas no duró mucho tiempo. Las cosas habían ocurrido en una veloz secuencia de pesadilla, pero dentro de una lógica muy simple. Cuando Abdul partió con El rompe espejos, Vincas se quedó intranquilo, acosado por presentimientos nacidos, en buena parte, por la desapacible impresión que le causó el personaje. Ya sabían que el vigilante tenía comunicación por radio con la residencia de Tirado. Avanzada la noche, Vincas resolvió visitar el *Thorn*.

Lo acompañaron los dos colosos de Gdynia, armados de fusiles automáticos de gran poder. Él llevaba una Walter 45. Subieron al barco sin mayores explicaciones y el negro no se atrevió a oponer resistencia. El infeliz tenía en el rostro tales signos de consternación, que apenas lograba pronunciar algunas palabras deshilvanadas. Temblaba como una hoja y les pedía que abandonaran el barco de inmediato. Más le aterraba el castigo de El rompe espejos que las armas de los visitantes. Vincas ordenó que lo encerraran con llave en un camarote sin muebles, contiguo al cuarto de la radio, y dejó a uno de los marinos vigilando la puerta. Fue luego a examinar el transmisor y, cuando se colocó los auriculares, coincidió con una conversación de El rompe espejos con un lugar al que aludía como puesto dos. Era notorio que evitaban mencionar nombres propios. La comunicación duró poco más de quince minutos y siguió de inmediato otra con el llamado puesto tres. Una frase repetida por Tirado en ambas conversaciones puso a Vincas al corriente del peligro mortal que corría Abdul: «Al dueño del barco lo tengo aquí. Da igual si entra o no por el aro. De todos modos es necesario liquidarlo, ahora o más tarde, después de que nos haya servido para lo que necesitamos. Ha visto demasiado y, además, no es ninguna mansa paloma». Vincas se dispuso a actuar sin demora. Lo que había escuchado le permitió saber que Tirado tenía varias toneladas de hoja de coca listas para enviar a un puerto de la costa colombiana en el Pacífico, muy cerca de la frontera con Panamá. Allí, el cargamento sería trasladado tierra adentro por cuenta de los que él mencionaba, como «la fábrica». Si Abdul aceptaba el trato, lo liquidarían después de que entregase la hoja de coca. Si no aceptaba, sería ejecutado esa misma mañana y su barco tomado por asalto. El *Thorn* debía ser volado al día siguiente. Existían sospechas de que la policía tenía ya ubicada la señal de la radio. Las cargas estaban colocadas y Tirado daría la señal para activar los explosivos a control remoto desde la orilla. Los tales «puestos» eran plantíos de coca de propiedad, por partes iguales, de El rompe espejos y de los dueños de «la fábrica». Tirado tenía participación en la venta final de la droga. Vincas ordenó bajar al negro con ellos para que le indicase el camino a la casa donde tenían a Bashur. Partirían de inmediato y esperarían a la madrugada para tratar de rescatarlo. El vigilante seguía temblando y le escurrían por las mejillas gruesos lagrimones que le empapaban la camisa. «Me va a matar —repetía entre sollozos—. Ese hombre me va a matar. Ustedes no lo conocen. ¡Dios mío, de ésta no me salvo!». No conseguía escuchar a Vincas cuando le decía que, antes de llegar al sitio, lo dejarían escapar. Se internaron por los manglares. Más tarde entraron al caño guiados por el negro. Allí apagaron el motor y siguieron a remo hasta divisar la casa de Tirado. En espera del alba se escondieron en la vegetación de la orilla. Cuando oyeron voces que venían del fondo del naranjal, se dirigieron hacia el desembarcadero. La barca chocó con el borde de cemento y una pareja de negros corrió hacia ellos. Los fusiles de los polacos que les apuntaban los detuvieron en seco. Después llegaron Tirado y, tras él, Bashur. El resto, Abdul ya lo sabía. El negro no había querido saltar a la orilla en la zona de los manglares. «Escapar adónde, ¡Virgen Santa! —se quejaba—. Pero ustedes no saben quién es El rompe espejos. No duro vivo ni un día». Por eso tuvieron que arrojarlo, después de rescatar a Bashur. Si lamentaba la pérdida del *Thorn*, era bueno que supiera que el barco carecía de motores y estaba totalmente desmantelado. Lo tenían allí únicamente para comunicarse entre las diferentes bases de la instalación montada por Tirado y sus socios. El comando costero había ubicado la señal y su voladura era inevitable. El

vigilante debía perecer con el barco, no valía la pena rescatarlo.

Cuando Vincas terminó su historia, Abdul ordenó poner rumbo a Panamá. En pocas palabras expresó al capitán su gratitud y encomió la rapidez con la que supo actuar. Sencillamente, le había salvado la vida. Vincas transmitió a los marinos de Gdynia estas palabras. Ellos sonrieron satisfechos y expresaron su contento en un dialecto que sólo Vincas lograba entender a medias. Desde luego, los dejó a oscuras sobre en qué consistían las actividades de El rompe espejos. En las interminables borracheras con las que celebraban su arribo a los puertos, podía írseles la lengua a pesar de su fidelidad a toda prueba.

Anclaron en Panamá para esperar turno en el Canal y esa tarde llegó una lancha de la policía con dos inspectores y cuatro agentes armados de metralletas. Subieron al barco y pidieron hablar con Bashur. Éste los recibió y contestó sereno a las preguntas que le hicieron. Todas estaban relacionadas con la voladura de un barco en el estuario del río Mira. Las respuestas de Bashur se concretaron a su interés en la adquisición del barco y a la imposibilidad que se le presentó de hablar con el supuesto dueño. El vigilante del barco no quiso ponerlos en contacto con él. Esperaron hasta el día siguiente y, cuando estaban partiendo, el *Thorn* explotó envuelto en llamas. Era todo lo que podía decirles. El interrogatorio de los inspectores no fue más allá. Parecían mostrar muy poco empeño en saber más de lo que Abdul les informaba. Se trataba de una operación rutinaria para salvar las apariencias. En esto se advertía hasta dónde alcanzaban los tentáculos de El rompe espejos.

El *Princess Boukhara* cruzó el Canal y viajó hasta Fort de France en Martinica, en donde recibiría carga para El Havre. Cuando llegaron a este puerto, los esperaba Maqroll, quien subió al barco en compañía de un singular personaje a quien presentó como su gran amigo el pintor Alejandro Obregón, compañero de andanzas por el sureste asiático y la costa canadiense del Pacífico, sobre las cuales, por cierto, algo se ha escrito en su momento. Mientras daban cuenta de tres botellas del espléndido ron de las islas Trois Rivières, compradas por Bashur en Martinica para agasajar a sus huéspedes, escucharon el relato de éste y su providencial rescate gracias a una conversación escuchada por radio y la diligencia de Vincas Blekaitis. Terminado el relato, Maqroll se concretó a comentar:

—Mis premoniciones sobre las virtudes de El rompe espejos se cumplieron generosamente. No pensé que el personaje fuera tan colorido. Tampoco su foto al lado de Lena permitía vaticinar mucho más. Me hubiera gustado encontrarme con él. Esos señoritos descarriados representan una de las más acabadas personificaciones del mal. Del mal absoluto que carcomía las entrañas de Gilles de Rais y de Erzsébet Báthory.

Obregón, moviendo la cabeza, objetó:

—No crea. Esos tipos no dan para tanto. Conozco a unos pocos que se ajustan al modelo de El rompe espejos y no dan el ancho. Les falta la grandeza de los ejemplos históricos que usted acaba de citar. Siempre esconden, allá, en el último rincón del alma, a un pobre diablo. Yo creo que el mal puro es un concepto abstracto, una creación mental que jamás se da en la vida real.

El resto de la última botella de Trois Rivières se consumió mientras ellos, a su vez,

daban cuenta a Bashur y a Vincas de sus correrías por Malasia, nada ejemplarizantes por cierto.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo IV

*Página 47 de 64*

### Capítulo IV

Ha llegado el momento de relatar el suceso que cambió por completo el curso de la vida de Abdul Bashur, suceso sobre el cual muy poco sabemos por él mismo. En su correspondencia con Fátima, cita el hecho de paso sin agregar comentario alguno. Todos los detalles a este respecto los conocí por Maqroll el Gaviero, ya en forma verbal directa, ya por carta. Si bien es cierto que por esta última vía también fue bastante escueto, como si quisiera respetar un tácito deseo de su amigo. Se trata de la trágica muerte de Ilona Grabowska en Panamá, en circunstancias que jamás lograron aclararse del todo. Después de ocurrido el desastre, Maqroll acompañó a Bashur hasta Vancouver. Pocos meses después encontré al Gaviero, quien me contó la tragedia de la cual había sido no sólo testigo, sino, en cierta forma, protagonista. Todos estos detalles, junto con otros hechos que los antecedieron, fueron relatados por boca del Gaviero en un libro que anda por el mundo, dedicado, en su mayor parte, a Ilona, la amiga triestina de los dos camaradas. Me limitaré entonces, en esta ocasión, a resumir brevemente lo sucedido en Panamá. Ilona y Maqroll habían establecido allí un próspero negocio, consistente en una casa de citas adonde concurrían mujeres que se decían aeromozas de conocidas líneas aéreas que tocaban en Panamá. Bashur pasaba en esa época por una mala racha. A pesar de ello, se había ingeniado entonces la manera de enviar algunas libras esterlinas a Maqroll, quien se encontraba al cabo de la cuerda en Panamá, antes de su encuentro con Ilona y la genial idea del burdel de falsas aeromozas. Las ganancias del original y productivo negocio fueron enviadas en buena parte a Bashur. Con las pingües contribuciones de sus dos amigos, éste compró un barco cisterna acondicionado para el transporte de productos químicos. Lo había bautizado *Fairy of Trieste*, en honor de Ilona. Por cierto que a la homenajeada no le hizo mayor gracia el detalle que encontró demasiado dentro del ampuloso gusto oriental. Maqroll y su socia se cansaron de la vida en Villa Rosa, que era el nombre de la casa de citas, y de manejar a las pupilas que la frecuentaban y a su clientela abigarrada y siempre conflictiva. Tomaron la determinación de salir de Panamá. Irían al encuentro de Bashur, quien iba rumbo a Vancouver y había anunciado su próximo paso por el Canal. No le dirían nada, para darle la sorpresa. En los últimos días, antes de partir, una de las asiduas asistentes a Villa Rosa comenzó a mostrar un extraño apego hacia Ilona, interés que nada tenía de erótico, al menos superficialmente. Se llamaba Larissa y era natural del Chaco. La mujer vivía en un barco abandonado en un malecón de la Avenida Balboa. Allí citó a Ilona una tarde, con el propósito de implorarle que no se fuera. Nadie ha podido saber lo que sucedió, pero lo cierto es que el barco saltó en pedazos a causa de una explosión ocasionada por un escape de gas butano que

alimentaba la pequeña estufa de Larissa. Las dos mujeres quedaron semicarbonizadas y Maqroll partió para Cristóbal a encontrarse con Bashur, quien llegó en el *Fairy of Trieste* al día siguiente de la explosión. Hasta aquí lo ya narrado en ocasión anterior.

El encuentro de los dos amigos fue, como era de esperarse, desgarrador, en particular para Bashur, para quien la noticia tuvo consecuencias imprevisibles. El Gaviero subió a bordo y, tomando a su amigo del brazo, lo llevó al camarote de éste, diciéndole que tenía que comunicarle algo en privado. El rostro de Bashur, quien, en ese instante, intuyó que algo había sucedido a Ilona, cobró un tono gris y rígido como de quien espera un golpe y no sabe de dónde va a venir. Ya en el camarote, Maqroll le relató en breves palabras la tragedia. Bashur, anonadado, pidió al Gaviero con voz sorda que, por favor, lo dejara un rato solo. Maqroll salió para hablar con el capitán del *Fairy of Trieste*. Se trataba, una vez más, de Vincas Blekaitis, inseparable de Abdul y, como siempre, incapaz de pronunciar correctamente el nombre del patrón.

—Qué le pasó a Jabdul. ¿Una mala noticia? ¿Ilona no vino acaso con usted? —preguntó mientras lo acompañaba para indicarle el camarote que le tenían reservado.

—Ilona murió, Vincas —le dijo Maqroll con voz opaca.

—¡Dios mío! ¿Y usted lo dejó solo? —exclamó el capitán alarmado.

—No se preocupe. Él mismo me lo pidió. Bashur no es de los que busca escaparse por la puerta que usted está pensando. Le hará bien estar solo unas horas para acostumbrarse a vivir con el vacío que le espera. Las consecuencias vendrán después. Pienso que serán fatales, pero en otro sentido —explicó el Gaviero.

—Bueno. Usted lo conoce mejor. Me angustia pensar en el dolor que lo debe estar torturando ahora. Estaba tan ilusionado de ver a su amiga y de mostrarle el barco, bautizado en su honor. ¿Pero cómo sucedió eso? ¿La mató alguien? —la desolación de Vincas era conmovedora.

Maqroll lo puso al corriente de lo sucedido y el pobre lituano entendía aún menos el absurdo pero fatal ordenamiento de los hechos. Ya en su camarote, el Gaviero meditó largamente sobre el destino nefasto que parecía marcar a quienes llegaban a compartir con él algún trecho de su vida. Para Abdul, la muerte de Ilona era un desastre abrumador. Su relación con ella, con ese cariz fraterno y, al mismo tiempo, una fuerte dosis de erotismo, había creado un vínculo mucho más sólido de lo que el itinerante libanés sospechaba. Para Ilona, por su parte, Abdul era ese hermano menor que nunca tuvo y cuya vida le producía secreta satisfacción orientar. Había en ella una mezcla de complicidad sensual y de sutil dominio ejercido con destreza esencialmente femenina. En cambio, la relación con Maqroll significaba para Ilona un perpetuo reto y una continua sorpresa. Nunca había conseguido asir, así fuera por un instante, alguien por quien sentía evidente atracción y cuyo enigma superaba la eficaz y apretada red de su inteligencia premonitoria de hechicera. Con Maqroll todo quedaba pendiente y nada se cumplía a cabalidad. Los cabos sueltos tornaban a intrigarla, despertando su curiosidad por el personaje. De allí que su trato con el Gaviero estaba siempre sazonado de un humor entre irónico y cariñoso que a ella le permitía conservar siempre una salida de escape. Con Abdul, en cambio, todo se formalizaba dentro de un orden cuyo escueto diseño, que no excluía la aventura y el riesgo, la mantenía dentro de cauces que jamás



escapaban a su amorosa inteligencia. Que los celos no hubieran asomado jamás su tortuosa silueta para separar al trío, era fácilmente explicable para quienes conocían esos distintos matices de su relación. La desaparición de Ilona dejaba un vacío que, sin separar a los dos amigos, les despojaba de un intermediario que había facilitado y hecho más amable el manejo de situaciones cuya gravedad siempre acababa disolviéndose por obra del saludable sentido común y el indeclinable amor a la vida de su común amiga y amante.

El viaje a Vancouver estuvo, así, teñido por la turbia torpeza que deja la muerte de alguien a quien hemos amado sin reservas y que formaba parte de la más firme substancia de nuestro existir. Maqroll cuidó, desde el comienzo, en dejar muy claro ante Abdul la condición de inevitable que marcó la tragedia. Larissa escondió hasta el último instante las armas que tenía preparadas, e Ilona se lanzó de cabeza en la celada de la chaqueña sin dejar a Maqroll la menor oportunidad de intervenir. Bashur insistía en darle al asunto una explicación erótica y morbosa de parte de Larissa. El Gaviero insistió muchas veces en que Ilona fue a este respecto de una claridad absoluta. En otras ocasiones, cuando ella había tenido una pasajera aventura de ese orden, solía comentarla sin reservas. El hacer el amor con otra mujer era para Ilona una suerte de juego sin consecuencias, una gimnasia de los sentidos en donde sólo éstos participaban, jamás los sentimientos. Lo de la chaqueña había tenido que ver, más bien, con una piedad mal entendida y con una oscura culpa gratuitamente asumida. Larissa se había aprovechado de esto con el cinismo tenebroso propio de cierta clase de insania bien definida por la psiquiatría. Maqroll insistía en que, al dejar escapar el gas y, una vez Ilona presente, encender el cerillo que causó la explosión, Larissa se había vengado, en la persona de la triestina, de la amarga serie de humillaciones que conformaron esa vida de perpetua servidumbre y de sórdida dependencia. No fue posible aclarar los hechos, ni a la policía de Panamá le interesó sobremanera hacerlo. La explicación de los secretos móviles de Larissa debía andar muy cerca de la tesis del Gaviero.

Ya sin Ilona y su amorosa pero sutil vigilancia, Abdul Bashur, con el paso del tiempo, se fue inclinando cada vez más a seguir los pasos del Gaviero, asumiendo su deshilvanada errancia y el gusto por aceptar el destino sin medir el alcance de sus ocultos designios. Por este camino, Abdul, movido por el secular atavismo de su sangre trashumante, descendió, si no más hondo, al menos a las mismas tinieblas abismales visitadas por Maqroll. Era como si hubiese perdido un freno, un asidero que lo detenía en lo pendiente de su querencia al desastre. Esto me ha llevado a veces a pensar en que la cita con El rompe espejos sucedió después de la muerte de Ilona. Cuesta creer que ella no hubiese intervenido en semejante aventura, en la que iba de por medio la vida de su amante. Pero si nos atenemos a las fechas de la correspondencia, esa suposición debe descartarse. Habría que decidir, entonces, que la influencia de Maqroll había comenzado a ejercer su dominio aun antes de la desaparición de Ilona, lo que tampoco es muy creíble.

[Ir a la siguiente página](#)



# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo V

Página 48 de 64

### Capítulo V

Sea como fuere, cuando llegaron a Vancouver, Bashur ya había soltado todo lastre y, sin pensarlo dos veces, aceptó la sugerencias de Maqroll de vender el *Fairy of Trieste* y, con ese dinero, comprar un carguero que acondicionarían para el transporte de peregrinos a La Meca. Así lo hicieron y, como pasajeros en un venerable carguero turco, viajaron hasta el Pireo, donde se encontraba el barco que deseaban adquirir. El motor diésel de la nave necesitaba una reparación a fondo ya que se trataba de un D11, Scania Saab, fabricado en Suecia en 1920. La conversión del *Helias*, que así se llamaba el carguero, se realizó en el mismo Pireo a tiempo con el ajuste del motor. Y su registro se hizo en Chipre.

El negocio de transportar peregrinos a La Meca era ya conocido de los dos amigos y algo de esto se menciona en el relato dedicado a Ilona y Maqroll y a sus andanzas en Panamá. Las ganancias en esa clase de actividad son bastante alentadoras, pero el manejo de los pasajeros trae inconvenientes y riesgos fáciles de imaginar. En esa nueva etapa de sus actividades en el Medio Oriente, Abdul y Maqroll anduvieron juntos algunos años. Aunque poco digno de contar les sucedió durante dicho período, sí vale la pena consignar un hecho que pone en evidencia los cambios en el carácter de Bashur. En el tercero o cuarto viaje que hicieron con peregrinos a los santos lugares del Islam, toparon con un contingente que estuvo a punto de acabar, no sólo con el negocio, sino también con sus vidas.

Habían recogido a un grupo de familias de una pequeña comunidad musulmana instalada en Jablanac, en la costa croata de Yugoslavia. Se trataba de sobrevivientes de los tiempos de la ocupación otomana, que habían resistido con inquebrantable entereza, durante generaciones, todos los intentos de disolución promovidos por las autoridades de Croacia. El primer incidente del viaje no pasó a mayores y fue oportunamente sofocado por Maqroll. Un contraatastre recién enganchado por el Gaviero y que respondía al nombre de Yosip, conocido suyo de años atrás, hombre de ánimo un tanto desorbitado y susceptible, nacido en Irak, de ancestros georgianos, fue el detonador de esta primera riña. Yosip sentía por Maqroll un afecto probado ya en ocasiones anteriores. Era el encargado de instalar en la cala del barco, convertida en dormitorio común, a las familias de los peregrinos. Apenas entendía Yosip el arduo dialecto que hablaba esa gente y, de pronto, se suscitó una riña por un lugar que había asignado a una familia y que otra insistía en ocupar. Yosip trató de poner orden en la disputa cuando, de repente, los dos grupos contrincantes se unieron para irse contra él con el propósito de matarlo. En ese momento el Gaviero descendía para supervisar la instalación de los pasajeros. Conociendo el ánimo conflictivo y feroz de los croatas,

traía siempre consigo un revólver calibre 38 en el bolsillo de su chaquetón de marino. Cuando vio lo que sucedía hizo dos disparos al aire y, apuntando a los rijosos, los conminó a guardar el orden, mientras hacía a Yosip señas de que abandonara el lugar. El que figuraba como jefe de la comunidad, un anciano imponente de luengas barbas entrecanas y ojos de iluminado, se destacó del fondo de la cala y se acercó para calmar a sus feligreses. Luego se dirigió a Maqroll en turco para explicarle que Yosip representaba para ellos una disidencia religiosa especialmente ofensiva. Era, por lo tanto, más prudente evitar, en lo posible, todo contacto del contramaestre con la comunidad. Maqroll asintió, en principio, a la solicitud del Imán y todo pareció tornar a la normalidad. Por cierto que, muchos años después, me iba a encontrar con Yosip, que regentaba un infecto motelucho en La Brea Boulevard de Los Ángeles, en donde había acogido a Maqroll derrumbado por un agudo ataque de malaria. En esa ocasión, Yosip me relató el hecho con ferviente e intacta gratitud hacia el Gaviero.

El viaje pareció continuar sin otro contratiempo, pero una sorda inquina se iba fermentando entre el pasaje, motivada, ya no solamente por la presencia de Yosip, sino por cierta liberalidad en la estricta observancia de los preceptos de su religión que comenzaron a advertir en Abdul Bashur, al que sabían musulmán y cuya conducta venían juzgando desde el comienzo del viaje. En esas comunidades, que han sobrevivido al aislamiento a que las someten las autoridades de su país, la intransigencia y el dogmatismo se acentúan con mayor fuerza por obvias razones de supervivencia de su fe en un medio hostil a ésta. Maqroll sugirió que tanto Yosip como Abdul y Vincas, permanecieran siempre armados hasta llegar a La Meca. Y aquí vale tal vez la pena hacer algunas aclaraciones respecto a las creencias de Abdul y a su manera de practicarlas. Siendo un musulmán solidario con los avatares del Islam y perteneciendo a una familia donde la religión está integrada a la cotidiana rutina del hogar, Abdul, sin embargo, mostró desde niño una actitud de creyente marginal, de observante que se reservaba, allá en su interior, algo muy parecido a una actitud de examen, de análisis racional de las normas impuestas por el Corán; actitud que en ninguna religión es la más indicada para vivir como creyente auténtico y devoto. Su madre, mujer de gran dulzura, que sentía por él un cariño absorbente, trató de corregir esa tendencia de su hijo, pero, muy pronto, al llegar éste a la adolescencia, tuvo que prescindir de su empeño. Los continuos viajes, sobre todo por el continente europeo, no modificaron esa manera de vivir Bashur sus convicciones religiosas, antes bien acentuaron más sus reservas y perplejidades. Todo fanatismo lo perturbaba en extremo. Más aún, cuando cayó en la cuenta de que éste constituía el núcleo auténtico del islamismo, cuya perpetua actitud intransigente condenaba la más mínima desviación o tibieza en la práctica de los preceptos coránicos. La ductilidad conciliadora que lo distinguió desde niño le habría de servir como escudo en sus andanzas por tierras del Profeta, en donde evitó siempre el menor roce con sus correligionarios. Más bien era frecuente que Bashur entrara en conflicto con sus amigos europeos, que lo trataban como un levantino occidentalizado, chocando siempre con la intimidad lastimada de Abdul, que reaccionaba ante tan burda incompreensión. Seguramente, una de las razones de la sólida amistad que se estableció con el Gaviero era el respeto innato y espontáneo que éste supo mostrar, desde el primer momento, por las convicciones de su amigo. En cuántas ocasiones fue el mismo Maqroll quien tuvo que encargarse de poner en su lugar al interlocutor occidental que, viendo a Bashur brindar con ellos, se

creyó autorizado a comentarios desobligantes sobre los preceptos del Islam en esa materia. Bashur guardaba, en esas ocasiones, un silencio entre fastidiado y contrito, mientras Maqroll dictaba al imprudente una lección que, de seguro, no olvidaría fácilmente. Abdul estaba cansado ya de repetir que El Libro en ninguna parte prohibía taxativamente el uso del alcohol. Lo que sí reprendía sin reservas era la ebriedad, gran pecado contra la mente, don inapreciable de Allah.

—No se preocupe, Abdul —consolaba el Gaviero a su amigo—. Esta gente no ha entendido nada del Islam. Lo peor es que esa ignorancia insolente viene ya desde las Cruzadas. Siempre acaban pagándola muy cara, pero no entienden la advertencia y siguen en su tozudez. No tienen remedio. Así será hasta el fin de los tiempos.

—No todos son así —solía aclarar Bashur—, conozco muchos españoles y portugueses con una disposición mucho más abierta y sensata que la de otros europeos.

—No se haga ilusiones —insistía el Gaviero—, recuerde la Inquisición.

—Según tengo entendido, entre los inquisidores hubo más de un converso. Le tengo más miedo al fanatismo de mis hermanos que al de los rumi.

En esas palabras Bashur retrataba fielmente su actitud frente al conflicto secular de dos civilizaciones que han sostenido un diálogo de sordos durante más de un milenio. Si nos hemos detenido en ese aspecto de la personalidad de Bashur es porque precisamente en ese viaje con los croatas a los lugares santos se manifestó en forma patente su actitud ante el problema religioso.

Cuando el *Hellas* dejó el Adriático, comenzó cada mañana a subir a cubierta una mujer vestida un poco a la moda europea, con un traje floreado que le llegaba a los tobillos. Desde el primer día en que apareció, Bashur puso en ella la vista. Alta, casi de su estatura, delgada y esbelta, los pechos breves y firmes, la mujer mantenía un porte erguido y ausente que armonizaba con la perfección de sus facciones. Era una cara alargada y pálida, de rasgos finamente delineados. Los ojos grandes y oscuros conservaban una mirada de esquivo estupor, de gacela alarmada, que le daba un particular encanto. El viento, al ceñirle el traje al cuerpo, ponía de manifiesto unas caderas apenas insinuadas, con las crestas de los ilíacos resaltando bajo la tela. La mujer permaneció allí, sin acompañante alguno, durante dos largas horas, escrutando fijamente el horizonte, cosa que despertó la curiosidad de Bashur y la inquietud de Vincas. Periódicamente se pasaba la mano por la abundante cabellera de un negro profundo, en un gesto de impaciencia apenas manifiesta. Al tercer día de pasar Abdul a su lado, con un pretexto cualquiera, escuchó que se dirigía a él, en el dialecto de El Cairo, para preguntarle qué islas eran esas que habían quedado atrás hacía un rato y se perdían ya en el horizonte.

—Son Othonoí y Erikousa. Vale la pena, un día, visitarlas. Son el primer anuncio del encanto helénico —contestó Bashur, con evidente propósito de continuar el diálogo.

La mujer resultó dueña de una educación bastante más extensa y refinada que la del resto de sus compañeros de peregrinación. Viajaba para reunirse con su marido, explicó, tras algunas frases convencionales. Sus padres la habían casado con un hermano mayor del Imán que los conducía a La Meca. Era un comerciante muy respetado en la región, que, desde hacía muchos años, se tenía que desplazar en silla de

ruedas debido a un ataque cerebral que lo dejó semiparalítico. Ella había ido a Jablanac para visitar a sus sobrinas políticas, hijas del Imán, y ahora regresaba al hogar. De soltera vivió en Egipto, trabajando en un almacén de perfumes en El Cairo, protegida por unos lejanos parientes de su madre. Sus padres murieron en un accidente de tren, cuando viajaban a Zagreb para instalarse allí. A su regreso de Egipto, el Imán, que había recibido la custodia de la joven, la casó con su hermano que ya se encontraba inválido.

Durante todo este relato de su vida, no advirtió Bashur el menor tono de queja o autocompasión. Ella contó los hechos en forma escueta y directa, como si le hubiesen ocurrido a otra persona. Abdul, un poco en retribución a tales confidencias y un mucho para proseguir la charla, hizo, a su vez, un breve resumen de su vida. Pasaron, luego, a recordar El Cairo, que Abdul conocía muy bien, y Alejandría, donde había vivido de adolescente, trabajando con un tío. Precisamente en Port Said había conocido a su socio y viejo amigo, y señaló hacia Maqroll que, recostado en una silla de lona, estaba embebido en el libro de Gustave Schlumberger sobre Nicéforo Phocas. Bashur percibió una ligera reticencia en los ojos de la mujer y le preguntó, a boca de jarro, qué opinaba del Gaviero. Ella, con espontánea naturalidad, le repuso que el hombre le causaba un indefinible temor. Quizás, dijo, era debido a la imposibilidad de ubicarlo en oficio alguno y tampoco en una determinada nacionalidad. Nada comentó Bashur al respecto y pasó a hablar del viaje que hacían y de los puertos donde iban a tocar. La mujer se despidió poco después. Antes de partir, volvió hacia Abdul para decirle:

—Mi nombre es Jalina. Ya sé que el suyo es Abdul y no Jabdul como lo llama el capitán. Por cierto: por qué no lo corrige cuando lo llama así.

—Porque me divierte que lo haga —repuso Abdul, sonriendo ante el desenfado de su interlocutora, inesperado en una musulmana—, también el Gaviero lo hace cuando me quiere tomar el pelo.

—Yo jamás podría hacerlo —comentó ella mientras se dirigía hacia la escalerilla que llevaba a la cala. En esas palabras dejaba algo que Bashur interpretó como una tácita promesa de una futura intimidad.

Siguieron viéndose cada día y la relación se hizo cada vez más fluida y personal. Abdul cayó en la cuenta de que la mujer le atraía en forma muy particular. Más que atractivo, se trataba de una excitación comunicada por ese cuerpo de una esbelta delgadez y esa piel cuya blancura mate y tersa le traían a la mente los tan citados versículos coránicos sobre las huríes del paraíso. Era un lugar común inaceptable, lo sabía, pero también sabía que esos lugares comunes toman cuerpo y adquieren presencia tangible. Por la misma razón de su obviedad, cobran un prestigio obsesivo y arrollador. Tanto Maqroll como Vincas vigilaban la temeraria senda por la que se internaba su amigo. El Gaviero, fiel a su principio de dejar siempre que las cosas sucedieran, sin importar lo que viniese, no intervino para nada. Vincas, más ingenuo y desprevenido, comentó a su patrón:

—Por Dios, Jabdul, los musulmes andan ya harto irritados. Usted bien sabe a lo que se arriesga si se lleva a la cama a esa mujer, casada con el hermano del Imán. Nos van a degollar a todos.

—No se preocupe, capitán. Andaré con cuidado. No pasará nada. Ya conoce usted aquello de la atracción del fruto prohibido. Además, esa mujer es más civilizada que sus broncos compañeros de viaje —repuso Abdul, que, si bien no estaba tan seguro de que el asunto no traería consecuencias, ya había resuelto llevarse a Jalina a su camarote, exasperado por el turbador reclamo que la mujer ejercía sobre sus sentidos.

La iniciativa, sin embargo, no partió de él y esto exacerbó aún más su capricho. Una noche, cuando dormía ya profundamente, tocaron tímidamente a su puerta. Se levantó para abrir y entró Jalina, envuelta en un amplio chal que le envolvía todo el cuerpo como a una sacerdotisa fenicia en trance. Sin pronunciar palabra cayeron abrazados en la litera. Abdul solía dormir desnudo y ella, al quitarse el chal, apareció en plena desnudez ofrecida en un desordenado delirio de posesa. Bashur confirmó, en febriles episodios que se sucedían en un vértigo que parecía no acabar nunca, sus premoniciones sobre el temperamento de la croata, cuyas caricias lo dejaron exhausto.

Los encuentros nocturnos se repitieron cada noche, a tiempo que la mujer no volvió a presentarse en la cubierta, en un vano intento, tal vez, de ocultar su relación con el dueño del *Helias*. Los temores de Vincas no tardaron en cumplirse. Abdul comenzó a notar en el cuerpo de su amiga moretones que indicaban el castigo por su conducta. Ella le restó importancia al hecho e inventó que se había caído de la litera mientras dormía. Abdul prefirió aceptar la disculpa. Pero una noche, cuando fue a abrir la puerta, en lugar de Jalina entró el Imán en persona. La actitud del anciano no era violenta. Daba la impresión, más bien, de estar turbado ante la desnudez de Bashur y no lograba expresarse claramente. Bashur se envolvió en la sábana y lo invitó a sentarse. El hombre permaneció de pie mirándole fijamente. Bashur le preguntó la razón de esa visita y el Imán le contestó con voz que escondía un hondo reproche:

—Usted conoce muy bien el castigo que en El Libro se impone a las parejas adúlteras. No tengo que decirle más. Cuando lleguemos a La Meca, esa mujer será juzgada según la ley del Profeta. Respecto a usted, nada podemos hacer aquí. Su ofensa será un día castigada como está prescrito. Lo conmino a que suspenda de inmediato todo contacto con la mujer de mi hermano. Si hasta hoy he conseguido detener a mi gente, que está ansiosa de limpiar la vergüenza que cayó sobre nosotros, no garantizo que, en adelante, pueda lograrlo. Esto es todo lo que tengo que decir, además de proclamarlo, con la autoridad de mi investidura de Mullah, réprobo indigno de la infinita clemencia de Allah el misericordioso.

Bashur informó a Maqroll al otro día sobre las palabras del Imán y sus propósitos justicieros. El Gaviero se quedó pensativo por un instante, como sospechando la gravedad del anuncio, y luego comentó:

—¡Ay, Jabdul!, cómo siento tener que darle la razón a Vincas. Pero, por otra parte, es cierto que en esta materia no he predicado precisamente con el ejemplo y nada puedo decir. Ahora bien, mientras estemos en el barco, el Imán no puede aplicar en esa pobre mujer su feroz justicia. Estamos bajo pabellón británico. No olvide que el *Helias* está registrado en Limassol. El anciano sabe que las leyes inglesas considerarían cualquier atropello a Jalina como un delito grave. Él mismo lo está reconociendo así, al decir que la sentencia se ejecutará al llegar a La Meca. Nos conocemos hace tiempo y bien sé que usted buscará la manera de seguir en contacto con ella y tratará de protegerla. Eso va a

enardecer los ánimos de estos bárbaros. Si se nos vienen encima, no cabe duda de que dan cuenta de nosotros en pocos minutos. La única solución posible es que descienda con ella pasado mañana en Port Said. Nosotros seguiremos hasta Jiddah, dejamos allí a los peregrinos y, de regreso, los recogemos a ustedes. Hay que ver qué papeles tiene la dama.

—Trae pasaporte yugoeslavo —explicó Abdul—, pero como ha vivido varios años en Egipto, la policía debe tener registrado su nombre. No creo que haya ningún contratiempo para bajar en Port Said y esperar allí algunos días el *Helias*. Pero ése no es el verdadero problema —prosiguió Abdul con tono desolado—. Lo que en verdad me inquieta, en caso de que logremos quedarnos en Port Said, es cargar con esta hembra desenfrenada y hacerme cargo de ella, vaya a saber por cuánto tiempo. Usted sabe que ésta es una aventura pasajera. Ya le he contado sobre los arrestos de la señora en el lecho y la delirante experiencia que ha sido estar con ella. Pero de allí a compartir la vida con una bacante desmelenada, hay un abismo.

—Todo eso ya está tenido en cuenta. En Port Said le daremos dinero suficiente para que viaje a donde quiera. No me da la impresión de que sea persona para quedar desamparada así no más. Si trabajó en El Cairo y en Alejandría, se abrirá camino fácilmente en cualquier sitio. Hay una cosa cierta y ella la sabe: si desciende en Jiddah con los demás, muere lapidada antes de ver La Meca. Habría que encontrar a alguien que se interese por ella y dejársela en herencia, como hice con la viuda de los inciensos funerarios en Kuala Lumpur, que acabó en brazos de Alejandro Obregón —a estas últimas palabras del Gaviero, Abdul respondió con un movimiento de cabeza que decía más que cualquier frase, luego comentó:

—Pero cuál va a ser la reacción de esos energúmenos, cuando se den cuenta de que desembarcamos en Port Said —era evidente que no acababa de ver del todo claro en el plan de su socio.

—Muy bien —le respondió el Gaviero—, ustedes bajan de noche, en forma discreta. Yosip los acompañará. Es de confiar y tiene papeles de Irak, que no presentan problema. Se dirá que fue al puerto para entregar unos documentos a nuestro agente. Lo importante, ahora, es que se comunique usted con su Dulcinea. Yo estoy seguro que ella hará lo imposible para verlo.

En efecto, Jalina apareció a la madrugada siguiente en el camarote de Abdul, con el rostro magullado, una ceja desgarrada que sangraba copiosamente y la espalda llena de señales de azotes propinados sin piedad. Bashur intentó, como pudo, curarle las heridas con los medios disponibles en su botiquín y le hizo tomar un analgésico fuerte para calmar los dolores que debían ser insoportables, aunque la mujer no se quejaba. Tampoco quiso contar quién la había castigado así. Escuchó la propuesta de Bashur respecto a desembarcar con él en Port Said y estuvo de acuerdo en todo. Confirmó también que en su pasaporte figuraba aún la constancia de haber vivido y trabajado en Egipto. Se insinuó para hacer el amor, a pesar del maltrato que traía, y Abdul accedió para no contrariarla en ese momento. Antes de regresar a la cala convino en esperar un cuarto de hora antes de la medianoche siguiente al pie de la lancha del *Helias* que los llevaría a tierra. Bashur le indicó claramente cuál era.

Abdul informó esa mañana a Maqroll y a Vincas sobre la visita de Jalina y su



conformidad con el plan de escape. Quedaba el problema de los peregrinos y su reacción cuando se dieran cuenta del hecho. Estuvieron todos de acuerdo en repartir armas entre los miembros de la tripulación de mayor confianza.

Atracaron esa noche en Port Said y comunicaron por radio a la capitanía del puerto que iban a descender dos pasajeros con sus papeles en regla. Esperarían en Port Said hasta el regreso del *Helias* que se dirigía con peregrinos hasta Jiddah, el puerto de La Meca. Las autoridades estuvieron conformes. A la hora que indicó Bashur, Jalina apareció al pie de la lancha. Había sido golpeada de nuevo y apenas podía caminar. Casi al tiempo llegaron Yosip y un marinero que lo acompañaría hasta el muelle. En la cala no se escuchaba señal de vida. El Gaviero y Vincas se quedaron en espera del regreso de la lancha ansiosos de saber cómo habían sucedido las cosas en el puerto. El tiempo pasó y nadie regresaba. Finalmente, en la mañana del día siguiente la lancha volvió conducida sólo por el marinero, quien hacía señas para que le ayudaran a izarla. Al llegar a cubierta el hombre relató lo sucedido, sin esperar a las preguntas de sus superiores. Abdul y Jalina pasaron la barrera de inmigración sin problema alguno. Un policía preguntó por qué venía esa mujer en tal estado, le explicaron que había sufrido un traspies en la escalera que descendía a la cala y había caído de casi cuatro metros de altura. Iba a someterse a un examen médico en el hospital de Port Said. Cuando Yosip se disponía ya a regresar, le pidieron sus papeles y él repuso que no los traía consigo, ya que no tenía intenciones de desembarcar allí. Le ordenaron esperar, después de pedirle su nombre completo y otros datos personales. Al poco rato ingresó el mismo oficial con dos guardianes armados y le dijo a Yosip:

—Usted estuvo en la Legión Extranjera francesa y tiene asuntos pendientes en Francia con la justicia militar. Queda detenido —los guardias lo esposaron y partieron con él hacia el interior de las oficinas. Al marinero, que trataba de abogar por el contramaestre, le indicaron que no se mezclara en eso y regresara al barco de inmediato, si no quería que lo detuvieran también. El hombre explicó que había escuchado, allá detrás de las mamparas de vidrio que separaban el área de inmigración del resto de las oficinas, que Abdul y Jalina algo hablaban con Yosip, quien debió cruzarse con ellos.

La presencia de Yosip en el barco era indispensable para enfrentar a los croatas en caso de algún desorden en la cala. La tripulación sentía hacia él una mezcla de fidelidad, respeto y admiración por su abigarrado historial en todos los puertos del Mediterráneo. Maqroll y Vincas se fueron a dormir, luego de acordar que se comunicarían a la mañana siguiente con la persona que los representaba como agente aduanal, para pedirle que interviniese en alguna forma para conseguir la liberación de Yosip. Así lo hicieron y hacia las diez de la mañana consiguieron, por fin, comunicarse a Port Said con el hombre cuya voz se oía trasnochada y tartajosa. Pasó Abdul al aparato y los puso al corriente de lo ocurrido. Resulta que Yosip era desertor de la Legión Extranjera francesa y las autoridades de ese país habían cursado un pedido de extradición a Egipto, donde sospechaban que se había refugiado. Yosip explicó que ese cargo estaba ya prescrito y solucionado hacía más de diez años. Si las autoridades egipcias preguntaban ahora a Francia por el caso, todo se aclararía al instante. En el pasaporte, que le fue enviado por Vincas esa mañana, podían ver que varias veces había entrado y salido de Francia, Argelia y Túnez, sin ser molestado. Los archivos de Port Said no

debían estar al día. Pero daba la casualidad de que era sábado y el consulado francés sólo abriría hasta el lunes siguiente. Abdul sugería que continuasen el viaje lo más pronto posible, por obvias razones. Aclaró también que la persona enferma que había bajado con ellos estaba ya bajo atención médica en el hospital inglés. En un par de días estaría en condiciones de salir de allí. Era urgente que enviasen todos los demás papeles referentes a Yosip, que guardaba Vincas con los demás documentos del *Hellas*.

Tan pronto regresó la lancha, zarparon rumbo a Jiddah. Esa misma noche apareció de repente el Imán en el puente de mando, con el solemne porte de quien trae en sus manos la ira de Allah.

Amenazó con entablar una demanda ante las autoridades sauditas, por secuestro de una pasajera. Todos tendrían que descender en Jiddah para rendir cuentas de su tropelía. Maqroll, en forma muy serena pero igualmente terminante, repuso al Mullah:

—Esa mujer vino a nosotros en busca de protección y ayuda médica, debido a las varias tandas de golpes y azotes de las que fue víctima. No quiso decir de manos de quién. Éste es un delito grave, cometido bajo pabellón británico, que se castiga, usted debe saberlo, con varios años de cárcel. La mujer descendió por su propia voluntad y así lo hizo saber a las autoridades egipcias, quienes ya están comunicando el hecho a las de Jiddah. El señor Bashur descendió en Port Said para atender negocios relacionados con nuestra operación comercial. Así consta ante las autoridades del puerto. Ahora bien: a la menor muestra de rebelión de su gente contra el capitán Blekaitis y su tripulación, se pedirá ayuda a las autoridades británicas más cercanas y los peregrinos serán desembarcados, sin contemplaciones, en el primer sitio donde podamos atracar. Desde luego haremos una denuncia por intento de secuestro de una nave de registro inglés. Cualquier acto de violencia de su gente contra nosotros será rechazado con las armas, con la autoridad que las leyes internacionales sobre navegación marítima conceden al capitán de la nave. Le aconsejo que, teniendo en cuenta lo que acabo de decirle, regrese a la cala y medite sobre las consecuencias de cualquier violencia.

El anciano ministro del Profeta dio media vuelta sin decir palabra y caminó hacia la cala con envarada prosopopeya, tan poco natural que era claro que trataba de salvar la cara frente a su gente que se había asomado para que ver qué sucedía con su Imán. Era de esperar que los convenciera de seguir hasta Jiddah sin crear desorden alguno y olvidarse de Jalina. El anciano debió lograr su propósito, porque los croatas permanecieron tranquilos durante todo el trayecto hasta el puerto de La Meca. En Jiddah, bajaron al remolcador que había ido por ellos, ya que Vincas no quiso atracar en los muelles, por natural precaución. Al descender el grupo, un gigante de mirada torva y labios temblorosos de ira se enfrentó a Vincas y a Maqroll, que vigilaban de cerca el desembarque de los peregrinos, y los increpó en turco:

—¡Perros, hijos de perra! Algún día nos hemos de encontrar, no importa dónde, y beberé su sangre y escupiré sobre sus cadáveres hasta que se me agote la saliva. Recuerden bien mi nombre: Tomic Jankevitch los perseguirá con su furia hasta matarlos.

Maqroll le respondió en el mismo idioma:

—No te preocupes por eso, Tomic. Cuando tengamos el placer de encontrarte nos

adelantaremos a tus buenos deseos y obsequiaremos tu cadáver a los cuervos. Si lo aceptan. Cosa que dudo.

El hombre hizo ademán de lanzarse contra el Gaviero y éste se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta. Alguien que venía detrás del energúmeno lo empujó ligeramente diciéndole algunas palabras al oído. El hombre siguió su camino maldiciendo entre dientes contra todos los del barco. Vincas comentó divertido:

—Por lo visto, la ardiente Jalina cuenta con admiradores entre los santos peregrinos a La Meca. Habrá que comentárselo a Jabdul.

Partieron los croatas y el *Helias* estaba a punto de levar anclas, cuando una lancha del resguardo portuario, con la bandera saudita flotando altiva en el tibio aire del desierto, se dirigió al barco. Por altavoz ordenaron al capitán detenerse y esperar la visita de las autoridades. Cuando subieron a bordo, los atendió Vincas con la tradicional flema nórdica. Se trataba de dos funcionarios uniformados y cuatro guardias armados de ametralladoras cortas. El funcionario que ostentaba el mayor rango preguntó al capitán por una mujer que venía en el barco y había desembarcado contra su voluntad en Port Said, según declaración del Imán al llegar a tierra. Vincas explicó en inglés que la mujer había descendido por su propia voluntad y así se había hecho constar en las oficinas de inmigración en Port Said. Era fácil verificarlo comunicándose por radio con las autoridades egipcias. La mujer había sido, además, brutalmente golpeada por sus compatriotas y estaba bajo atención médica en Egipto. El oficial saudita pidió ver los documentos del barco y Vincas se los mostró de inmediato. Los examinaron con el otro empleado en forma minuciosa y desesperante, como si no entendieran bien el inglés. El superior del grupo devolvió los papeles y, sin hacer ningún comentario, ordenó en árabe a su gente volver a la lancha. Dio media vuelta y descendió rápidamente la escalerilla. Ya en la lancha, comunicó al capitán que podía partir cuando quisiera.

El viaje de regreso se cumplió sin contratiempos. Todos en el barco estaban ansiosos por saber noticias de Abdul y de Yosip. Al llegar a Port Said anclaron a la entrada del puerto y muy poco después llegó Abdul en una lancha, acompañado por el agente aduanal. Después de los saludos entusiastas de Maqroll y del capitán, éste le preguntó por Yosip. Abdul les informó con amplia sonrisa que economizaba cualquier comentario adicional:

—Ya está libre de toda acusación como desertor de la Legión, pero debe permanecer durante un mes en territorio egipcio. Así lo exigen las leyes del país, cuando se ha anulado un pedido de extradición por parte de cualquier gobierno extranjero. Esa formalidad, puramente burocrática, la está cumpliendo con enorme placer, porque le permite quedarse cuidando a Jalina, que se repone lentamente de los golpes y azotes que le propinó, con anuencia del Imán, un gigante que la pretendía. Yosip y ella han descubierto que se entienden maravillosamente. No duden que los veremos muy pronto formando una pareja ejemplar. Bien. Les pido me excusen, voy a dormir un rato porque me caigo de sueño. Hace dos días que ni duermo. Pero antes les doy un consejo: no echen en saco roto las direcciones que tiene a su disposición Malik para divertirse en Port Said. Les aseguro que valen la pena —el agente, que respondía al nombre de Malik, era un ventrudo egipcio de rostro plácido y bonachón, que sonreía a través de los grandes bigotes teñidos de henna que le caían sobre las comisuras de la boca

dándole un aspecto de turco de opereta.

Tal como lo predijo Abdul, Yosip se convirtió en el inseparable compañero de Jalina. Con ella recorrió el mundo desempeñando los oficios más diversos. Abandonó la navegación, en buena parte porque su mujer no quería acompañarlo a bordo. Vincas perdió al mejor contramaestre que había tenido y Maqroll ganó dos amigos con quienes se encontró en varias ocasiones. La mujer había tomado un cariño ferviente al Gaviero desde cuando supo que había sido suya la idea de que desembarcase en Port Said. En este sentimiento de Jalina hacia el Gaviero había una gran dosis de piedad que ella explicaba siempre en una frase:

—Está más solo que nadie y necesita más que nadie de quienes lo queremos bien.

En el sórdido motel de La Brea Boulevard de Los Ángeles, donde muchos años más tarde fue a recalar el Gaviero derrumbado por las fiebres, ella iba a mostrar hasta dónde iba su afecto por él. Esto ha sido objeto de otro relato que ya anda en manos de algunos lectores interesados en las andanzas de Maqroll.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo VI

*Página 49 de 64*

### Capítulo VI

La vida de Abdul iba a mudar muy pronto de rumbo de manera radical. Aunque ni Maqroll, ni el mismo Bashur y, menos aún, sus familiares, mencionaron esta coincidencia, al revisar las cartas y escritos correspondientes a la que pudiéramos llamar la segunda etapa de la vida de nuestro amigo, es evidente que la desaparición de Ilona determinó el cambio. Al abandonar a su propia inercia ciertos mecanismos, que Ilona solía percibir desde el primer instante de su aparición y tenía la sabia y misteriosa facultad de mantener bajo control, Abdul, muerta su amiga, dejó que un ciego fatalismo desbocado lo condujera a los mayores extremos de incuria y desaprensión. No quiere esto decir que cambiase su carácter generoso e inquisitivo. Bashur siguió siendo el mismo pero transitando por veredas y ambientes por entero distintos a los que, hasta ese momento, había frecuentado. Las cosas fueron sucediendo paulatinamente. Al comienzo, no era fácil percibir el cambio, si bien, la buena suerte, que hasta entonces estuvo de su lado, se fue alejando hasta esfumarse en el horizonte de sus andanzas. El primer síntoma grave se presentó con la pérdida del *Helias*. Sobre ello algo se dijo al comienzo de esta historia. Es hora de completar la trama de lo ocurrido entonces.

Al regresar a Chipre, después de la experiencia con los peregrinos croatas y la turbulenta Jalina, el *Helias* realizó algunos breves recorridos en el Mediterráneo que, si bien no dejaron mayores ganancias, tampoco ocasionaban gastos considerables. La tripulación se redujo a ocho personas. Yosip fue reemplazado por un contramaestre irlandés, que ya había trabajado años atrás con Bashur, en barcos de la familia. El hombre tenía una capacidad para almacenar whisky en el cuerpo que superaba todo cálculo imaginable. Pero, al mismo tiempo, sabía mantener con su gente relaciones afables a la vez que exigirles un riguroso rendimiento en el trabajo. Nunca se le vio borracho y en lo único que se le notaba que había llegado a la altamar de su dosis de escocés, era por un permanente canturrear en voz baja tonadas en la espesa lengua de la verde Erín. Se llamaba John O'Fanon. De él partió la idea de transportar armas y explosivos a España.

En una taberna de Túnez John encontró a una joven pareja que decía estar pasando la luna de miel. Los dos eran catalanes y hablaban con fluidez varios idiomas. Ella era una morena de estatura más bien baja y facciones expresivas de una incesante movilidad. Él era uno de esos seres altos, descarnados y melancólicos, con cierto aire de seminaristas, de pocas palabras y que siempre dan la impresión de que acaba de caer sobre ellos una gran desgracia. La pareja simpatizó de inmediato con el contramaestre del *Helias* y pasó buena parte de la noche disfrutando sus historias de mar y sus anécdotas, algunas muy subidas de tono, sobre su vida en los puertos. O'Fanon no estaba ya en condiciones de

poner en duda esa manifestación de simpatía, nacida tan de repente, y una tan marcada atención a su torrentosa charla salpicada de incidentes manidos, comunes a toda vida en el mar. Antes de regresar a su hotel, la pareja aceptó entusiasmada la invitación que les hizo John para visitar el *Helias* y ofrecerles allí una copa en compañía de los patrones, cuyas excelencias no se cansaba de encomiar. Nada de esto informó O'Fanon a los dueños del barco y, al día siguiente, había olvidado por completo su entusiasta invitación. Los catalanes aparecieron, a eso de las cinco de la tarde, al pie de la escalerilla y preguntaron por su amigo O'Fanon. Maqroll supervisaba la operación de descarga de cemento proveniente de Génova, que terminaría en breves minutos. Le intrigó que la curiosa pareja preguntase por el contraamaestre con tanta familiaridad. Hizo llamar a O'Fanon y éste, al llegar, reconoció a sus amigos de la noche anterior y recordó la invitación hecha en la euforia del *scotch*. Musitó una excusa cualquiera y bajó para atender a sus amigos. Ya sobrio y refrescado por la hiriente brisa que venía del interior tunecino, en pleno mes de enero, John descubrió en la pareja algunos rasgos nuevos que no dejaron de sorprenderle. El hombre había perdido mucho de su aire clerical y miraba a su alrededor en actitud alerta, sobre todo en dirección de Maqroll. La mujer, en medio de su extrovertida variedad de gestos, que tenían más de tic nervioso que de otra cosa, también acusaba una tensa vigilancia que la noche anterior no había advertido O'Fanon. El irlandés les presentó al Gaviero, que ya estaba sobre aviso respecto a los visitantes por la conducta que desde el puente había notado en ellos. Recorrieron el barco, mirando sin detenerse en ninguno de los detalles que les enseñaba el contraamaestre y sobre los cuales les daba minuciosas explicaciones. Al llegar al puente de mando, toparon allí con los propietarios y fueron presentados a Bashur. El olfato de Abdul ya había percibido varios indicios que no lo tranquilizaban. En un silencio que se creó, cuando ya nadie, al parecer, tenía nada que decir, Abdul dejó caer la pregunta que tenía a flor de labios desde hacía rato:

—¿Podemos servirles en alguna otra cosa, diferente de mostrarles un triste carguero común y corriente? Programa que se me ocurre bien poco interesante para pasar la luna de miel.

El melancólico ampurdanés —ya había explicado que era oriundo de La Bisbal— atrapó de inmediato la invitación de Bashur y repuso tranquilamente:

—En efecto nos gustaría hablar con ustedes dos para plantearles un negocio. ¿Podemos ir a algún lugar privado?

Maqroll pescó al vuelo la intención de Bashur y los invitó a la pequeña oficina que compartía con Abdul entre los dos camarotes que ocupaban como dormitorio. O'Fanon miraba todo aquello con sus ojos azul cielo desorbitados, moviendo la cabeza como quien no entiende nada y se ausentó pretextando una tarea urgente.

Los tiernos cónyuges en luna de miel se transformaron, una vez sentados alrededor de la pequeña mesa de trabajo, en algo por entero diferente de lo que pretendían ser. A pesar de la prudencia con la que fueron dejando caer los datos que concernían a sus actividades, los dueños del *Helias* sacaron en claro lo siguiente: se trataba de miembros de una organización anarquista catalana, autora de varios golpes muy sonados en la prensa europea y que habían costado la vida a varias decenas de militares y guardias civiles. Deseaban contratar un transporte de armas y explosivos que debían ser

descargados en el puerto de La Escala en la Costa Brava. Maqroll iría con el barco para entregar la mercancía y Bashur se quedaría con ellos y con otra pareja que los esperaba en el muelle. Los acompañaría a Bizerta, en espera del resultado de la operación.

—Eso quiere decir que yo quedaría en manos de ustedes como rehén —precisó Abdul con voz neutra que no calificaba el hecho.

—Eso quiere decir exactamente —repuso en el mismo tono la mujer—. No nos creará tan ingenuos como para dejar al arbitrio de otros un asunto de esta índole. Así nos aseguramos de dos cosas: la entrega de cargamento y su discreción. Me parece que, tanto nuestro amigo libanés como usted lo han entendido perfectamente —dijo volviéndose hacia el Gaviero.

—Más claro, imposible —repuso éste con sonrisa desvaída.

—¿No les interesa saber cuánto estamos dispuestos a pagar por este servicio? —preguntó la mujer con suficiencia que irritó a Maqroll.

—Claro que nos interesa. Lo que sucede es que, tal como están planteando la cuestión, llegué a pensar que esperaban que hiciéramos la tarea en forma gratuita —contestó aquél ya un poco fuera de sí.

El hombre hizo con la mano un gesto como para detener el diálogo entre los contrincantes y mencionó la cifra que estaban dispuestos a pagar. La cantidad correspondía a lo que, en los últimos seis meses de ímproba labor, había producido el *Hellas*, sin dejar de navegar un solo día. Esto los llevó a manifestar su conformidad en forma simultánea.

Abdul partió con ellos al día siguiente y las armas y explosivos fueron cargados bajo la vigilancia de Maqroll y de Vincas que supervisaba todo aquello con su neutra mirada gris y sin hacer ningún comentario. La carga venía oculta en grandes cajones y aparecía declarada como repuestos para una planta empacadora de anchoas en La Escala. Sobre la suerte que corrió Maqroll ya se habló al comienzo de este relato, con motivo de mi encuentro con Fátima, la hermana de Bashur, en la estación de Rennes. También narré la buena suerte que acompañó al Gaviero, merced a los ingleses y a sus complejas componendas en el disputado Peñón. Vincas tuvo que regresar con el *Hellas* a Chipre y allí le fue cancelada al barco la licencia de navegar a nombre de sus dueños de entonces. Un armador sirio se aprovechó de las circunstancias y adquirió el *Helias* por una suma irrisoria. Vincas volvió a navegar con la familia de Bashur y éste comenzó a rodar por los puertos del Oriente Medio y del Adriático, sin oficio ni rumbo. Maqroll partió a Manaos para emprender su viaje Xurandó arriba, en busca de los miríficos aserraderos de lo cual ya se habló en pasada oportunidad.

La enumeración de los muy distintos y transitorios oficios a los que se dedicó Bashur, a partir de ese momento, llenaría varias páginas. Baste mencionar algunos a los que alude en su correspondencia y otros referidos por Maqroll: distribuidor de publicaciones y fotos pornográficas en Alepo, proveedor de alimentos para barcos en Famagusta, contratista de pintura naval en Pola, crupier en Beirut, guía de turistas en Estambul, fingido apostador para atraer ingenuos en una sala de billares de Sfax, proveedor de personal femenino adolescente en un burdel del Tánger, limpiador de calderas en Trípoli, señuelo de cambista en Port Said, administrador de un circo en Tarento,

proxeneta en Cherchel, afilador en Bastia, a tiempo que vendedor de hachís. La lista puede continuar, pero con esta muestra es suficiente para medir hasta qué fondo de infortunio y desenfado llegó nuestro amigo, el mismo airoso y emprendedor naviero libanés con quien, años atrás, me había encontrado en Urandá. A pesar de su barba entrecana y mal cuidada y de los trajes de fortuna, maculados por el uso en tan diversos oficios, con los que varias veces se me apareció durante ese descenso al averno del hampa, Bashur conservaba aún sus cortesanos gestos de brazos y manos, rima con sus palabras, y ese encanto suyo hecho de humor breve y escéptico, de continuo desafío a su destino, sin pronunciar una sola queja y de esa fidelidad a sus amigos, tan suya y tan conmovedora. Lo que, por otra parte, llama la atención en esa etapa de la existencia de Abdul, es su concordancia sincrónica con las más oscuras y abismales experiencias de su amigo de siempre, Maqroll el Gaviero. Podría pensarse que se hubiesen puesto de acuerdo para hacer ambos, cada uno por su lado, ese abyecto recorrido y transitarlo hasta sus últimas consecuencias, sin perder, ninguno de los dos, su altanera visión de un destino escogido por ellos y apurado hasta la última gota de su desventura. Quien tal cosa pensara se equivocaría sólo en un aspecto: Maqroll había comenzado mucho antes esa exploración desenfadada y carecía de los lazos y vínculos familiares y de origen que, hasta el último día, insistió en preservar Abdul.

Muestra muy elocuente de hasta dónde pudo llegar entonces Abdul es el episodio que voy a narrar con detalle. Aunque no es de los más turbios y peligrosos, revela muy fielmente los abismos que llegó a frecuentar. Algunos detalles del asunto aparecen en una carta a su hermana Fátima, perteneciente al paquete que me envió de El Cairo. Hay, también, informes sobre el mismo tema en dos largas cartas a Maqroll, que éste me hizo llegar mucho más tarde desde Pollensa. En la época en que Maqroll las recibió, Bashur se estaba curando un extraño mal en una institución de beneficencia de Paramaribo.

Pero antes de entrar en pormenores sobre el episodio, quizás convenga volver por un momento sobre la obsesión que persiguió a Bashur buena parte de su vida y de la cual ya hemos hablado anteriormente: ser el dueño del carguero ideal que cumpliera con las especificaciones de diseño, calado y máquina que se forjó en su mente y que, en pocas pero memorables oportunidades, había tenido al alcance de su mano. Los repetidos desencantos, señal de una soterrada ironía del destino que lo privaba, en último momento, de cumplir con su ilusorio propósito, vinieron a confundirse en su interior con la desaparición de Ilona, creándole la certeza de que Allah le anunciaba así, con brutal evidencia, que otros eran sus designios. Bashur lo entendió, olvidó su obsesión y dejó que los días se sucedieran en la forma como el Magnánimo y Todopoderoso quería disponer. Para Bashur, por lo tanto, su odisea por los bajos fondos estaba dictada, no por la curiosidad ni por el desencanto, sino por un sereno propósito de ajustarse a más altas instancias que a su mera voluntad o al vaivén de sus caprichos. Esto es de la mayor importancia tenerlo en cuenta, para entender cuál era el estado de ánimo del amigo de Maqroll, al cumplir con esas pruebas, al parecer ofrecidas por el azar, que en verdad no es sino un juego sólo a los dioses permitido.

Merodeando de lugar en lugar del Mediterráneo, Bashur fue a recalar al Pireo. Allí cayó en gracia de una mujer, dueña de una cantina de mala muerte en la playa de Turko Limanon. Para redondear su presupuesto, la dama arrendaba, para propósitos pasajeros



y *non sanctos*, tres habitaciones que había encima de su establecimiento de bebidas. Respondía al nombre de Vicky Skalidis, y tenía un hermano ciego vendedor de medallas milagrosas. De vez en cuando, cuidaba el lugar cuando su hermana tenía que ir de compras al puerto. Este sujeto, llamado Panos, era un dechado de picardías y resabios y, a pesar de su ceguera, sabía mantener a raya la equívoca y heterogénea clientela del tugurio, que llevaba el más improbable de los nombres: Empurios. Cabe dudar que los dioses de la Hélade, aún en el más oscuro de sus avatares, hubieran aceptado morar en la cantina de Vicky Skalidis y menos aún bajo la vigilancia del viejo Panos, cuyo humor infernal hubiera espantado al mismo Zeus. Abdul llegó allí, tras dejar el cargo de contable en un buque cementero que hacía el recorrido del Pireo a Salónica. Él había, movido por la necesidad, sobrevalorado un tanto sus conocimientos en matemáticas. Las cuentas que entregaba fueron siendo cada vez menos ajustadas a las leyes de Pitágoras y, finalmente, con un mes de salario en el bolsillo, lo bajaron en el Pireo sin mayores contemplaciones. Anduvo varios días rondando en hoteluchos y pensiones de miseria, hasta cuando fue a parar a la playa de Turko Limanon, en donde vendía filtros contra la impotencia y postales eróticas, artículos ambos de los que hacía provisión en un sórdido comercio cuyo propietario había sido marinero en el *Princess Boukhara*, de imborrable recuerdo. Fue así como una tarde llegó a pedir alojamiento en el Empurios. Primero habló con Panos y éste, por algún abscondito motivo, simpatizó con Abdul. Sostuvieron una larga charla que los familiarizó con sus respectivas y desatinadas existencias y despertó en Panos un cierto respeto hacia la serena aceptación que el otro mostraba ante la adversidad. Cuando Vicky regresó en la noche, los encontró en pleno intercambio de poco edificantes confidencias. Vicky era una típica griega sesentona, ya entrada en carnes, cuya tez olivácea de intacta tersura y sus grandes ojos verdes le daban un aire remozado que le valía aún muchos admiradores, por desgracia ninguno desinteresado. Se casó dos veces, la segunda con un griego de Chicago —de allí la transformación sajona de su nombre— del que heredó algún dinero, al morir su marido de una apoplejía fulminante en un restaurante de Wabash. Con su herencia resolvió abrir el Empurios y allí apareció Panos, su hermano, que ella creía desaparecido hacía muchos años. El hombre vino a servir de protección contra los pretendientes, pero también de irritable juez de su hermana que conservaba una sana coquetería, nada inocente pero juiciosamente dosificada. Panos presentó a Bashur en términos tan calurosos que Vicky pensó que se conocían de hacía tiempo. Por esta razón, accedió a que ocupase uno de los cuartos. No era ésta la regla del negocio, como es obvio, ya que se trataba de arrendar las habitaciones varias veces al día, a parejas que venían del Pireo para esconder sus amores o sus eróticas urgencias. Bashur explicó a la dueña que él no tenía el menor inconveniente en dejar libre la habitación cada vez que se presentase un cliente. El equívoco sobre la amistad de Bashur y Panos fue muy pronto descubierto por Vicky, pero, ya para entonces, ella estaba más interesada en su huésped de lo que imaginara en un comienzo. Bashur se había dejado crecer la barba y el bigote, ambos de un *salt and pepper* muy atractivo. Se los cortaba al estilo Jorge V, muy en boga entonces, que le daba un aire de superficial respetabilidad. Así las cosas, no tardó Abdul en compartir la habitación de Vicky, al fondo de la taberna, y satisfacer las otoñales ansias amorosas que dormían dentro de ella en su papel de viuda respetable. Panos tomó al comienzo la nueva situación con algunas quisquillosas reservas, que Abdul supo aplacar, si no totalmente, sí, al menos, hasta hacer tolerable la convivencia.

Bashur cultivaba sus relaciones con el ciego, pensando en que algún día le podrían ser de utilidad. La vasta escuela de Panos en las artes de la bribonería y en la industria del engaño despertaron en Abdul un semillero de no precisados proyectos que prometían un futuro interesante. Había aprendido a esperar y a dejar que las circunstancias maduraran sin prisa ni esfuerzo. En el medio marginal y ambiguo en el que ahora se movía, toda prisa era funesta, toda precipitación desaconsejable.

Abdul Bashur se opuso rotundamente a ejercer oficio alguno en la taberna, desde el momento en que comenzó a compartir el lecho con la dueña. No por vergüenza ni pudor, eso faltaba, sino para quedar libre de poner en práctica proyectos hartos más rendidores que servir ouzo y destapar cervezas para los broncos clientes del Empurios. Cuando no estaba obligado a quedarse cuidando el negocio, el ciego partía cada mañana hacia el Pireo, para vender sus medallas milagrosas al pie de la iglesia de la Trinidad Sacrosanta. Al menos tal era su pretexto para permanecer en una calle tan concurrida y ejercer otras actividades, sobre las que Abdul abrigaba fundadas sospechas. Ocurrió que, poco a poco, se fue enterando de que Panos era la cabeza de una pandilla de jóvenes rateros, ninguno de los cuales sobrepasaba los quince años. El ciego, cuyos otros sentidos, afinados hasta lo inverosímil, le permitían seguir los pasos de los viandantes, sin despertar recelo alguno, daba a sus pupilos una señal convenida para indicar que se acercaba una posible víctima. El sonido de los pasos, el olor que percibía desde lejos y otros datos aún más sutiles, le permitían definir al que llegaba hasta por su misma respiración. Panos deducía la clase social, el carácter y el origen de su clientela. Al llegar la noche, los muchachos le entregaban religiosamente el producto de sus rapiñas y él encaminaba los objetos a su destino, consistente en varias tiendas de cosas usadas cuyos propietarios eran conocidos suyos.

Desde luego, Panos nada de esto había comentado con Abdul. Pero éste, un día en que fue al puerto para poner unas cartas al correo, divisó al ciego en la esquina de la iglesia. Ya iba a acercarse a él para saludarlo, cuando vio que emitía un curioso silbido. De inmediato, dos jóvenes harapientos rodearon a una dama para pedirle limosna, la siguieron hasta que dobló la esquina y regresaron donde el ciego, dejando caer algo en el bolso donde traía las medallas consagradas. Abdul comprendió al instante de lo que se trataba y partió sin acercarse a Panos. Pasados algunos días, una tarde en la que quedaron solos porque Vicky salió de compras, Bashur abordó el tema como si se tratase de algo ya sabido y comentado entre ellos. Panos sonrió con brutal sarcasmo y volviendo el rostro al cielo, como buscando una luz incierta, comentó:

—Esos angelitos son una mina sin aprovechar. Ahora me limito a mantenerlos entrenados para más altos destinos. Ya se me ocurrirá algo brillante.

—En principio —comentó Abdul—, creo que estás operando en un sector del puerto que no es el más productivo. Habría que explotar los lugares frecuentados por los turistas. Es más, desde el instante en que descienden de los barcos que los traen de las islas, habría que comenzar a trabajarlos. Luego, en las calles donde están las tabernas con buzuki y, finalmente, a la salida de los hoteles de lujo.

—Yo también había pensado eso. Pero a esa escala no puedo hacerlo solo y no todos los muchachos están igualmente entrenados —arguyó Panos.

Abdul, entonces, consideró que era llegado el momento de exponer el plan que traía en

mente y cuyos detalles había madurado en los últimos días:

—Lo primero que debe hacerse es una selección estricta y cuidadosa entre todos ellos y quedarse con los que en verdad están listos para un trabajo fino, delicado e interesante. Los demás, sin descorazarlos, deben dejarse operando donde ahora lo hacen, pero ya por su cuenta. La acción debe concretarse a objetos de valor: relojes de marcas conocidas y costosas, pulseras, collares, billeteras con dólares, libras o marcos. Nada más. Otro aspecto a cuidar es la venta de lo que se consiga. A ti te están robando tus amigos ropavejeros. Ellos se quedan con la parte del león. Eso debe estudiarse más a fondo. El botín de valor comprobado y considerable debe venderse en Estambul. A tus pupilos se les dará dinero y jamás el producto directo de sus hurtos.

Mientras Bashur exponía su plan, el ciego volvía hacia él la cara a cada instante, con expresión de incredulidad que aumentaba a medida que se perfilaba el proyecto. Sólo pudo colocar una objeción:

—No creas que es fácil engañar ni mantener a raya esas fierecillas. Ya están acostumbrados a recibir una parte considerable del botín y no creo que podamos meterlos en cintura.

—No estoy de acuerdo —refutó Abdul—. A los que escojamos, para trabajar con nosotros, se les explica claramente, desde un comienzo, que se trata de una operación enteramente distinta y nueva. Se les ha escogido como a los mejores y van a ganar mucho más que antes. Las condiciones son ésas. El que no quiera puede regresar con los otros y trabajar por su cuenta. Cuando reciban los primeros pagos, verán que el asunto no va en broma y que vale la pena alinearse con nosotros.

Después de esta conversación, que siguió por varias horas dedicadas a estudiar y afinar todos los detalles, cada uno de los socios empezó a poner en práctica la parte del plan que le correspondía. Bashur entró en contacto con amigos suyos en Estambul, que operaban en combinación con el hampa de esa ciudad. Recorrió, luego, los sitios del Pireo más concurridos por los turistas y tomó nota de las horas de mayor movimiento en cada lugar. Panos, por su lado, inició la selección del personal más calificado entre sus pupilos, elaboró una lista y estudió con Bashur caso por caso en particular. Los dos entrevistaron luego a cada joven para medir sus habilidades. Cuando todo estuvo listo, Abdul descubrió la carta maestra que guardaba oculta hasta ese instante. Consistía en lo siguiente: en cada sitio donde operaran, instalaría un puesto para vender avena helada espolvoreada con canela, una bebida refrescante que conoció en Cartagena de Indias y cuya receta obtuvo a través de una amiga cumbiambera y cariñosa. La bebida se mantendría en un gran caldero. Con un cucharón Bashur serviría los vasos para los clientes. En el caldero se pondrían siempre trozos de hielo. Precisamente en ese caldero, los jóvenes ladrones dejarían caer, en forma rápida y discreta, el producto de sus hurtos, inmediatamente después de cometerlos. Si la policía los capturaba, no hallarían nada al esculcarlos. Esto, en el caso de joyas, relojes, pulseras y collares. Las carteras con dinero las dejarían caer detrás de la olla, donde Bashur las recogería para esconderlas al instante. La manera de verificar la lealtad de los muchachos era muy sencilla: Panos tenía un primo lejano en la policía del puerto y por él sabría de las quejas levantadas por las víctimas y estas quejas debían coincidir, casi con absoluta precisión, con el producto recogido en el día. Los objetos eran rescatados del caldero en

casa y todo estaría en orden.

El lugar donde se inició lo que Bashur y Panos bautizaron como la «Operación avena helada», fue el desembarcadero de los navíos que traían o llevaban a los turistas de las islas del Egeo. Bashur y Panos tenían la intención de ir desplazando el centro de su actividad cada cierto tiempo, con el doble objeto de explotar otras zonas de afluencia turística y escapar de la policía, alertada por la frecuencia de las quejas en una determinada área.

El rendimiento del negocio en su primera etapa en los muelles sobrepasó todos los cálculos de sus organizadores. Pasaron luego a trabajar la zona de las tabernas con buzuki. Allí el éxito fue aún mayor. Pero, como era previsible, los muchachos comenzaron a darse cuenta de que el caldero de avena helada jamás devolvía los relojes de grandes marcas, ni las joyas de valor que ellos recordaban haber arrojado allí. Ni Abdul ni Panos hacían jamás mención de tan valiosos objetos. A sus reclamaciones, éstos respondieron que nada sabían de tales maravillas, dudosas de ser reconocidas por el hurtador en una acción tan rápida. Lo rescatado en el caldero, les dijeron, era lo que ellos mencionaban y no había nada más que hablar sobre el asunto. Además, estaban percibiendo diez veces más de lo que antes ganaban junto a la iglesia de la Trinidad. Era injusto que se quejasen, ahora que recibían lo que jamás soñaron. Es claro que los jóvenes no se tragaron la píldora que con tanto cinismo como énfasis les querían hacer ingerir. Algunos, los más audaces e inconformes, llegaron a hacer alusiones poco comedidas sobre los progenitores de sus jefes que éstos hicieron como si no las hubieran escuchado.

Meses después, el grupo se trasladó a Atenas. En el Pireo ya habían agotado los lugares idóneos para actuar. Lo último allí fueron las puertas de los grandes hoteles. La policía comenzó a sospechar de algo, porque las quejas de los turistas y de sus respectivos consulados empezaron a llover en forma tan intensa como desacostumbrada. En Atenas se fueron de una vez a Plaka, la larga calle de las tabernas que no cierran nunca. Allí, Bashur y Panos coronaron con tal plenitud sus objetivos, que el ciego optó por retirarse y así se lo manifestó a Bashur. Éste, con la policía en los talones, viajó de súbito a Estambul, donde había venido acumulando sus ganancias durante las visitas a esa ciudad para vender los artículos robados. No quiso despedirse de Vicky Skalidis, quien, por lo demás, ya sospechaba que las actividades de su amante y de su hermano nada tenían de inocentes y había anticipado que todo terminaría, bien en la cárcel, o bien en la precipitada huida de Bashur. Éste, en un último rasgo de gratitud, le dejó una carta encomiando las cualidades físicas y morales de su protectora y prometiéndole volver un día para renovar el idilio interrumpido por razones de fuerza mayor. Le daba las más expresivas gracias por la ayuda que le brindó en momentos de la mayor penuria, cuando había perdido toda esperanza de salir adelante. Ella guardó la carta en un pequeño baúl donde conservaba recuerdos de su vida sentimental, que aún guardaban aromas que despertaban nostalgias deleitables en la propietaria del Empurios.

[Ir a la siguiente página](#)



# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo VII

Página 50 de 64

### Capítulo VII

Y así fue como Bashur consiguió salir de nuevo a la superficie, dejando atrás sus experiencias por los tortuosos caminos de la milenaria picaresca mediterránea. La suma que había logrado poner a salvo en Estambul le permitía renovar con toda holgura sus actividades en la marina mercante. Pero ese peregrinaje por el ámbito de la transgresión, que fue largo y salpicado de episodios no todos tan fácilmente confesables como los que hemos registrado aquí, había traído cambios notables en su carácter y en su forma de ver la vida. Volver a comprar un *tramp steamer* para, finalmente, tener que venderlo con pérdida como había sido el caso del *Princess Boukhara*, el *Fairy of Trieste*, el *Helias* y tantos otros anónimos y olvidados, era algo para él hoy día inconcebible.

A este respecto, fue Maqroll el Gaviro quien dio fe, con mayor certitud, sobre la mudanza de su viejo amigo y cómplice. En innumerables ocasiones se habían encontrado durante los años negros de Bashur, que, como ya dijimos, correspondieron a una época no menos accidentada y catastrófica del Gaviro. Maqroll, de viva voz, en las oportunidades que tuvo de verlo, cuando le preguntaba por Abdul, se extendía en una minuciosa disección de sus cambios y de las pruebas por las que estaba pasando. En su correspondencia con la familia, Bashur hizo, apenas, veladas alusiones a todo esto, con excepción de un par de cartas a Fátima, su hermana preferida, en las que se mostraba más explícito.

—En Abdul —explicaba Maqroll— existía una especie de maliciosa tendencia a disfrutar de la vida y a desafiar las acechanzas de la fortuna, que hacían de él un compañero ideal en las horas difíciles y el más indicado para disfrutar las venturosas. Nada para él era imposible ni prohibido, nada le estaba vedado y frente a lo que la vida le planteaba, solía adoptar una actitud de abierto desafío, que cada vez es menos la mía. Cuando salió a flote y apareció en Estambul, dueño de un pequeño capital, pude notar que mantenía una distancia, una reserva, discreta pero firme, ante las propuestas del destino. La agresividad se trocó en escéptica observación de la realidad, la cual asumía con la indiferencia del que sube al cadalso pensando ya en la otra vida. Las mujeres, usted bien lo sabe, que fueron su máxima tentación y su mayor fuente de dicha, son ahora objeto de una curiosidad y de una extrañeza que las deja intrigadas y hasta incómodas las más de las veces. Desde luego ya no se le escucha hablar del barco de sus sueños. Alude sí, a las características que éste debe tener, pero como quien menciona algo que ya no pudo ser, algo que no fue concebido y que, por lo tanto, pertenece al mundo de lo ilusorio e inalcanzable. Mundo que ya para nada le atrae, ni le mueve a búsquedas y empeños que sabe vanos. No quiero decir que se convirtió en

un ser amargado, ni que se doliese de frustración alguna. Sigue siendo caluroso y devoto de sus amigos, pero en su actitud se percibe algo como un velo, como un opaco cancel que lo mantiene al margen del torbellino que azota a los hombres con la gratitud que distingue a toda intervención de los dioses.

Señal muy elocuente de su nuevo modo de ser es que, radicado ya en Estambul, en lugar de volver a su antigua querencia marinera y mercantil, Abdul se conformó con adquirir, en compañía de un primo lejano establecido en Üsküdar, un transbordador para hacer el servicio entre esa ciudad y Estambul. El negocio, sin ser próspero, dejaba a sus dueños lo suficiente para vivir sin estrecheces ni apuros. Con la barba casi blanca, las espaldas ligeramente agachadas, Abdul seguía conservando, sin embargo, ese aire de califa que pasa de incógnito, que lo distinguió siempre y que causaba la curiosidad de todo el que lo conocía.

Permanecía largas horas en los cafés instalados a orillas del Bósforo, frecuentados por comerciantes y gentes de mar. Entre copa y copa de arak con hielo, tomado con la circunspección que prescribe el Corán y una taza de café humeante y perfumado a su vera, hacía reseña de su vida de marino y escuchaba con amable atención los relatos de sus contertulios, mostrando siempre el vivo interés que lo movía hacia las cosas del mar. Se le conocieron dos o tres amigas. Solía cenar de vez en cuando con una de ellas y pasaban la noche juntos en su apartamento cerca de Kariye. Ellas aprendieron muy pronto a no hacerse ilusiones sobre la duración de estos amores, ni, desde luego, sobre la fidelidad de Abdul. Cada una sabía a qué atenerse en ese sentido, pero la atracción de Bashur seguía siendo lo suficientemente fuerte como para disfrutar de su compañía y de su lecho.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Capítulo VIII

*Página 51 de 64*

### Capítulo VIII

Entre los últimos papeles que Maqroll me envió desde Pollensa en Mallorca, todos relacionados con su amigo de tantos años, encontré veinte hojas escritas a mano, al reverso de las instrucciones de ensamble y uso de una complicada sierra de madera fabricada en Finlandia. Las páginas están numeradas. La primera tiene un título torpemente subrayado que dice: *Diálogo en Belem do Pará*. La letra es, sin lugar a duda, la del Gaviero. Un antiguo amigo suyo dijo de su caligrafía que parecía la letra de Drácula. El mismo Maqroll se encargó de difundir esta definición tan acertada como macabra. La redacción es en forma de diálogo entre dos protagonistas, identificados, uno con la letra M y el otro con la A. Al recorrer unos pocos renglones me fue fácil reconocer que se trataba de Abdul y Maqroll. Quedaba por aclarar cuándo sucedió ese encuentro y la consiguiente charla tan fielmente transcrita por el Gaviero. Como no he vuelto a recibir noticias tuyas, ni respuesta a las cartas que le he enviado a Pollensa, me ha sido imposible saber por él ese dato. Me he tenido que conformar, pues, con la aplicación de un método deductivo basado en el texto mismo. De ello he podido sacar en claro lo siguiente: la conversación ocurrió después de haberse aposentado Bashur en Estambul, en una época cercana a su fatal viaje a Lisboa y Madeira; es evidente que Maqroll había pasado ya por la tremenda prueba de remontar el Xurandó en busca de los miríficos aserraderos, pero no por la experiencia de Puerto Plata con los contrabandistas de armas. En lo que toca a Bashur, se puede establecer que, desde su aparente retiro en Estambul, hizo, al menos, tres viajes: uno a Cádiz para supervisar la operación de calafateo de un barco de la familia, viaje al que se refiere Fátima en una de sus cartas a Maqroll; otro a San José de Costa Rica para cerrar un negocio de compra de café y entrevistarse con Jon Iturri, el capitán del *Alción*, amante de Warda, hermana de Abdul y dueña de la nave y el último viaje de su vida a Madeira, vía Lisboa. ¿Cuándo pasó, entonces por Belem do Pará para encontrarse con Maqroll? Sólo he logrado intentar una hipótesis valedera, aunque imposible de confirmar. Bashur visitó Belem, después de tocar Costa Rica, para tratar con su amigo algún proyecto de los varios que éste siempre tenía en mente. Abdul no habló de esto, quizás porque nada en claro resultó del encuentro y no había razón de mencionarlo en su correspondencia. No es éste, ni mucho menos, el único vacío que hay en el curso de las existencias paralelas de los dos amigos. Hay que tener en cuenta, además, que las cartas de Bashur a los suyos se suceden con largos intervalos y, como creo que ya lo dije, dejan sin tocar muchos episodios y ocultan no pocos detalles de lo que relata. Existe una última posibilidad, que no debe desecharse del todo y es la de que ese encuentro jamás tuviera lugar y Maqroll intentase resumir en esos apuntes la esencia de ciertos temas que



estuvieron presentes en muchos diálogos entre ellos, en diversas ocasiones de su vida. Conociendo al Gaviero y su afición por esta clase de juegos —véase el mismo Diario del Xurandó, en donde aparecen a cada paso— esta tesis puede ser la más válida, aunque deja sin responder varias dudas importantes.

Así las cosas, me ha parecido oportuno transcribir el diálogo recogido o creado por el Gaviero. No deja de ser inquietante, por otra parte, pensar en que Maqroll resolvió dejar pormenor de un probable encuentro, ocurrido en ese momento preciso de sus vidas y no en otra de las innumerables ocasiones en que estuvieron juntos. Hay, en la vida del Gaviero, repetidas coincidencias de ese orden que no son tales y más bien se antojan turbadoras anticipaciones que denuncian un certero poder de jalar el hilo preciso en el ciego ovillo del futuro. Esta condición, que, sin temor a exagerar, podemos calificar de visionaria, cobra mayor evidencia en los temblorosos trazos de su escritura de ultratumba. Veamos, entonces, lo que este diálogo, cualquiera que haya sido su origen y motivo, nos puede revelar sobre la accidentada travesía de estos dos seres singulares sobre los cuales he intentado dejar testimonio.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Diálogo en Belem do Pará

Página 52 de 64

### Diálogo en Belem do Pará

MAQROLL —Me pregunto qué podría sucederle ahora, de regreso de los inciertos y nefastos territorios en donde llegué a pensar que se hundiría para siempre. Qué pasaría, digo, si, de pronto, se le aparece el barco con el que ha soñado toda su vida.

ABDUL —Antes de contestarle, déjeme hacerle una aclaración que me importa sobremanera. Usted, junto con otros amigos y parientes, insisten en hablar de un descenso cuando se refieren a la reciente fase de mi vida. Yo no lo veo como tal, ni lo he vivido nunca de esa manera. Para mí, ese mundo, dentro del cual viví años cargados de una plenitud incomparable, no está más bajo ni más alto que ningún otro vivido por mí. Darle esa calificación moral es desconocerlo y distorsionar su realidad. En ese trayecto de mi existencia, me encontré con los mismos hombres, arrastrando los mismos defectos y miserias y las mismas virtudes e impulsos generosos, que el resto de los seres, habitantes del supuesto imperio del orden y de la ley. Es más, en el hampa, en la irregularidad y la miseria, que todo es uno, la parte generosa y solidaria de la gente se pone de manifiesto en forma más plena, más honda, diría yo, que en el mundo donde los prejuicios y las represiones y frustraciones son un imperativo de conducta. Pero todo esto lo sabe usted tan bien o mejor que yo. No necesito seguir hablando como un predicador al uso. Respecto a lo del barco que me ha ilusionado siempre, pues, bueno, déjeme decírselo: sí, iría a buscarlo y trataría de adquirirlo porque siento que es algo que me debo a mí mismo. Pero si eso no sucede y el barco no aparece nunca, me daría igual. Ya aprendí y me acostumbré a derivar de los sueños jamás cumplidos sólidas razones para seguir viviendo. Por cierto, Maqroll, que en eso usted es maestro. Qué le voy a contar, por Dios. Mi *tramp steamer* arquetípico no es menos ilusorio que sus aserraderos del Xurandó o sus pesquerías en Alaska.

MAQROLL —En verdad, tiene razón. Creo que tanto usted como yo sabemos siempre de antemano que la meta, en cuya búsqueda nos lanzamos sin medir obstáculos ni temer peligros, es por entero inalcanzable. Es lo que alguna vez dije sobre la caravana. A ver si lo recuerdo: «Una caravana no simboliza ni representa cosa alguna. Nuestro error consiste en pensar que va hacia alguna parte o viene de otra. La caravana agota su significado en su mismo desplazamiento. Lo saben las bestias que la componen, lo ignoran los caravaneros. Siempre será así».

ABDUL —Nada puedo agregar. Imposible decirlo mejor. No sé, entonces, por qué estamos hablando de esto.

MAQROLL —Sólo intentaba confirmar algo de lo que, por lo demás, estoy bastante seguro. De sus hazañas en el Pireo con Panos; de la venta de alimentos, más o menos adulterados, para las naves que tocan en Famagusta; de ayudarlo a la ruleta en Beirut para inclinarla hacia ciertos números; de sorprender la ingenuidad de los turistas en el Cuerno de Oro; de reclutar vírgenes remendadas para el burdel en Tánger; de cambiar dólares o libras a viajeros más o menos intoxicados con arak falsificado y de explotar dos pobres hembras sardas en las callejuelas de Cherchel; de todo eso y de mucho más que me callo, no queda la más leve sombra de culpa, ni tampoco el cosquilleo de haber probado el fruto prohibido.

ABDUL —En primer lugar, no hay tal fruto prohibido. Usted lo cita como puro recurso retórico. Luego, queda lo hecho, tal cual, sin calificación ni medida. Lo que se vivió como un fruto mondo, absoluto, devorado en la plenitud de su sabor y de su pulpa, listo para transformarse en el equívoco proceso de la memoria hasta ser puro olvido. Algo vivido así no puede dejar rastros de culpa ni ser sometido a la prueba de la moral. Eso es claro, ¿verdad?

MAQROLL —Eso quería saber y escucharlo de la propia voz de mi amigo Jabdul, el cosentido de Ilona, el devorado por Jalina, el iniciado por Arlette en las artes del lecho.

ABDUL —Si no iniciado, sí, digamos, confirmado. Por cierto que no sabe, seguramente, que Arlette murió hace tres años y hasta hace unas semanas he venido a enterarme de que soy su heredero universal. Ya iré algún día para reclamar esa herencia. No sería mala idea, pienso ahora, darle a usted poder para que vaya a hacerlo en mi nombre. Eso tendría mucho de justicia poética.

MAQROLL —Déjese de lirismos justicieros, Abdul. Iré con gusto, pero no creo que haya mucho para reclamar. La última vez que estuve en Marsella, la estaban esquilmando un par de adolescentes bastante ambiguos, que se metían con ella en la cama al mismo tiempo. Se me ocurre que sin resultados muy apreciables para ella, pero sí, en cambio, para los dos efebos de la Canebiere. Pero mire que acabar usted y yo en este infierno amazónico, bebiendo cachaza mediocre y cerveza tibia, sólo para pasar revista a empresas descabelladas y amores marchitos, tiene gracia. Eso sólo a nosotros puede ocurrir.

ABDUL —De usted he aprendido, entre muchas otras cosas, a jamás renegar del pasado. «¡Lo que pasó, pasó!», le escuché un día exclamar alborozado, cuando nos encontramos en Martinica, a mi regreso del río Mira y de mi encuentro con El rompe espejos.

MAQROLL —¿Quiere saber una cosa? Lo que lamentaré siempre es no haberle acompañado en esa ocasión. No es fácil toparse, por los caminos del mundo, con un representante del mal en estado puro, del mal al alto vacío diría yo. Sigo insistiendo en que en ese tipo se daba plenamente esa rara condición. Mi amigo Alejandro Obregón no quiso concederle a El rompe espejos esa gracia. Para mí, que estaba equivocado.

ABDUL —Sí, lo estaba, sin duda. Pero le debo decir que el encuentro con alguien así, representante del mal absoluto, tiene resultados sombríos que hacen mucho daño. Trataré de explicárselo: cuando me enfrenté a El rompe espejos, cuando llegué a su guarida y cené con él; durante toda la noche que siguió, sentí, por primera vez en la vida, un miedo de orden puramente animal, un terror de bestia acorralada. Era un

miedo que tenía menos que ver con la muerte misma que con la posibilidad de que ésta me llegase por obra de alguien así. Como musulmán, soy fatalista y de ese fatalismo he derivado una regla de vida. En la mansión de El rompe espejos, el fatalismo iba, allá dentro de mí, por un camino y las acechanzas de Tirado amenazaban, por otro, una zona desvalida de mi ser, desde la cual era impensable, hasta ese momento, recibir un ataque. No es fácil explicarlo. Era como si mi propia muerte sufriera una violación bestial. Estoy seguro de que usted me entiende y sabe de lo que estoy hablando.

MAQROLL —Sí, creo saberlo, en efecto. Pero, primero, pensemos un instante en el nombre: El rompe espejos. Un espejo, y esto es algo que existe en todos los mitos de la Tierra, un espejo no se puede romper. Un espejo refleja esa otra imagen nuestra que nunca conoceremos, ya se lo dijo Tirado; pero un espejo, también, es el camino hacia ese otro mundo desconocido, que para siempre nos estará vedado si rompemos el cristal que lo oculta. Tal vez sea el sacrilegio absoluto, el mayor desafío a los dioses, el más insensato atropello que pueda cometer un hombre, romper un espejo. Bien, respecto a su muerte a manos de ese sujeto, es claro que hubiera sido gravísimo recibirla en esa forma. Se trata siempre de saber qué muerte nos espera. No me refiero al aspecto puramente físico o doloroso del asunto. La muerte, venida de tales manos, no es la muerte que le tocaba desde siempre, la muerte que ha venido preparando durante toda una vida; desde el instante mismo de nacer. Cada uno de nosotros va cultivando, escogiendo, regando, podando, modelando su propia muerte. Cuando ésta llega, puede tomar muchas formas; pero es su origen, ciertas condiciones morales y hasta estéticas que deben configurarla, lo que en verdad interesa, lo que la hace, si no tolerable, lo cual es muy raro, sí, por lo menos, acorde con ciertas secretas y hondas circunstancias, ciertos requisitos largamente forjados por nuestro ser durante su existencia, trazada por poderes que nos trascienden, por poderes ineluctables. La muerte que llega de manos de alguien como El rompe espejos es una muerte que afrenta un cierto orden, una velada armonía que hemos intentado imprimir al curso de nuestros días. Una muerte así nos niega alevosamente a nosotros mismos y por eso nos es intolerable. Más que miedo, lo que sintió entonces fue un profundo desconsuelo, una náusea esencial a terminar de esa manera.

ABDUL —Sí, creo que da en el blanco. Mientras hablaba, he vuelto a vivir esas horas y a sentir lo que sentí entonces y puedo decirle que fue exactamente eso: un asco substancial a morir en esa forma y por tales manos. Exteriormente, estaba sereno y como flotando en la indiferencia, es un viejo ejercicio aprendido hace varios millares de años por mi raza de señores del desierto. Por dentro agonizaba de asco. No hay otra palabra.

Pero no me diga que no ha sentido eso alguna vez en la vida. Usted, que ha sufrido pruebas que, a menudo, no consigo explicarme cómo ha logrado soportar.

MAQROLL —Pues sepa, mi querido Abdul, que sólo recuerdo haber vivido en una ocasión algo parecido. Por eso me pesa no haber estado en el Mira. Fue una noche en Mindanao, en un atracadero de mala muerte, cerca de Balayan. Después de dos días con sus noches de recorrer bares con la tripulación de un pesquero irlandés de nefasto recuerdo, terminé solo en un burdel de las afueras del pueblo, en medio de una red de caños infectos. Tenía más deseos de dormir que de otra cosa. Una muchacha, de la que sólo recuerdo sus pocos años y la voz aniñada y aguda, me acompañó hasta un

cuartucho de tablas mal unidas, alineado con otros en el fondo de la casa. Caí en un sueño profundo, sin tocarla siquiera. Muchas horas después, me desperté sobresaltado. Mi ropa, con mis papeles, el poco dinero que me quedaba y un reloj, regalo de Flor Estévez, habían desaparecido. Tocaron a la puerta y entró una anciana desdentada, que bien hubiera podido tener cien años y que repetía sin cesar. «*Hundred fifty dollars, sir. Hundred fifty dollars*», mientras sus ojos lagañosos recorrían el aposento como tratando de descubrir qué quedaba mío que hubieran olvidado. Pedí hablar con el dueño y ella salió repitiendo su letanía de los «*hundred fifty dollars*». Estaba en calzoncillos, sin ropa, en un sitio que, sólo hasta ese instante, caía en cuenta del antro siniestro y abandonado que era, sin poder comunicarme con nadie conocido y en manos del hampa más violenta y desalmada de toda el Asia y, tal vez, del mundo. A los pocos minutos entró el que debía ser el encargado del lugar, al menos así lo pensé en ese momento. Se sentó al pie de mi cama, mirándome fijamente con ojos de rata lista al ataque. Era un enano obeso, con cara aplastada y asiática de luna llena, picado de viruelas y dientes llenos de oro, que relucían en una sonrisa cargada de los peores augurios. Traía una camiseta pringosa con figuras de colores chillones y unos bermudas igualmente sucios, abotonados debajo de un vientre de hidrópico que le sobresalía como un tumor informe. Sin decir palabra se llevó la mano a la espalda, a la altura del cinturón, y sacó un revólver calibre 32 corto con el que me apuntó a la cabeza. En ese instante me subió a la garganta el mismo pavor con náusea que usted sintió en casa de El rompe espejos. La muerte, mi muerte, no podía llegar por ese conducto innoble. En el rostro del tipo vi que esa forma de suprimir a los intonsos parroquianos que caían en el tugurio, llevados por un chofer de taxi cómplice, era para él una rutina normal. Una ira incontenible, desbordada, ciega, de pensar en morir en esas manos, me hizo lanzarme sobre el enano, envolverle la cabeza con la sábana y apretar desesperadamente. Alcanzó a disparar dos veces, antes de morir estrangulado en estertores que me aumentaron el asco hasta casi hacerme vomitar. Una bala me rozó la mejilla, dejándome una profunda herida que sangraba profusamente y la otra fue a incrustarse en los tablones de la cabaña. Aún conservo la cicatriz, como bien puede ver. Salí corriendo por la parte trasera de la cabaña y, al llegar al canal de aguas negras que despedían un olor nauseabundo, salté a una canoa que estaba amarrada a un árbol, la desaté y, remando con las manos, empecé a alejarme del lugar. Llegué a una carretera. Algunos automóviles transitaban por allí de vez en cuando. Uno atendió a mis señas y me recogió sin hacer comentario alguno. Esto, también, debía ser normal y común en aquella zona. Le pedí al conductor que me llevara al muelle. Llegamos hasta la escalerilla del barco y subí precipitadamente. El contramaestre me esperaba en cubierta con cara de espanto. Le encargué que diera unos dólares al hombre del auto y fui a curarme en el botiquín de nuestro dormitorio. Al recapitular el incidente con mis compañeros, sólo entonces caí en la cuenta de la ausencia de toda persona en la cabaña, cuando salí huyendo. Alguien comentó que esos lugares suelen estar abandonados a propósito, nadie vive en ellos. Por las noches, dos o tres mujerucas sirven de carnada y un par de malhechores esperan a la víctima que ha de traerles el chofer con el que operan en combinación. Allí sacrifican al incauto para desvalijarlo. Pues bien, ésa ha sido la única ocasión en la que estuve a punto de recibir la muerte que no me correspondía. Esa cuya trayectoria y cuyo origen no estaba destinado para mí.

ABDUL —Habría mucho que decir sobre el tema. Por ejemplo: El rompe espejos era alguien mucho más elaborado y refinadamente maligno que el enano filipino. Es cierto que, al final, la náusea es la misma.

MAQROLL —En efecto, la náusea es idéntica. Pero vale la pena tener en cuenta que el pretendido refinamiento que usted indica en Tirado apenas constituye una débil máscara que cubre el mismo instinto de muerte, primario, elemental, desprovisto de todo lo que pueda significar el menor indicio de eso que se ha convenido en llamar «humanidad» y que, en el fondo, pertenece más bien al orden estético, a la *harmonia mundi* de los antiguos.

ABDUL —Ya que nos hemos internado por los vericuetos del arte de morir, se me ocurre algo que jamás antes había pensado: es muy improbable, casi imposible, que el mar nos brinde una muerte distinta de la que, como usted dice, nos toca desde siempre. Pienso que sólo en el mar estamos a salvo de la infamia que nos amenazó a usted en Mindanao y a mí en la pretenciosa villa del río Mira.

MAQROLL —Eso sería tanto como pensar que el mar siempre estará revestido de una esencial dignidad. Tal vez sea mejor creerlo así. La verdad, no estoy tan seguro de ello, pero la tesis es atractiva y sirve de precario consuelo, pero de consuelo al fin.

ABDUL —Ahora, de repente, caigo en la cuenta de que Ilona murió en el mar. Me pregunto si era ésa la muerte que la esperaba, la que le estaba destinada desde siempre. ¿Qué me dice de eso?

MAQROLL —Primero, que no murió en el mar. Murió en un despojo tirado en las rocas de la escollera. Segundo, que creo firmemente que halló la muerte que le pertenecía. Nunca sabremos qué fue, para ella, Larissa. En todo caso, puedo asegurarle que no era el mal. Era otra cosa, pero no la pura maldad de El rompe espejos o del filipino. La prueba es que ella fue a su encuentro con plena conciencia de quién la esperaba en la cita.

ABDUL —Ojalá tenga razón. Al fin y al cabo, yo no estaba presente y nada sé de cómo se ordenaron los hechos allá, dentro de ella. Hubiera dado no sé qué por haber conocido a esa chaqueña.

MAQROLL —No hubiera sacado nada en claro. Sólo puedo decirle que era la desventura misma.

[Ir a la siguiente página](#)

# Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

## Abdul Bashur, soñador de navíos » Epílogo

*Página 53 de 64*

### Epílogo

Que el diálogo antes transcrito tiene un palmario sentido premonitorio, es cosa tan evidente que huelga todo comentario. El mismo hecho de que el Gaviero lo hubiera consignado con tal fidelidad nos está probando que, precisamente, su condición de pronóstico fue la que lo llevó a dejar testimonio de ese encuentro. Los hechos que se encadenaron para llevar a Abdul Bashur hacia el fin de sus días sucedieron con tal presteza que bien pudiera decirse como el poeta:

*Eso lleva menos tiempo*

*del que yo llevo en lo narrar.*

Maqroll, a su paso por Lisboa camino a La Coruña, en donde lo esperaba un antiguo compañero de incursiones por Alaska, para concretar juntos un recorrido semejante, en un pequeño carguero adaptado para el transporte de ganado, se enteró de la existencia, en la isla de Madeira, de un antiguo *tramp steamer*, armado en Belfast allá en los primeros años del siglo, que estaba a la venta por los albaceas de un rico naviero canario muerto recientemente. El barco se hallaba en muy buen estado. Por las fotografías que le mostraron, Maqroll pudo apreciar que se trataba de una auténtica pieza de museo. Voló a Funchal para hablar con los vendedores y ver de cerca el barco. En efecto, era un ejemplar único en su clase que conservaba, intactos, los muebles originales en camarotes, oficina y puente de mando. Tenía un motor diésel hecho en Kiel, marca Krup-Mac, que podía prestar buen servicio por varias décadas. Sin pensarlo dos veces, el Gaviero firmó una opción de compra, que, por cierto, le costó baratísima. Regresó a La Coruña, donde convino con su socio todos los detalles del trabajo en Alaska que comprendería la costa del Pacífico hasta Vancouver. Viajó luego a Estambul para hablar con Bashur, provisto de fotografías del carguero, que había hecho tomar en Funchal. Al verlas, Abdul resolvió enterarse personalmente y, en caso de que le convenciera, cerrar de inmediato la compra, prevalido de la opción firmada por su amigo. Su primo estaba dispuesto a comprarle la mitad que le correspondía en el transbordador de Üsküdar y, con eso, pagaría su barco. Maqroll y Bashur viajaron juntos hasta Lisboa. De allí, el Gaviero partió a La Coruña para supervisar la reconversión de su barco en transporte de ganado. Abdul tomó el avión a Funchal.

Por una casualidad, muy común en nuestros encuentros, yo me hallaba en Santiago de Compostela, cumpliendo mi periódica visita al Apóstol, de cuya protección tengo fehacientes pruebas. Me enteré de que Maqroll estaba en La Coruña y una mañana lo llamé por teléfono al hotel donde solía parar. Quedamos en encontrarnos allá dos días después. Al día siguiente, en las horas de la tarde, me esperaba un mensaje de La

Coruña pidiendo que llamase urgentemente. Lo hice de inmediato y, antes de preguntarle al Gaviero la razón de su urgencia, me dijo con una voz blanca que me sonó aterradamente cercana:

—Abdul murió ayer en Funchal. El avión se estrelló al aterrizar. Había mal tiempo. Ignoro cuáles sean sus planes, pero me gustaría que me acompañase a recoger los restos para enviarlos a la familia.

Cuando llegamos a Funchal, el mal tiempo persistía. El pequeño Convair aterrizó sin mayor trabajo pero vibraba con el viento como una caja de fósforos. La policía del aeropuerto, advertida de antemano de nuestra llegada, nos esperaba al bajar del avión. El cuerpo de Abdul estaba reducido a cenizas, nos explicaron, y por esta razón lo habían colocado en una pequeña caja de madera. ¿Queríamos verlo? Respondimos al tiempo que no era necesario. El avión regresaba dos horas después a Lisboa. Teníamos tiempo de ir hasta la ciudad, pero el Gaviero propuso visitar más bien el sitio del accidente, en la cabecera de la pista. Nos llevaron en un jeep hasta allí. Un montón de fierros retorcidos y de restos carbonizados de láminas y tela se alzaba, informe, al borde del mar aún picado por la tormenta que acababa de pasar. Allá, al fondo, en una pequeña ensenada, descansaba la silueta del esbelto *tramp steamer*, con el casco pintado de negro y una delgada franja rojo cadmio en el borde superior. El puente y la sección de camarotes resplandecían con un blanco que se antojaba puesto el día anterior. Nos quedamos mirando largo rato esa aparición, que se nos presentaba como un indescifrable mensaje de los dioses. Camino hacia el jeep, volvimos a detenernos frente al entreverado túmulo de hierros calcinados. Escuché a Maqroll murmurar en forma apenas audible:

—Ésta sí era tu propia muerte, Jabdul, alimentada durante todos y cada uno de los días de tu vida.

No me fue dado entonces entender el sentido de sus palabras. Me llamó, sí, la atención que se dirigía a su amigo del alma con un tú que jamás usó en vida de Abdul.

En ese momento me vino a la memoria la fotografía del niño que contempla absorto con sus grandes ojos estrábicos de beduino un montón de escombros humeantes, y las nevadas montañas del Líbano al fondo. Meses después, le llevé al Gaviero esa fotografía para que la guardara consigo. Me contestó, con la misma voz blanca que escuché por teléfono en Compostela:

—Es mejor que se quede usted con ella. Yo no sé guardar nada. Todo se me va de entre las manos.

[Ir a la siguiente página](#)